



He dicho

Miguel Delibes

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Prólogo

Capítulo 1. La tierra y sus pobladores

El regreso del lobo

Los ríos moribundos

Las tórtolas

Proteger la avutarda

La desertificación

Doñana y Europa

La caza: mi punto de vista

Un perro

El magnetismo de Félix Rodríguez de la Fuente

Sobra vino

El partido de los cazadores

El fin de la perdiz roja silvestre

Capítulo 2. Mundos de papel

Paco Pino

La esencia de la novela

Autocrítica

Guillén en su sitio

La novela del Tour

Libros baratos

Umbral: el don de la palabra

Los ojos de Faulkner

El Nadal cumple medio siglo

Las guerras de nuestros antepasados

Historia de esta historia

El premio Cavour

Ardides periodísticos

Capítulo 3. El cine cumple un siglo

Dirigir a un niño

La cuna de Rabal

¿Un hombre de cine?

La suplantación

Experiencias cinematográficas

Capítulo 4. Adiós a los amigos

El día de los poetas muertos

Dos contertulios

Los Rubio

Emilio Salcedo, el amigo sabio

Capítulo 5. Las cosas de la vida

La boina

Breve paseo por Croacia

Mi vicio oculto

Mi ciudad
Mi provincia
Mis deudas
Capítulo 6. Una vida vivida
Una vida vivida
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Estructurado en seis capítulos —'La tierra y sus pobladores', 'Mundos de papel', 'El cine cumple un siglo', 'Adiós a los amigos', 'Las cosas de la vida', 'Una vida vivida' —pasa revista a temas tan diferentes como la situación de los agricultores españoles en el seno de la Unión Europea, las manipulaciones de los periodistas, o cuestiones relacionadas con la ecología y la naturaleza. Asimismo evoca recuerdos —su viaje a la Croacia prebélica— y el retrato de amigos indelebles, algunos desaparecidos, como Félix Rodríguez de la Fuente, a la vez que alterna opiniones literarias o cinematográficas con sus inigualables crónicas cinegéticas. Decir que *He dicho* es una recopilación de textos de Miguel Delibes no es suficiente. Ciertamente, el libro aglutina una miscelánea de artículos, notas y publicaciones e incluso el discurso que pronunció el escritor con motivo de la concesión del Premio Cervantes. Pero al enhebrar sus preocupaciones recurrentes, al presentar algunos recuerdos u homenajes, Miguel Delibes nos ofrece, con la serena energía de su voz, una semblanza autobiográfica de una lucidez poco común.

Miguel Delibes

He dicho

Ediciones Destino

Prólogo

He dicho fue una fórmula consagrada por el uso con la que los oradores solían rematar sus intervenciones o discursos. Diríase que con el «he di-cho» rubricaban sus palabras, daban espontánea fe de su perorata. Hoy apenas usa nadie este latiguillo pero la frase me ha parecido oportuna para cobijar bajo ella este puñado de escritos míos dispersos (artículos, notas, recuerdos, charlas, discursos, apuntes) que andaban desparra-mados por cajones y carpetas y que reúno ahora en este libro, acompa-ñados de otros más recientes. Hay aquí observaciones sobre la vida, el cine, la naturaleza, el pasado, el deporte, que tal vez puedan interesar a alguien o vengan de alguna manera a completar lo dicho por mí en otras ocasiones. A estas alturas de la vida, nadie sabe lo que puede ocurrir; o sea, que estas páginas pueden ser seguidas mañana de otras, pero también es posible que no vengan más, es decir, constituyan mis últimas reflexiones como observador de la vida en torno. En cualquier caso, este «he dicho» viene a refrendar lo escrito por mí desde 1947 hasta hoy, es decir, una cifra redonda: medio siglo de literaturas.

Capítulo 1

La tierra y sus pobladores

El regreso del lobo

Aún no está lejano el día en que el mundo consideraba al lobo como una fiera alimaña y en España no sólo se le perseguía a sangre y fuego sino que ayuntamientos e instituciones benefactoras premiaban de alguna manera a los alimañeros que presentaban como prueba de sus hazañas los despojos del animal abatido. La imagen del lobero con la cabeza del cánido espetada en un palo era todavía una estampa habitual en los años de la posguerra española, cuando los pobres ganaderos premiaban con unas pobres monedas la proeza del matador. La incorporación a la lucha contra el lobo de procedimientos más eficaces como los cepos o el veneno, trajo como resultado la práctica desaparición de este carnívoro en los territorios que hoy componen la Unión Europea, especialmente en los países más industrializados.

Años más tarde, aparece en España la figura de Félix Rodríguez de la Fuente con sus teorías franciscanas sobre el lobo y su defensa como animal emblemático de la fauna europea. Mediante sus persuasivas charlas, Félix consiguió unos resultados sorprendentes: las gentes, en general, tomaron partido por el lobo, y los mismos niños españoles hicieron frente común contra la malvada e hipócrita Caperucita. Vivir para ver; los papeles se habían invertido: el bueno ahora era el lobo, y la mala, Caperucita. De este modo, y paso a paso, aquel fiero animal protagonista de sangrientas leyendas iba dejando de ser una alimaña para convertirse en una pieza de caza respetable, sometida a la ley de vedas y protegida contra toda clase de asechanzas ilegales.

Coinciden estos años con la incorporación de España a la aventura europea y el desarrollo de un cierto sentimentalismo ecológico, con lo que se concluye que nuestro país debe erigirse en la gran reserva del lobo europeo como prueba de la riqueza faunística del continente en un reciente pasado.

Ya estamos en los tiempos actuales. El Simposio de León de 1994, patrocinado por la Junta y las universidades regionales, pone de manifiesto dos cosas a cuál más interesante: por un lado el lobo se adapta a las condiciones de vida moderna y, por otro, su población crece en proporción a la de los grandes ungulados (ciervo, corzo, gamo, jabalí), que sorprendentemente también van a más en nuestra domesticada Europa. El Simposio leonés advierte, pues, de lo que viene, de lo inesperado: en tanto Europa pensaba en España como país escaparate del lobo continental, éste empieza a hacerse huésped de todos los países, y mientras Alemania, ejemplo de nación superindustrializada, se deja invadir gustosamente por lobos checos y polacos, Italia asiste satisfecha al incremento de su población y a la ampliación legal de la superficie a ellos destinada. En una palabra, el lobo, tras sañuda persecución, no sólo no se ha extinguido en Europa, sino que se ha ido acomodando a las pautas de un desarrollo cada día más sofisticado, para resurgir con fuerza en todo el continente, siquiera continúe siendo España el país donde más abunda.

De esta manera, de los doscientos lobos contabilizados un poco frívolamente en los tiempos de Rodríguez de la Fuente, la población española pasa a mil quinientos y hoy se calcula, supongo que también un poco frívolamente, que en Galicia hay un ejemplar por cada cien kilómetros

cuadrados, y entre tres y ocho al sur de la cordillera Cantábrica, en los accesos a las provincias de Orense, Zamora y León.

En éstas andamos. La población lobuna sigue desarrollándose y hoy, con la profusión de vertederos, ya no depende tan directamente de los grandes ungulados. Vive a su aire y, aunque han disminuido, no cesan del todo las razias contra los rebaños, de forma que el problema hoy no radica tanto en si el lobo existe o deja de existir, como en el modo de hacer compatible su existencia con la del ganado doméstico, esto es, conseguir que aquél no medre a costa del modesto ganadero y de su ruina. La piedad hacia el lobo no debe comportar indiferencia hacia el ganadero. De ahí que, mirando en torno nuestro, la primera medida para alcanzar la coexistencia debería consistir en aceptar los consejos de la European Wolf Network y establecer áreas de tolerancia y, por otro lado, el uso de prácticas disuasorias, como las cercas eléctricas, tan eficaces en los países escandinavos. En todo caso, bien está este espíritu conservacionista siempre que los gobiernos acepten la servidumbre de asumir los daños ocasionados por esta especie, todo lo romántica que se quiera, pero que para el pequeño ganadero, aunque en menor escala que antaño, sigue representando un peligro.

Los ríos moribundos

Todavía hay quien me pregunta por qué no continúo mi diario de pesca iniciado hace veinte años con *Mis amigas las truchas*, cuando lo cierto es que, en repetidas ocasiones, he dado una explicación racional de mi silencio: no escribo porque no pesco y no pesco porque las pocas truchas que he atrapado últimamente son peces de repoblación colocados allí por personas bienintencionadas que creen que no hemos advertido que el río ya no engendra peces, sino que se limita a engordar los alevines que el Servicio de Pesca deposita caritativamente en él todos los otoños. Entonces, toda aquella hermosa teoría que justificaba el ejercicio de la pesca como una pugna entre la astucia de un pez silvestre y la inteligencia de un hombre con una caña en la mano, se ha venido abajo: no hay ya apenas peces silvestres ni, por tanto, astucia, ni es necesario ejercitar la inteligencia para enganchar media docena de truchas de piscifactoría. Las cosas, desgraciadamente, son así: el furtivo, el lucio, la presión del pescador sin escrúpulos incapaz de respetar los cupos de capturas y, en particular, la contaminación de las aguas, han traído estas consecuencias. Los ríos de montaña españoles, ríos serranos de aguas frías y oxigenadas, siguen siendo serranos en su origen, pero van enajenando sus preciadas virtudes; los residuos y detritos que a ellos arrastran los pequeños afluentes, las alcantarillas y las regueras han terminado con la pureza de sus aguas.

Esto era algo predecible. Quiero decir que el actual estado de nuestros ríos de montaña y la escasez de trucha autóctona no han sido realmente una sorpresa. En mis escritos he ido dejando a lo largo de los últimos años muestras de mi pesimismo creciente. El agravio constante a que sometemos a la naturaleza adopta una de sus expresiones más lamentables en las corrientes fluviales. Hay ríos muertos, como los de las zonas fuertemente industrializadas, ríos agonizantes, que son la mayor parte de los de nuestro país, y ríos simplemente enfermos, que si no se les presta remedio pasarán a engrosar las largas listas de los dos primeros. Lo que ya no quedan son ríos sanos y, teniendo en cuenta que los ríos ibéricos son poco caudalosos, la noticia de la defunción de nuestras aguas fluviales, de no arbitrarse medidas rápidas y eficaces, no tardará en producirse.

Sorprende, sin embargo, que la Europa comunitaria, atenta siempre a conservar en España la fauna que ellos destruyeron antes en sus países respectivos, se preocupe tan poco de nuestros ríos. La contradicción únicamente es aparente, porque ellos disponen de mayores masas fluviales, llevan años velando por su depuración y, en consecuencia, no ven en tanto peligro los peces como el halcón peregrino, el linco o el buitre negro, por poner solamente tres ejemplos de especies en el límite de supervivencia.

A pesar de esta evidencia, nunca hasta este año había oído tantos lamentos entre mis amigos pescadores: «Ya no quedan truchas», «Habría que buscarse otro entretenimiento para matar los ocios dominicales», «Yo me he comprado unos palos de golf y a darle a la bolita», «¿Qué ha pasado?», «¿Puede usted decirnos qué ha ocurrido aquí?». No es cosa de volver sobre argumentos ya expuestos. Lo que ha pasado es, ni más ni menos, lo que tenía que pasar, que entre todos la

matamos y ella sola se murió. Yo, que desde 1975 me he resistido a salir más de dos o tres veces por temporada a pescar truchas, he constatado, sin embargo, el acelerado deterioro de nuestros ríos, el avance de la contaminación y, con ella, el desarrollo de la forunculosis, la saprolegniosis, la progresión del lucio, la falta de ética del pescador y demás plagas que han asolado a la población truchera. De ahí que me sorprenda el pesimismo repentino que ha surgido entre la clase pescadora de un tiempo a esta parte: salmones apenas han entrado y las truchas se han muerto, ¿a dónde vamos a parar? Sencillamente, estamos coronando un proceso de destrucción de hábitats tradicionales. Pero yo puedo afirmar que en mis dos excursiones a los ríos leoneses en 1990 me fue mejor que los tres anteriores, o quizá sería más exacto decir que me fue menos mal. En Pesquera, en la zona de Cistierna, cogí el cupo, ocho truchas, en abril, y en El Castillo, en la Magdalena, tres. Pero a estas alturas las cifras ya no quieren decir nada, porque mi cupo de Pesquera, como todos los cupos de todos los compañeros con los que tropecé ese día, eran cupos de truchas uniformadas, truchas como colegialas, exactamente iguales, con el mismo peso, la misma longitud, el mismo tono ceniciento y la misma distribución de las pintas. Sólo les faltaba el lazo. Truchas hermanas, de veintitrés centímetros, sembradas seguramente en octubre, procedentes de la misma artesa de la misma piscifactoría. Ni un solo pez de los más de cincuenta que vi ese día se salía de esas características. La mano piadosa del Servicio había depositado los peces en el río en el otoño para que nosotros nos entretuviéramos sacándolos del agua, un poco más crecidos, en primavera. En cambio, en El Castillo saqué solamente tres truchas (y probablemente fuese ese día el campeón del coto), pero eran tres truchas disparejas, cada una de su padre y de su madre, desde una amarilla de veintiséis centímetros, grasienta y bien nutrida, hasta otra de kilo, con bufanda negra y vientre moteado de rojo, díscola y peleona, con escamas y experiencia. ¿Cuánto tiempo llevaba sin pescar una trucha de este tamaño y estas características? ¿Ocho, diez, doce años? Lo he olvidado. Únicamente sé que al extraerla y vararla en una calita junto a unas mimbreras volví a experimentar aquella emoción indecible que sentía hace treinta años cada vez que un pez salvaje coleaba frenéticamente, trabado en el mosco que yo le había ofrecido. ¿Significa algo que yo encontrara en El Castillo una trucha excepcional en 1990? En el panorama general, verdaderamente desolador de nuestros ríos, poca cosa, por no decir nada. Sí es caso que el río Omaña ha estado mejor guardado que otros ríos y tal vez mejor preservado de la contaminación. Nada más, y no es poco. Pero como ejemplo bien podría servirnos para dar una orientación definida a la desorientada política ecológica española. ¿Por qué no empezar el proceso de recuperación del medio ambiente saneando nuestros ríos, esos cementerios acuáticos donde apenas sobrevive la carpa cenagosa y escatófaga? Bien es verdad que podríamos empezar por cualquier otra parte: nuestros bosques, nuestra atmósfera, nuestro Mediterráneo, nuestras basuras... Lo que apunto es la urgencia, la necesidad de empezar pronto y por algún lado. Nuestra dejadez en este terreno no debe ir más lejos de donde ha ido; urge poner un límite. Los ingleses limpiaron el Támesis con unos resultados iniciales sorprendentes: volvieron a pescarse truchas en él. Tierno Galván, en un bonito gesto, más significativo que eficaz, limpió la cloaca del Manzanares y depositó cuatro barbos y cuatro patos en él. Esto quiere decir que los ríos son agradecidos, muertos susceptibles de ser resucitados. No lo olvidemos y pongámonos sin dilación a la tarea.

Las tórtolas

Las alteraciones climáticas y el maltrato que damos los humanos al medio ambiente producen a menudo daños irreparables y, al propio tiempo, cambios sorprendentes en la conducta de los animales, que en concreto no sabemos a qué achacar. Es lo que está ocurriendo, por ejemplo, con la tórtola común, grácil pájaro migratorio que hasta hace pocos años inundaba la península al llegar el mes de abril y hoy apenas se deja ver. Yo recuerdo que, en mis excursiones primaverales por Castilla y León, la tórtola era una presencia constante y, en el sur, representaba para los cazadores una pieza muy golosa, antes por su tiro que por su carne. Las pasas de tórtolas en Andalucía y Extremadura provocaban en años favorables unos traqueos que ríase usted de Echalar. Se trataba de un pájaro escurridizo, rápido, de vuelo irregular en su iniciación y, por tanto, de un tiro difícil y, en consecuencia, apreciado. Pues bien, este pájaro, que convivía regularmente con los españoles entre abril y septiembre, fue dejando poco a poco de venir, hace cosa de cosa de diez años, hasta prácticamente desaparecer del todo.

Los cazadores hacían sus conjeturas sobre el decrecimiento de la especie, incluso se llegó a afirmar que la tórtola común estaba en vías de extinción y procedía protegerla, cuando lo cierto era que la escasez que se advertía en España no se compadecía con la de otras zonas querenciosas. ¿A qué atribuirla entonces? Las causas aún no se han determinado, pero probablemente el menosprecio actual de la tórtola hacia la península, y más concretamente hacia Castilla, tenga más que ver con los cambios climáticos o de cultivos que con su merma demográfica. Ahora bien, sea una u otra la razón, la pasada primavera he vuelto a encontrar alguna que otra tortolilla en los sombrajos de las carreteras secundarias de Castilla. Diríase que retornar entra en sus cálculos y, al igual que las abejas, envía por delante a unas emisarias para que inspeccionen un terreno que hace pocos años fue objeto de su predilección.

Todo lo contrario está ocurriendo en España con la tórtola turca. Esta variedad de tórtola, con su mayor bulto, su negro collar incompleto y su tenue plumaje gris rosado, era absolutamente desconocida aquí hasta hace un par de lustros. Animal sedentario (en el pasado), ha vivido hasta hace poco tiempo en el sur de la Europa central. Después empezó a divagar y yo la descubrí por vez primera en los años sesenta en los jardines del Principado de Mónaco. Después bajaron a Niza, Cannes y la parte más meridional de la Costa Azul. Era evidente que el pájaro iba ensanchando sus fronteras muy deprisa siguiendo la línea del litoral mediterráneo, puesto que al poco tiempo pudo vérselas en la Costa Brava catalana. Por su conducta producía la impresión de ser un ave de jardín, amiga de climas templados, de ahí mi sorpresa cuando en la primavera de 1989 tropecé con una pareja de esta especie en los jardines del Campo Grande de Valladolid, esto es, en un clima mesetario alejado de la costa. La teoría de que este pájaro requería una temperatura marítima y dulce cayó por su base. La tórtola turca seguía extendiéndose hacia el suroeste sin reparar en clima ni altitud.

En los años siguientes, ya con cuentagotas, ha ido aumentando la población de tórtolas turcas en Valladolid. Eso sí, siempre en los jardines –alguna en el soto de los ríos–, nunca en campo abierto, confirmando así su vocación urbana. Y una observación interesante: la famosa parejita inmigrante del año 1989 emigró de la capital castellana a sus cuarteles de invierno en cuanto se anunció el otoño. Esperé a la primavera siguiente con curiosidad y, ante mi sorpresa, la parejita emisaria no se presentó sola, sino en un grupito de media docena. Y, al llegar el otoño, mi sorpresa se convirtió en asombro cuando observé que dos de las tres parejas no emigraron, invernaron en el Campo Grande y, en mis paseos matutinos, las encontraba un poco desconcertadas por la niebla, revoloteando arriba y abajo entre los ramajes desnudos, ateridas de frío. Con el tiempo, la inmigración fue aumentando pero a muy pequeña escala, una pareja más, dos parejas más cada año, de forma que el invierno pasado había ya asentadas en el Campo Grande de Valladolid, es decir, en régimen sedentario, dos docenas de tórtolas turcas.

Ante este comportamiento, no ya distinto sino encontrado, entre la tórtola turca y la común, y pese a frecuentar hábitats que no se tocan, se me ocurre preguntar: ¿no tendrá algo que ver la desaparición de nuestros predios de la segunda con la lenta pero incesante colonización de la península por parte de la primera?

Proteger la avutarda

De cuando en cuando sale a relucir en los papeles este pajarote cuya conservación es hoy una de las preocupaciones del viejo continente. Es curioso observar cómo la Europa próspera se inquieta cada día más por aquellos animales que en su día dejó perder y encomienda su protección a los pueblos pobres que todavía los conservan. No hace mucho tiempo que la avutarda y otras aves esteparias tenían una digna representación en los países centroeuropeos, pero, por diversas razones, quedaron circunscritas a las llanuras cerealistas del sur. Hacia 1970, los ornitólogos calculaban que la población avutardera europea apenas alcanzaba los 15.000 individuos, 5.000 en Hungría y 10.000 en España, de éstas 6.000 en Castilla, en la llamada Tierra de Campos. A partir de esta fecha la caza de este pájaro está prohibida en nuestro suelo, un pájaro que por su tamaño – entre siete y quince kilos– y su característica difidencia era una atracción cinegética de primer orden.

Ahora los responsables de su conservación andan revueltos tratando de averiguar si la especie se ha multiplicado con la veda, simplemente se sostiene o, en contra de todas las previsiones, la regresión se ha acentuado. Problema arduo para los pajareros de salón. Dos lustros atrás, Eusebio Marcos, alias el Listezas, vecino de Fuentes de Nava y avutardero de oficio, me aseguraba que la veda no había servido de nada, que los furtivos seguían cazándolas, los chicos destruyendo nidos y cogiendo pollos a la carrera y las segadoras de alfalfa decapitando a las hembras con la cuchilla cuando estaban echadas, empollando. Su amigo, el doctor José V. León, palentino y avutardero de afición, se mostraba todavía más pesimista. Según él, la avutarda en los últimos años (él me hablaba en 1985) había decrecido en un ochenta por ciento, y dada la red de caminos de concentración y la motorización del personal no arriesgaba dos reales por su futuro. Sin embargo, en 1993, el director general del Medio Natural de la autonomía de Castilla-León, adelantaba como buena la cifra de 8.600 avutardas en la Comunidad.

Censar una junta de pájaros no es tarea sencilla, ni con el bicho que hoy nos ocupa ni con otros. Por eso quiero apuntar que para mí, viejo cazador y puntual observador de mis horizontes mesetarios, la población avutardera no sé si se habrá alterado en los últimos diez años, pero sí es seguro que ha decrecido, y mucho, desde la década de los sesenta hasta nuestros días. Hablo, naturalmente, de Tierra de Campos y, fundamentalmente, del rectángulo Mota del Marqués, Paredes de Nava, Sahagún, Benavente, enormemente querencioso para la especie. Lo que más adelante pueda ocurrir es lo que preocupa ahora a la Unión Europea. La Unión aspira a conservar este pájaro a toda costa, hasta el punto de que hace más de un año (escribo en 1995) adelantó un programa quinquenal y un presupuesto (en el que la Junta participaba con un veinticinco por ciento) de treinta mil millones de pesetas con este fin. Pero esta cifra, que a primera vista nos lleva a pensar en el gordo de la lotería, no es tal; es decir, Europa exige contrapartidas, aspira a sacar provecho de su inversión. Pero ante estas exigencias el campesino castellano se retrae. El campesino mesetario es individualista, le gusta decidir por sí mismo, le enojan las imposiciones y

la disciplina. Pero ¿qué es lo que le pide Europa en este asunto de la avutarda? En pocas palabras: reservar para linderas un uno por ciento de la superficie sembrada con objeto de que el animal pueda resguardarse, mejorar los barbechos, picar la paja de los rastrojos, diversificar los cultivos, dejar al menos un diez por ciento para leguminosas y alfalfa y, por último, asistir, a lo largo del año, a los cursos y charlas que se organizarán en los pueblos afectados. Total, lo que dicen ellos: «Casi nada; cambiar el destino de las fincas de arriba abajo y volver a la escuela». Porque, aparte de lo que se les exige, está lo que se les prohíbe: quemar rastrojos, emplear abonos y pesticidas demasiado agresivos, no cosechar antes del 10 al 15 de junio según las zonas, someterse a inspecciones periódicas, etc. El labrador castellano, sopesando ventajas e inconvenientes, ha dicho que no en un porcentaje elevadísimo. Prefiere seguir con sus rutinas y si la avutarda se muere que llore Europa.

Pero al margen del atractivo que estas ayudas pueden suponer para el campesinado, ¿cree la Unión que en caso de ser aceptadas se conservará la avutarda en Tierra de Campos por los siglos de los siglos? No soy optimista, la verdad. Es decir, de acuerdo con el Listeza y el doctor León, creo más bien que este pájaro seguirá amenazado, irá a menos, presionado por la progresiva humanización de la naturaleza y la impune actividad de los furtivos. Entonces pienso que el destino más eficaz de esos dineros sería fomentar la guardería, siempre escasa, y conservar debidamente el medio. Esto es, en un hábitat propicio y bien vigilado, podría pensarse no sólo en la pervivencia de la avutarda sino incluso en su medra.

La desertificación

En asuntos de clima, la ciencia no sólo no se desdice sino que corrobora cada día sus pesimistas vaticinios: el agua cada vez es más escasa en el mundo y, en consecuencia, bastará que transcurra medio siglo para que el sur de Europa se convierta en un desierto. Últimamente es la universidad británica de North London la que anuncia graves alteraciones en el viejo continente con motivo del tan traído y llevado efecto invernadero. Por de pronto, dice, las lluvias han disminuido mucho en la última década tanto en Francia como en Alemania y las zonas alpinas, mientras la sequía va tomando caracteres extremados en las tres penínsulas mediterráneas, particularmente en España.

Las copiosas lluvias del otoño de 1994 en algunas provincias de Castilla la Vieja –ciento cincuenta litros por metro cuadrado en un mes– y las recientes del último invierno parecían desmentir la apocalíptica profecía a que más arriba aludo, pero la esperanza se desvanece si analizamos los datos en períodos más largos o constatamos simplemente la realidad de la mitad sur de España en el otoño de 1995. En algunos puntos de Castilla, por poner un ejemplo, se secaron hace pocos veranos plantas y arbustos, como la retama, la aulaga y el aligustre, cuya resistencia al calor es bien conocida. Es decir, plantas que a lo largo de siglos habían soportado el sol más ardiente se convirtieron en leña por falta de humedad en el subsuelo.

Estos hechos, comprobados personalmente a finales de la década pasada, se vieron agravados dos años después por la decadencia o muerte de arbustos y árboles típicos de Castilla –encina y roble esencialmente– cuyas agrupaciones constituyen, con los pinares, las únicas masas forestales de la región. En las laderas del norte de Burgos, el bosque de roble comenzó a clarear un buen día. Su frenético verdor se fue apagando, se hizo irregular. Había árboles encanecidos, desnudos o puntisecos. Otros hacían el efecto de un encaje cuya transparencia iba aumentando hacia la copa. El revestimiento de las laderas en su conjunto producía la impresión de una floresta enferma, débil y decadente. En el verano siguiente estos síntomas se acentuaron en algunas zonas mientras en otras se advertía una clara recuperación.

Meses después observé el mismo fenómeno en algunos montes de encina de la provincia de Valladolid. El primero de ellos en el sardón de Viana de Cega, un monte denso donde se observaban matas mustias o desfoliadas, hojas atabacadas, raras en plantas de hoja perenne. El hecho, grave de por sí, tomó caracteres más inquietantes cuando me informé de que la degradación de roble y encina no era mal exclusivo de Castilla sino que se observaban síntomas similares en Extremadura y Andalucía, no sólo en las especies mencionadas sino con mayor virulencia aún en rebollos y alcornos y en la maraña del sotobosque: aulaga, jara, brezo, etcétera. Y, coincidiendo en el tiempo, otro tanto ocurría del otro lado de la frontera, en Portugal y en Francia e Italia, donde el debilitamiento de sus árboles se acusaba en una pérdida progresiva de follaje.

Los montes del sur europeo están pasando por un mal trance en los últimos años y los botánicos no ocultan su preocupación. ¿Están enfermas las quercíneas? ¿Amenaza a esta especie alguna plaga fatal como la grafiosis de los olmos? ¿O se trata, lo que todavía es más grave, de los

primeros síntomas de la desertificación del sur de Europa anunciada por climatólogos del mundo entero? Tratar de emitir un diagnóstico preciso no deja de ser un poco infantil. La reiterada sequía, sin constituir todavía un fenómeno alarmante, está produciendo en los últimos años efectos intranquilizadores. Lo que sí procede entonces es preguntarnos: la disminución de precipitaciones o el desorden de su distribución, ¿es la única causa de estas irregularidades? ¿No cabe que en esta decadencia forestal que denunciemos –empezando por la desaparición del olmo– puedan influir descorches inoportunos o excesivos en los alcornoques o el simple envejecimiento en las demás especies?

Apenas acabadas de escribir estas líneas, encuentro un artículo de Marisa Mesón y José Miguel Montoya en la revista *Quercus* en el que denuncian la influencia de ciertos hongos en el deterioro de nuestras quercíneas. Pero estos científicos hacen una advertencia fundamental: los parásitos no destruyen por sí solos los vegetales; es preciso que encuentren a éstos muy debilitados por otros factores para que actúen. Entonces se me ocurre preguntar: ¿No será la sequía prolongada o la desigual distribución de las lluvias la fase previa para que los hongos de que hablan Mesón y Montoya produzcan los devastadores efectos que hoy lamentamos?

Doñana y Europa

La prensa de nuestro país informó hace pocas semanas de la reprimenda de la CCE (especie de ejecutivo de la Europa comunitaria) al Gobierno español por su desatención manifiesta hacia el parque de Doñana. Europa entiende que el uso que se viene haciendo del entorno del parque pone en peligro el mismo parque, su supervivencia, objetivo compartido por no pocos españoles. Otros, en cambio, con esa arrogancia racial poco acorde con el mundo en que vivimos, se preguntan: ¿Con qué razón nos llaman al orden estos cantamañanas? ¿Quién les ha dado vela en este entierro? ¿Quién es el señor Ripa di Meana para decirnos lo que debemos y no debemos hacer en este asunto? Vamos a aclarar las cosas. El señor Ripa di Meana es el comisario (ministro) europeo para el medio ambiente, y su deber es forzar a España a cumplir unas normas que previamente aceptó respecto a la conservación de aves silvestres. El señor Di Meana nada diría si España no hubiera propuesto Doñana como zona de protección especial dentro del programa comunitario. Por otra parte, lo único que ha hecho hasta el momento este señor es emplazar a nuestro Gobierno para que en un plazo prudencial presente el pliego de descargos que estime razonable, reservándose el derecho de meternos en cintura si los motivos que se aleguen no le parecen de recibo.

Al señor comisario le molestan especialmente dos tipos de problemas de muy distinta entidad que quizá no debería haber mezclado en su emplazamiento. Los primeros, de perfil muy concreto, se refieren a temas como el furtivismo en la caza y la pesca ilegal de cangrejos en el parque. Los segundos, que a mi juicio constituyen el fondo de su queja, atañen a la estrategia y planificación con vistas al desarrollo de la comarca, problemas de mayor enjundia que afectan a diversos sectores. A mi entender, los verdaderos problemas del parque son éstos, los que amenazan la misma existencia de Doñana, supuesto que los primeros son cuestiones de policía y actualización de sanciones, aspectos que no deben quitarnos el sueño.

El verdadero nudo de la cuestión estriba en la planificación de los alrededores del parque. El plan de riego AlmonteMarismas y las urbanizaciones turísticas en el sector, concretamente Matalascañas, ya están ahí y han nacido con el visto bueno, cuando no aupados, por la propia Administración. El señor Ripa di Meana no nos dice nada nuevo a los españoles, puesto que la conservación del medio ambiente es la aspiración universal del momento. La salud de Doñana, la salud ambiental se sobreentiende, peligra con los regadíos, extracciones de agua del subsuelo, uso de fertilizantes y pesticidas y la aglomeración humana en los alrededores. En la playa de Matalascañas llegó a prohibirse el baño el año pasado por su peligrosidad, ya que la contaminación del mar había llegado a extremos de verdadero riesgo. El señor Ripa di Meana tiene la delicadeza de no mencionar este extremo en su rapapolvo, a pesar de ser no sólo manifiesto, sino de una gravedad extrema. Hasta hoy, nuestras respuestas a los reproches comunitarios han sido vagas, promesas de remiendos y *parcheos* para ir tirando. La actitud española de caminar por el filo de la navaja y no reaccionar hasta que se produzca la hecatombe

ha sido la norma de conducta seguida hasta el día: «Creemos que nada le va a ocurrir a Doñana, pero, si un día advertimos que se produce deterioro en el parque, ya daremos marcha atrás». He aquí, en síntesis, nuestra postura. Pero Europa, con muy buen sentido, exige mayores garantías. Exige no comprometer la reserva, persuadida de que hay daños irreversibles, de que en cuestiones ecológicas no siempre cabe recular. El requerimiento es taxativo: «El hecho de que hasta el momento no se haya producido un daño importante (se refiere, claro está, a Doñana) no es óbice para aplicar el artículo cuarto de nuestro reglamento (sobre conservación de las aves), cuyo fin es prevenir la aparición de contaminación o de deterioro en las zonas de protección especial». No basta, por tanto, con estar dispuestos a modificar nuestra conducta cuando se produzcan daños, sino que hay que evitar que los daños se produzcan. Entonces no parece procedente responder otra vez al señor comisario con la promesa de que estableceremos medidas paliativas (control de contaminantes, nuevas depuradoras de aguas residuales, traer agua de otra parte), puesto que el riesgo no desaparecerá manteniendo a las puertas de Doñana una explotación agrícola intensiva, una urbanización en vías de crecimiento (son más de ciento cincuenta mil veraneantes los que se concentran en Matalascañas) y otra en proyecto. El ojo inquisitivo de Europa no se apartará de nosotros en tanto no modifiquemos estos planteamientos. En el aspecto ecológico, estimo que ha pasado la hora de permanecer a la defensiva. Es preciso cambiar, pero para recuperar, no para evitar nuevos desmanes. ¿Cómo? Mediante soluciones imaginativas de largo vuelo, no exentas de audacia. No olvidemos que el objetivo es conservar en toda su pureza un parque de asiento de aves único en Europa.

¿Qué responder, entonces, al señor comisario de la CCE? Simplemente eso, que se acabó la política de paños calientes, que la comarca de Doñana va a alterar radicalmente su modelo de desarrollo, orientándose hacia actividades blandas, como ganadería, caza y pesca, turismo *verde*, agricultura biológica y acuicultura extensiva. Para ello, aprovechando que estamos dispuestos a acarrear el agua de otros lugares, trasladaremos los proyectos de regadío a otras zonas de Andalucía (a ser posible, del propio pueblo de Almonte), con mejores tierras y lejos del parque. Al propio tiempo, si son necesarias nuevas urbanizaciones, éstas se extenderán hacia el norte, hacia Mazagón, interrumpiendo la edificación en Matalascañas, ya excesivamente poblada. Y por último, la proyectada autovía de cuatro carriles no flanqueará Doñana, sino que se construirá por el norte, alejada del parque. En resumen, que estamos dispuestos a ser los primeros en velar por esta zona privilegiada de Europa.

Se aducirá, tal vez, que existe un plan de ordenación que impide estas realizaciones, pero me pregunto: ¿Es que la advertencia europea no es razón de peso para modificar este plan? El argumento me parece deleznable. El único argumento en este caso es el dinero. El proyecto enunciado tiene un precio muy alto, para España sola demasiado alto. Seamos sinceros: la economía española no se puede estirar más, sus posibilidades son limitadas y el proyecto sumamente ambicioso. ¿Por qué, si el parque es europeo, refugio de aves europeas, espacio natural que pretendemos preservar de cualquier contaminación, no hacemos de la comarca en que está enmarcada una empresa europea? Algo así podría ser el colofón de la respuesta española al señor Ripa di Meana. La operación de dejar exento el parque de Doñana supone una inversión de miles de millones de pesetas, y, puesto que favorece a todos, debería ser un objetivo común, solidario. El precio no es el mismo si lo paga España que si lo paga Europa («¿Qué le hace un capón a Frutos?», reza un dicho popular castellano). Es preferible arbitrar esta solución antes de

que surjan presiones, todo lo idealistas que se quiera, pero presiones al fin y al cabo: no aceptamos sus fresas (o sus tomates) porque se producen en detrimento de Doñana, etcétera. Es necesario evitar el dictamen con que hoy estamos amenazados. Cuando la Unión Europea nos dice que ponemos en peligro el parque, que lo estamos echando a perder, no le falta razón. Que una de las playas más sucias de Europa sea la de Doñana constituye un bochorno nacional. Que corramos el riesgo de dejar sin agua a las anátidas del continente por regar unas malas tierras que han arruinado a quienes las cultivan, un dislate. Digámosles entonces, sencillamente, a nuestros vecinos de Europa: «Concertar en una misma zona un parque nacional, un plan de regadío y una gran urbanización turística fue, en efecto, un grave error que arrastramos desde hace cinco lustros. Estamos decididos a acabar con todo esto de acuerdo con sus deseos, que son los nuestros, pero ayúdenos, arrimen el hombro, no vaya a suceder que tener y conservar Doñana resulte peor o más gravoso que no tenerlo».

La caza: mi punto de vista

¿Qué puedo yo decir sobre la caza que no haya dicho antes? Ante esta interrogante uno acaba, como casi siempre, agarrándose al famoso ensayo del maestro, repitiendo aquello de que la caza torna paleolítico al hombre civilizado y le procura unas vacaciones de humanidad. Porque esto que el señor Ortega dijo hace más de cuarenta años, cuando aún el corsé de la civilización no nos oprimía tanto, se va acreditando a cada año que pasa. Ahora bien, siendo esto cierto, ¿es toda la verdad? Al salir al campo cada domingo, ¿procuramos solamente sentirnos paleolíticos por unas horas? Yo creo que a esto habría que añadir un matiz sustancial. El hombre-cazador o el hombre-pescador, que tanto monta, sale al campo no sólo a darse un baño de primitivismo, sino también a competir, a comprobar si sus reflejos, sus músculos y sus nervios están a punto, y para ello nada como cotejarlos con los reflejos, los músculos y los nervios de animales tan difidentes y escurridizos como pueden serlo una trucha o una perdiz silvestres. Tenemos, pues, que en la caza subyace un sentimiento de confrontación, de duelo, que tiende en definitiva a demostrarnos si nuestra inteligencia y nuestra resistencia física son capaces todavía de imponerse al instinto defensivo, la rapidez y la astucia de un animal salvaje.

Esta competencia implícita exige una lealtad, una ética. El hombre-cazador debe esforzarse, por ejemplo, porque ese duelo se aproxime a la equidad que presidía los torneos medievales: armas iguales, condiciones iguales. Por sabido, la perdiz no podrá disparar sobre nosotros, pero nosotros quebraremos el equilibrio de fuerzas, incurriremos en deslealtad o alevosía, si nos aprovechamos de sus exigencias fisiológicas (celo, sed, hambre), de sofisticados adelantos técnicos (transmisores, reclamos magnetofónicos, escopetas repetidoras), o de ciertos métodos de acoso (batidas, manos encontradas) para engañarla, debilitarla y abatirla más fácilmente. De aquí que yo no considere caza, sino tiro, al ojeo de perdiz y recuse la caza del urogallo –mientras canta a la amada, a calzón quieto–, por considerarla alevosa. En una palabra, para mí, la caza exige un desgaste, una cuota de energía –cada cazador debe elaborarse por sí mismo su propia suerte– y un respeto por la pieza, lo que equivale a decir que el éxito de una cacería no depende del bulto del morral, sino del hecho de que nuestros planteamientos tácticos y estratégicos hayan sido acertados y, al menos en alguna ocasión a lo largo de la jornada, hayamos logrado imponerlos a la difidencia instintiva de la pieza. Entendida la caza de este modo, una percha de dos perdices, bien trabajadas, limpiamente abatidas, puede ser más gratificadora que otra de dos docenas con todas las circunstancias a nuestro favor. No es, pues, la cantidad, sino la estrategia correcta y lo certero de nuestras intuiciones lo que determina el éxito o el fracaso de una cacería; nuestro grado de satisfacción, en suma. De lo antedicho se deduce que la caza-caza, la caza al salto o en mano, tal como yo la practico, constituye un auténtico ejercicio deportivo.

Sin embargo, hay quien no repara en sutilezas y considera la caza, en cualquiera de sus manifestaciones, un esparcimiento cruel. Nos llevaría demasiado tiempo discutir este extremo, mas si admitimos que el hombre es un animal carnívoro y que para mí no es lícita la caza de un

animal gastronómicamente inútil, convendremos que la muerte de una perdiz de una perdigonada no es objetivamente más cruel que cualquiera de los métodos que habitualmente se emplean para el sacrificio de las aves de corral. No deja de ser chocante que, a medida que en la sociedad actual se endurece la postura del hombre contra el hombre, se vaya extendiendo un hipócrita «franciscanismo» que contrasta con aquella actitud. En Alemania me contaban que uno de los guardianes del campo de exterminio de Dachau lloró el día en que se le murió un canario.

Lo que hay que preguntarse entonces no es si la caza es cruel o no lo es, sino qué procedimientos de caza son admisibles y qué otros no lo son. Si la caza sirve para el hombre, para su desarrollo y plenitud, o no sirve. Y el hecho de que en el país se expidan anualmente un millón largo de licencias, invita a pensar que sí. No se me escapa que dentro de este millón existen no pocos pirotécnicos –su objetivo es quemar pólvora en salvas– y otros que ven en la caza, en algunas manifestaciones aristocráticas de la caza, una actividad adecuada para completar su carrera. Mas, esto aparte, si la afición a la caza aumenta y aceptamos que se trata de un ejercicio adecuado para aliviar la tensión, individual y social, apoyemos este deporte, democraticémoslo, demos entrada en él al mayor número de practicantes posible. ¿Cómo? ¿Aboliendo los cotos? He aquí otro problema, y no baladí ni inoportuno. El ideal de la caza sería, sin duda, el de hombre libre, sobre tierra libre, contra pieza libre. Mas tal cosa, a estas alturas de civilización, ya no es posible.

La supresión de los cotos –únicos criaderos de caza silvestre– comportaría inevitablemente el arrasamiento del campo en menos de dos semanas. ¿Qué hacer, entonces? He aquí un punto delicado, aunque quizás el fenómeno de los cotos mixtos –de pueblerinos y ciudadanos– y el desarrollo del coto social –donde cualquier persona se pueda dar el gusto, por un precio razonable, de cazar un día un cuartel guardado puedan ser, entre otras, dos soluciones justas pero incompletas. (No cabe en ellas el millón de ejercitantes.) De lo que no hay duda es de que hoy nadie puede soñar, como antaño, en sacarle una renta al campo al tiempo que se divierte. Hoy la caza, como los toros, como el fútbol, como cualquier actividad recreativa, tiene que costar algo.

Un perro

Al Ithor lo trajo mi hijo Juan al pueblo hace ahora un año. Era un setter gallego, de tamaño reducido, muy cómodo para la convivencia y los traslados. El animal, de aristocrática cuna, era simpático sin excesos, obediente sin exageraciones. Apenas tenía cinco meses cuando Juan le sembró en un perdido media docena de codornices de granja y él, con incomprensible pericia, fue mostrando una tras otra y cobrándolas sin un fallo. Cuando comenzó la temporada de perdiz, el Ithor no se encontraba a gusto en los cazaderos de llanura, pero en cambio en los de montaña, en mohedas adustas, cazaba a la mano o, si se alejaba, sostenía la muestra el tiempo necesario hasta que el cazador llegara. Únicamente le excitaban los tiros. Las detonaciones, aunque fueran contra las perdices mostradas por él, lo enloquecían y tras ellas iniciaba un galope irrefrenable del que era difícil hacerle desistir.

Este defecto llevó a Juan a encomendar su custodia a un hombre duro que vivía en el campo y que durante seis meses trató de inculcar al animal las virtudes del autocontrol y la obediencia. El ayo tenía fama de gran educador, de modo que cuando Juan volvió a traerlo este año al pueblo para abrir la codorniz, nos las prometíamos muy felices. El año y medio de Ithor, en reclusión durante la veda, nos llevaba a pensar que cogería la apertura con ganas y, como suele decirse, debidamente mentalizado. Y me alegraba, además, que su reanudación de la caza fuese precisamente con la codorniz, porque en esta modalidad de caza el perro es inexcusable. Yo suelo decir que la caza de la codorniz, en un cincuenta por ciento, es el perro, cuando, en rigor, el perro es *toda* la caza de la codorniz.

Pero, a pesar de nuestras expectativas, Juan y yo quedamos decepcionados cuando, ante el rastrojo virgen, según amanecía Dios, un Ithor ya adulto se perdía en el pajonal en unas carreras alocadas, sin fundamento. Seguía siendo obediente, incluso acudía a las llamadas con solicitud, pero volvía a reanudar las galopadas en cuanto cesaban los silbidos. Y lo más preocupante del caso es que el perro repetía, una y otra vez, el mismo itinerario, seguía la misma línea de morenas, lo que quiere decir que no iba cazando sino que sencillamente se desfogaba.

Las cosas se agravaron cuando a Juan y a mí empezaron a volarnos codornices a los pies. Lo hacían espontáneamente, no por la presión del perro, que seguía corriendo gallos. Sus vientos, muy sutiles cuando cachorro, habían dejado de tener sentido. No le servían para nada por la sencilla razón de que ya no buscaba la tufarada delatora; tan sólo se sorprendía cuando el rastro lo buscaba a él y casualmente se cruzaban. Entonces sí, entonces el Ithor volvía a ser el can que prometía, dibujaba una muestra académica, muy cautelosa, y terminaba volando la codorniz. Pero inmediatamente se olvidaba de la muestra y volvía a las andadas. Creo que la decisión de Juan de propinarle dos puntapiés resultó contraproducente. Disminuyeron sus correrías, sí, pero acreció su pasividad. Era menor su brío pero mayor su desconfianza. Ahora caminaba tras de nosotros, con la lengua fuera, absolutamente desmotivado. Seguía siendo un animal de bella lámina pero, por alguna razón desconocida, había desistido de ser cazador; la caza había dejado de interesarle.

¿Qué nos movió a Juan y a mi a volver a sacarlo al campo dos días más tarde? ¿Qué fue lo que provocó su transformación? Un Ithor desconocido nos precedía. Se desplazaba a diez metros, de cazador a cazador, y de vez en cuando se alejaba buscando el aire. El morro en tierra, iba y venía, sin hacer un solo movimiento de más. Era el perro sabio, superdotado, que añoraba dos días antes, el perro rastreador que coronaba sus incursiones con posturas de libro: rígido, una mano levantada, la cabeza vuelta, el vientre a ras de tierra, los ojos inyectados. Así una y otra vez, volaba una codorniz, dos, y salía a cobrarlas sin demora. Juan y yo nos mirábamos asombrados. ¿Cuál es el verdadero Ithor, el de hoy o el de anteaer? Nunca había vivido una experiencia semejante, pero es obvio que con los perros hay que tener paciencia, que un perro –como un tenista, al decir de algún comentarista rebuscado– también puede «salirse» de la cacería.

Bueno, pues el tercer día sucedió lo mismo que el primero, es decir, al Ithor se le olvidó cazar. Esperemos que la próxima vuelva a dar la de cal. En ésas estamos.

El magnetismo de Félix Rodríguez de la Fuente

1983

De Félix Rodríguez de la Fuente solían decir sus detractores que los documentales carecían de credibilidad porque operaba con animales domesticados. Y se quedaban tan frescos, como si el hecho de domesticar a una manada de lobos o a un águila imperial fuera una tarea sencilla, al alcance de cualquiera. Por otra parte, yo, que pasé junto a él unos días en su cuartel de Pelegrina, en la provincia de Guadalajara, puedo dar fe de la gratitud de dichas afirmaciones. Félix había montado allí, al aire libre, en una garganta umbría, sobre cuyos riscos volaban los buitres, un zoo en miniatura: lobos, águilas, búhos, grajas, halcones, picazas; pero estos animales, lejos de estar amaestrados, mostraban su esquividad en cuanto alguien se aproximaba a ellos. Quiero decir que los animales del doctor conservaban su vena selvática, lo único que ocurría es que Félix tenía sobre ellos una ascendencia, se les imponía. Esta autoridad, que con cierta frivolidad se atribuye genéricamente al hombre en el seno de la creación, era un hecho en él: Rodríguez de la Fuente era el mamífero dominante en aquel pequeño mundo; era su rey.

Con ocasión de su muerte, escribí sobre su difícil, por no decir imposible, sustitución, y el tiempo ha venido a darme la razón. Pero al decir esto yo no me refería tanto a sus conocimientos de la fauna como a su manera de exponer los temas, a esa suerte de magnetismo que emanaba de su persona. Félix tenía fe en su palabra pero además sabía comunicarla y es indudable que nadie convence tanto a un auditorio como aquel que se cree lo que está diciendo. Y el doctor se creía cuanto decía, incluso cuando afirmaba que el lobo no era un animal sanguinario. Luego, su voz apasionada, notoriamente enfática, nos envolvía, predisponiéndonos a aceptar desde las inflexiones iniciales la totalidad de su discurso.

Esta fuerza atractiva de Félix se evidenciaba también en el campamento al que más arriba he aludido. Y no es que el doctor hubiera desbravado uno a uno a aquellos animales, de por sí indóciles y muchos de ellos agresivos, sino que en su presencia ellos se empequeñecían, aceptaban su autoridad, capitulaban. De esto a afirmar que podía hacer con ellos lo que le diera la gana media un abismo.

Sobre este particular guardo dos sabrosas anécdotas de aquella visita que revelan la influencia de Félix sobre sus irracionales colaboradores. La primera de ellas se refiere precisamente al lobo, a la camada de cuatro lobos que le trajo mi hijo Miguel de la Cabrera (León) y que vivía en holgada cautividad, tras una alambrada, en el fondo del campamento. En su afán de mostrarme todo, de que apreciara la fuerza, la gracia natural de aquel su pequeño mundo, Félix me preguntó si me apetecería ver correr a los lobos en libertad. Aunque con cierto recelo le respondí que sí y, mientras mi hijo, él y yo nos escalonábamos en la ladera de abajo arriba, su camino habitual, un ayudante les dio suelta en tanto otro, desde la línea más alta del cordal, les anunciaba con un cuerno de caza la hora del almuerzo. Los bichos salieron desalados, en fila

india, hacia la pequeña silueta que se dibujaba a contraluz en lo alto de la colina, alocados, ajenos al entorno, sin reparar en nuestra presencia. Pero súbitamente, el último, quizá menos hambriento o debido tal vez a que es cierto ese dicho de que el miedo del hombre atrae a los animales, se detuvo, miró a un lado y a otro, y desdeñando el sonido del cuerno, se vino directamente hacia mí. No es necesario decir que aquella mirada amarilla, relampagueante, que se cruzó con la mía, no me apaciguó en absoluto. Y, a medida que el animal se aproximaba, mi alarma iba creciendo, hasta el extremo de que, como esos niños asustados que en la alta noche recurren a su madre para ahuyentar a los fantasmas, yo apelé al doctor, y sin mover un músculo de la cara, sin abrir apenas los labios, le silabeé:

–Félix, ¿qué hago?

–¡Quieto! –ordenó él, contundente.

Y allí me quedé, tieso como una estatua, inmóvil, hasta que el lobo, con las orejas erguidas, empezó a olisquearme los tobillos, luego las corvas, las rodillas, acompañando su quehacer de unos resoplidos inquietantes. Su exploración era tan concienzuda, tan obstinada, que nuevamente recurrí al doctor, pero sugiriéndole la posibilidad de tomar la iniciativa:

–Félix, ¿le pego una patada?

–¡Quieto! –ordenó perentoriamente el doctor, pero como quiera que el lobo retornaba a husmear mis tobillos con el evidente propósito de resolver de una vez por todas si yo era o no comestible, inquirí con un punto de zozobra en mi voz apenas modulada:

–Pero quieto, ¿hasta cuándo?

Justo en ese momento volvió a sonar el cuerno, el animal levantó la cabeza, miró un instante a Félix, volvió grupas y se lanzó ladera arriba desdeñando el bocado de mi canilla, como si yo nunca hubiese existido.

La tarde de ese mismo día, Félix nos llevó a ver volar el águila imperial a unos kilómetros del campamento, allí donde la angostura del desfiladero se trocaba en un valle apacible. El doctor se apeó del todoterreno con el hermoso pájaro en el antebrazo, como los viejos cetreros, y allí, entre las carrascas, lo liberó del capirote. El bicho oteó en derredor calmosamente, todavía deslumbrado y, al cabo, se lanzó al espacio, alejándose de nosotros con solemne aleteo. Todos contemplábamos fascinados su vuelo fácil, eficaz, la armoniosa espiral que iba describiendo sobre nuestras cabezas. Sus movimientos eran raudos, majestuosos, y en contados minutos se remontó tanto que, en contraste con el azul del cielo, el enorme pájaro no hacía más bulto que un gorrión. Así permaneció largo rato girando, describiendo grandes círculos, sin que nada lo alterase, hasta que de pronto, sin motivo aparente –¿alguna presa invisible desde abajo?– se fue desplazando hacia el cordal, rebasó la cima y desapareció de nuestra vista. No quise mostrar abiertamente mi inquietud, por lo que le dije en tono de broma:

–Me temo que te vas a quedar sin águila imperial como yo me quedé sin abuela.

Él se reía confiado:

–Volverá, no te preocupes. Igual que se ha ido, volverá.

Mas el tiempo pasaba y el águila no reaparecía. Todos clavábamos los ojos en las cumbres del cordal hasta que el sol se puso y el color del cielo fue pasando del azul al rojo hiriente para entonarse, al fin, tenuemente en un rosa amarillento. Amagaba el lubricán. Hacía hora y media de la deserción del pájaro y el doctor no disimulaba ya su nerviosismo:

–No lo comprendo. Nunca me pasó una cosa así.

–¿Y no se puede hacer nada?

–Nada. Esperar.

Minutos más tarde, contra el suave resplandor del crepúsculo, sobre las crestas negras de la cordillera, surgió un punto oscuro que fue desplazándose pausadamente en círculos, buscando poco a poco la vertical sobre el grupo:

–Ahí está –voceó Félix con entusiasmo, mientras uno de sus ayudantes lanzaba reiteradamente al aire un señuelo de cuero y madera.

El pájaro sobrevolaba el valle con un aleteo imperceptible, como si fuese la brisa quien lo arrastrara. Y, súbitamente, picó, entró en barrena. Adelantó la cabeza, estiró el cuello, frunció las alas hacia atrás y descendió en vertical a una velocidad vertiginosa. La entrada en picado del águila, su frenazo de última hora y la subsiguiente toma de tierra, constituyó un espectáculo. En medio de un gran silencio, entre dos luces, el doctor se dirigió hacia ella hablándole en un lenguaje melifluo e ininteligible, tratando de dominar con la palabra su desconfiada selvatiquez, hasta que, finalmente, la rapaz, apaciguada, admitió la cuculla en su soberbia cabeza.

En estos días en que se cumplen años de la muerte del gran divulgador he recordado a menudo los pormenores de aquella visita y he concluido que el secreto del éxito de Rodríguez de la Fuente no radicaba tanto en sus conocimientos y su oratoria, tan persuasiva, como en una suerte de magnetismo que irradiaba de su persona y que afectaba lo mismo a los animales de su pequeño zoo de Pelegrina que a los millares de admiradores que seguían semanalmente sus programas a través de la pantalla del televisor.

Sobra vino

Hace aproximadamente una década, mi amigo Wenefrido de Dios me decía en su pueblo de Guarrate (Zamora), charlando de las exigencias del Mercado Común respecto a la agricultura: «A estas alturas ya deberíamos saber qué quitamos y qué ponemos, qué sembramos y qué dejamos de sembrar porque aquí, como dice mi vecino, lo que falta es un director de orquesta». Pues bien, han transcurrido dos lustros desde entonces y a la agricultura castellana le sigue faltando un mentor. Nadie le enseña, nadie le aconseja, nadie le guía. Del corazón de la Unión Europea, antes que sugerencias, llegan instrucciones perentorias cuando no órdenes. De esta manera, de modo insensible, se ha ido abriendo paso en Castilla la política de la subvención. Te doy tanto para que dejes de sembrar esto o sacrifiques aquello. El excedente manda. Y no parece haber otros correctores económicos que éste.

Mas, en cualquier caso, este tipo de subvención debe admitirse como un parche, nunca como un remedio definitivo. El labrador castellano está habituado a vivir de su trabajo y esa política de sentarse y extender la mano no le satisface. Tiene la impresión de que no le conduce a ninguna parte, esto es, intuye razonablemente que, si deja de sembrar una cosa, en su lugar debería poner otra.

Esto de cobrar por no hacer, no acaba de entrarle en la cabeza, porque a la larga, se mire como se mire, el abandono de las tierras, o la eliminación progresiva de las reses, sólo puede comportar un empobrecimiento de la economía.

Y lo más desazonador de esta política es que parece no tener fin. Uno podría pensar que al cabo de tanto tiempo la economía agropecuaria estaría ya más o menos asentada en la Europa unida, pero ahora resulta que no, que la risa va por barrios y hoy le ha tocado el turno al vino. En Europa sobra vino. El viejo continente está ebrio. Los pueblos de la Unión Europea no pueden beber más y, al parecer, la exportación está saturada. Se impone una vez más la política de la destrucción. Hay que arrancar cepas. Sobran anualmente treinta y seis millones de hectolitros de vino. Y ante esta cifra, la Comisión Europea no se devana los sesos, divide tantas viñas entre tantos países y acuerda que España debe descepar trescientas mil hectáreas de este cultivo. ¿Y si las cosechas merman en los próximos años? ¿Y si en este tiempo le salen a Europa nuevos clientes? Bueno, parece decirse la Comisión, si una cosa así ocurriera ya resolveríamos sobre la marcha.

El asunto, pues, es grave. Descepar es fácil, pero para envejecer un bacillar no basta el buen deseo. Una parra es un producto de años. A este respecto, recuerdo los juicios de mi amigo Wenefrido sobre la calidad de los mostos: «Buen vino, cepa añeja», sentenciaba, frente a la obsesión ministerial por renovar nuestros viñedos. «Nuestras cepas –añadía– son inmejorables, y esto se lo discuto yo al ministro y al lucero del alba. Ahora, si lo que buscan es cantidad, entonces me callo.» He aquí otra vez la madre del cordero: si en España arrancamos las cepas de trescientas mil hectáreas, como está mandado, ¿por qué las sustituimos?

Mi buen amigo, el campesino de Guarrate, centraba la cuestión con un buen sentido admirable: «A nuestros vinos –decía–, aun siendo unos vinos de artesanía, les es difícil competir en cantidad con otros europeos. Ve, ahí tiene el vino de Toro, un vino difícilísimo, de cepas centenarias, de un paladar que no puede compararse con nada bueno, pues ese vino, si lo que prima es la cantidad, lo mismo se hunde. La cosa no tiene pierde. Si una parra francesa le da a usted nueve kilos de uva, mientras en España la media es de tres o cuatro, y lo ponen al mismo precio, ya me dirá usted dónde vamos a parar. Porque los vinos de Castilla (Toro, Rueda, La Nava, Peñafiel) son pura golosina. Caldos extraordinarios que pueden competir con cualquiera precisamente por su cepa escatimosa, de mosto concentrado. Sería una pena que estas viñas, a lo mejor con ciento treinta años encima, desaparecieran. Porque esto del Mercado Común puede ser eterno, pero lo mismo puede acabarse mañana. ¿O no?».

Las palabras de mi amigo Wenefrido, pronunciadas hace dos lustros, vuelven a cobrar hoy rigurosa actualidad en Castilla. ¿Cómo medimos la, al parecer, necesaria reducción de caldos? ¿Por la riqueza de la uva o por la extensión de los cultivos? ¿Puede ser inteligente sacrificar la calidad a la cantidad?

El partido de los cazadores

En imaginación política los franceses nos dan sopas con honda al resto de los europeos. Mientras unos y otros nos pasamos la vida discutiendo si para salir de la crisis conviene trabajar más o trabajar menos, el Senado galo dictamina la posibilidad, aunque con carácter experimental, de reducir la jornada de trabajo de 39 a 32 horas, que es como decir que los franceses están a punto de inventar la semana laboral de cuatro días. La medida, como era de esperar, ha provocado una gran polémica, pero ya es sabido que a estos franceses siempre les ha gustado dar la nota. Tengamos presente que, ya en las elecciones europeas de 1989, los cazadores y pescadores del país vecino presentaron una candidatura que se llamaba algo así como «Chasse, Pêche, Nature et Tradition» y que, aunque parecía cosa de broma, se alzó con cerca de un millón de votos, o sea, se quedó rozando ese cinco por ciento preciso para lograr representación parlamentaria.

Cinco años más tarde, los cazadores españoles, que se han considerado desatendidos con la aprobación de la ley de espacios naturales, en un movimiento mimético y acompañados por sectores próximos como agricultores y fabricantes de cartuchos, han fundado la Agrupación FFH (fauna, flora, hábitat) que está dando sus primeros pasos.

La principal exigencia de este grupo es conseguir la gestión de la caza por los propios cazadores, exigencia que, de ser aceptada, llevaría a la citada agrupación a disolverse, pero, en caso contrario, seguiría viva con la esperanza puesta en los millones de cazadores, granjeros, fabricantes de cartuchos, agricultores y aficionados a los toros que, dado su número, podrían convertir mañana la asociación en una organización política, es decir, una especie de Partido de los Cazadores, reforzado por los afines.

Uno, que, sin desinteresarse de la política, dedica los domingos de otoño e invierno al deporte de la caza, se pregunta ingenuamente si la perdiz roja por sí sola puede representar una ideología, esto es, si un cazador será capaz de desentenderse de otros problemas sabiendo preservado su pájaro favorito. Ante una cuestión así, lo primero que a uno se le ocurre preguntar es lo siguiente: ¿Qué tipo de cazador va a ser defendido por la asociación de marras? ¿El cazador de mano, el de ojeo, el reclamista, el de caza mayor, el de caza menor...? ¿Cuál? ¿Todos? ¿Cómo conciliar entonces los intereses del cazador de mano con los del cazador de batida y los de aquél con los del galguero? Porque si es difícil poner de acuerdo a los cazadores en su diversidad, no digamos nada de la práctica imposibilidad de armonizar los intereses de éstos con los de los campesinos –tradicionalmente sus enemigos– o con los del aficionado a los toros. Y, por otra parte, ¿qué actitud debería adoptar el cazador ante problemas económicos o culturales que lleguen al Parlamento ajenos a la venación? Y si el objetivo político del cazador no va más allá de la caza, ¿qué cara deben poner en el noventa y nueve por ciento de los casos en que lo cinegético no tenga nada que ver con los debates ordinarios del Parlamento?

–Le veo venir. A usted no le gusta un pelo la idea de un Partido de los Cazadores.

No es que me guste o deje de gustarme, es que me parece una salida de tono. Porque, una vez constituido el partido, e incluso alcanzada la representación parlamentaria, ¿me quiere usted decir cómo conciliaría esa minoría tantos intereses dispares? Quiero sugerir con este interrogante que la asociación de cazadores, como tal asociación, tiene más posibilidades de influir en el futuro de la caza que organizada en partido. ¿De qué modo? Muy sencillo, exponiendo sus puntos de vista e interesando en ellos a los grupos políticos ya constituidos, haciéndoles ver la ingente cantidad de personas que se mueve en torno a este hecho social. Y más concretamente aún, reconociendo humildemente que la caza en sí no es una ideología pero sí una fuerza, que sus cultivadores son tantos y tan grande el número de actividades afines, que vale la pena tenerlos contentos e incorporar sus afanes a los programas de los partidos en cuestión.

El fin de la perdiz roja silvestre

De mi diario de caza

1996

Una percha inesperada

22 de octubre de 1995

Abrimos la temporada en Villavieja, a un paso de Tordesillas, con una limitación: respetar las liebres para los galgueros. Por mi parte, tras resolver satisfactoriamente la prueba de la ladera (con setenta y cinco años a las costillas), me uní a la expedición a la que también se han incorporado mis nietos Germán y Jorge. Día quedo, de calor intempestivo, húmedo, y pésimos augurios respecto a la cría de la patirroja a causa de la sequía que tiene sediento a medio país. La escasez de pájaros se puso de manifiesto en toda España y, muy concretamente, en Castilla, donde no pocas cuadrillas regresaron a casa con una perdiz a repartir entre cinco o con lo puesto.

A nosotros, en cambio, tocados por el dedo de la suerte, nos pintó bien o mejor que bien: diez patirrojás, dos torcaces y un raposo fue la percha final. ¿Y por qué a nosotros nos fue bien y a los demás mal?, se preguntará el lector. Eso es lo que habrá que averiguar en jornadas sucesivas, pero lo cierto es que, con unas predicciones absolutamente negativas, bajamos dos pájaros más que el año pasado, el mismo día y en el mismo cazadero.

La estrategia fue elemental: partir las escopetas para batir simultáneamente páramo y nava. En total metimos dos bandos en el sardón, de los que descolgamos cinco pájaros; cuatro nuevos (¿dónde está la mala crianza?) y un macho disforme, más viejo que Matusalén. Yo tuve la fortuna de emplomar uno volado por Adolfo en el bocacerral, que me sorprendió por detrás, encampanado y alto, y al que derribé sobre las pajas en un tiro de arriba abajo que siempre me resultó problemático. A la vejez, viruelas. Luego, en la esquina norte de la ladera, mientras aguardaba la vuelta de la mano, revolqué un raposo de buen pelaje, gordo y lustroso, que se colaba ladinamente entre las carrascas.

Los chicos hicieron en la ladera otras cuatro perdices y dos torcaces que volaron de los pinos. Una jornada, en resumen, muy completa en la que, pese a respetar a las liebres –media docena nos arrancaron prácticamente de los pies–, se lograron trece piezas muy estimables.

Pocas es algo

29 de octubre de 1995

Cazamos La Mambla, segundo cuartel del acotado, y enseguida se presentó el tío Paco con la rebaja. ¿Quién dijo que la perdiz no sólo no había criado sino que habían desaparecido buena parte de las que sobrevivieron de la temporada anterior? Premio para el vidente, ya que ayer, fuese quien fuese, acertó de plano con su nefasto augurio. A cambio revolcamos cinco liebres – que es un montón de carne–, pero perdices nada más que una –Adolfo– en una mano de seis escopetas. Total, que en la segunda jornada, que tampoco es esperar mucho, nos topamos con el desierto anunciado. Ni hay pájaros ni el campo está para florituras. Apenas hay tierras levantadas y las que se han sembrado no llegan a cuatro. Falta tempero y la semilla se enquistó en los surcos

sin humedad. De ahí que el campesino, si se descuida, no podrá aprovechar las siembras de otoño y tendrá que agarrarse a las tremesinas pasada la Navidad. El terreno está duro, apelmazado y escabroso, y basta un paseo de media hora para deshollarse uno los pies. Una pena.

Disparé dos tiros en la jornada: perdiz y liebre. La primera un pájaro repullado, apoyado en el viento, de pico, al que naturalmente ni tropecé, y en cambio acerté a una liebre levantada por Juan a más de cuarenta metros y que el propio Juan y mi nieto Jorge cobraron a la carrera entre los tomillos bajos.

En conjunto, un día lamentable, para llorar. Hay aun menos perdiz de lo que pensaba. Sucede lo que ya ocurrió hace cuatro o cinco temporadas: el venador no encuentra perdices nuevas ni viejas, no encuentra nada. O sea, las condiciones de vida han debido de ser tan críticas en primavera y verano que no sólo no ha habido cría sino que también han sucumbido las presuntas criadoras, las adultas. Y si uno se resiste a sembrar en su coto perdiz de granja ¿qué le queda por hacer? Aguardar, solamente eso. Y si el desastre se confirma, volver resignadamente a la veda, medida siempre dolorosa pero inevitable si no queremos matar la gallina de los huevos de oro.

Coruñeses

1 de noviembre de 1995

Jesús Reglero nos invitó a unos ganchitos en Coruñeses, con la esperanza de encontrar alguna perdiz en los barbechos. Estas batidas de mentirijillas –cuatro escopetas contra cinco batidores, alternando–, sin pantallas, cornetín de órdenes, banderolas en las puntas, ni un mínimo estudio del terreno, resultan cómodas en estos páramos inmensos, ya que uno reduce su caminata a la mitad, pero no suelen dar resultado. Ayer, efectivamente, fracasamos; las escopetas en danza no movieron perdices en tres de los cinco ganchos, y apenas dos bandos reducidos en los otros dos. Botín: cinco perdiganas, dos de ellas perdidas, una de Germán, de torre, que fue a desplomarse donde Cristo dio las tres voces, y otra de Jesús, en el arroyo (en estos regatos enmarañados, de mucha broza, no es fácil encontrar una alicorta sin un perro baqueteado). Resumiendo, cobramos tres: una de Reglero, del doctor Ortiz la otra, y la tercera del que suscribe, un pajarón desenfrenado a veinte metros de altura por el lado izquierdo –el malo–, que cayó de bruces en dirección contraria a la que traía. Un macho que, a juzgar por los espolones y la rigidez del pico, debió de nacer hacia el año 15, cuando la Gran Guerra. ¡La madre que lo echó! El pelletazo fue tan recio que lo recogí medio desnudo. Tres liebres que pararon los batidores (yo fui batidor en dos ojeos y no levanté pelo ni pluma) aliviaron el deslucido morral. Lo mejor del día, el clima, ya que la temperatura, en cierto modo alta, se vio atemperada por las nubes, que, una vez más en este otoño nefando, se fueron sin descargar.

En días así, entoldados y dulces, la espera resulta tonificante. Suena el campo –la soledad no es muda en Castilla–: las esquilas de un rebaño, el graznido destemplado de una bandada de cuervos, el gallear irreverente de una picaza... La música de fondo se repite en la meseta año tras año. Ayer apenas se echaba de menos el remoto traqueo de las escopetas en las colinas azules, tan peculiar en los otoños castellanos.

Como de costumbre, en estas visitas esporádicas a Coruñeses, terminamos en El Cocherón, en Medina de Rioseco, ante unas patatas con costillas adobadas de esas que matan a un vivo y resucitan a un muerto. La escasez de perdiz, tratada con clarete de la tierra, multiplica las conversaciones para deplorarla (para deplorar la escasez, quiero decir). Así son las cosas.

Tres perdices de Germán

5 de noviembre de 1995

Cambió el tiempo. Suave, imperceptiblemente, pero cambió. La máxima apenas bajó cuatro grados pero entre las temperaturas extremas se abrió una auténtica sima: diecisiete. Una vez más fue un cambio seco, puesto que las borrascas, que amagan un día y otro por el oeste, no se deciden a entrar, temerosas de que las devore el perro de presa del anticiclón estancado al sur de París. (Traduzco los mapas del tiempo.) La helada nocturna refrescó la temperatura e hizo posible una caminata dura pero sin agobios ni sofoquinas. No picó el sol, de manera que caminé a gusto, sin fatiga, esperanzado a pesar de la escasez. No obstante, los tesos y cabezos de Velilla, abrigados de pimpollos, antaño tan querenciosos, confirmaron la inexistencia de perdiz. A mediodía volaron un par de veces, en la ladera, media docena, solitarias y enrabiadas, pero Germán, en un día de gracia, se las arregló para quedarse con tres. La cuarta fue de Adolfo. En cambio Manolo, Manín y yo nos volvimos bolos a casa por primera vez en la temporada.

La hazaña de Germán se revaloriza si consideramos que, en un gesto deportivo infrecuente entre cazadores, cambió este año el calibre 12 por el 20, con el que los aciertos (el círculo de plomeo del 20 tiene un diámetro muy inferior al del 12: para hacernos una idea, la distancia que va de un paraguas de niño a otro familiar) son infinitamente más meritorios. Lo único malo de estos derribos de perdices largas con calibres cortos es que aumenta el número de alicortas y con ello el riesgo de perderlas, especialmente este año que cazamos sin perro y se levantan en París.

Hablando con unos y con otros en el bar Castilla, de Tordesillas, llegamos a la conclusión de que la cría de perdiz ha sido desastrosa en todas partes. La cuadrilla que cobra un par de ellas regresa a casa con cara de pascuas pero con mala conciencia, ya que las patirrojás que se derriban, salvo en casos excepcionales como las nuestras del primer día, son veteranas reproductoras, con callos y espolones. Un dato a tener en cuenta es que buena parte de las cuadrillas norteñas (asturianos, vascos, gallegos y montañeses), formadas por cazadores avezados, no bajan ya a Castilla; ni se toman la molestia. El cacerío no vale el viaje.

La medida puede ser impopular pero, visto lo visto, insisto en lo ya dicho: lo más prudente sería dar golletazo a la temporada.

Ni pelo ni pluma

12 de noviembre de 1995

Al fin el cambio climático se completó esta semana con las primeras lluvias abundantes que se dan en la península desde hace cuatro o cinco años. El riego fue general, tan oportuno y equitativo que dio más a quien más lo necesitaba. Si hemos de creer a la caja tonta, Huelva recogió, entre

viernes y sábado, cien litros por metro cuadrado, y Sevilla otros tantos. Esto siempre es mucho en Andalucía, pero parece más este año, después de una sequía tan severa que ha estado a pique de absorber hasta al Guadalquivir.

Tampoco Castilla se fue de vacío. Los servicios meteorológicos hablan de treinta litros en la meseta alta, cifra que coincide con los recogidos en Valladolid. La lluvia trajo un bajón de las temperaturas, de manera que por primera vez en este otoño cazamos con un vientecillo muy frío que aconsejaba abrigarse y apretar el paso. Pero, probablemente por la falta de luz, la caza se eclipsó en el cuartel que nos tocó batir: el Pico de Fray Gaspar, popularmente conocido por Las Peladas, esto es, el típico cazadero castellano desguarnecido. Con esto no pretendo insinuar que se vio poca perdiz sino, por lo que a mí se refiere, que no vi ninguna. Y con las perdices se eclipsaron la liebre y el conejo, lo que equivale a decir que se me fue la jornada sin un solo sobresalto. Recuerdo muchas cacerías en que me he vuelto a casa bolo y otras en las que no disparé la escopeta, pero una cacería sin ver pelo ni pluma, sin divisar un solo pájaro, ni disfrutar siquiera de una alegría visual, es la primera vez que me ocurre.

La cosa se hace aún más increíble en un laderón querencioso como este de Fray Gaspar (donde solían concentrarse las perdices de toda la nava), pero la evidencia no es discutible. Tan sólo justificó la excursión esa alegría de andar de que hablaba González Ruano. Eso y la variedad de matices que, con la rociada, adquirió el campo de la vieja Castilla, donde por primera vez en los últimos meses volvió a oler a tierra mojada.

El morral, muy apretado. Una patirroja del inevitable Germán con su escopetilla del 20, y un gazapete, totalmente limpio de mixomatosis, de mi hermano Manolo, que ha echado fuera unos kilos y ayer caminó como un muchacho. Tampoco sería fácil buscarle un precedente en los anales de la cuadrilla a percha tan enjuta. Su exigüidad viene a confirmar que el momento cinegético en Castilla es sumamente grave.

Cazar con los ojos

19 de noviembre de 1995

Ya no hay duda. El tiempo se ha metido en agua. En poco más de una semana se han recogido en Valladolid ochenta litros por metro cuadrado. Confortadora noticia, porque uno, con la sequía al cuello, prefiere cazar agua que perdices. Por de pronto es alentador observar cómo cuatro aguaceros copiosos pueden transformar en unos días el paisaje castellano. El suelo de cemento que pisábamos el pasado día 5 no se parece en nada a este campo de retazos verdes brillantes y ocres profundos que divisábamos esta mañana desde el automóvil camino de La Mudarra.

Por desgracia, los efectos de la lluvia sobre la perdiz son bastante más lentos. La calita de ayer en Sardonedo demuestra que la ausencia de patirrojás es general. Porque Sardonedo, que es un hermoso cazadero, raro en Tierra de Campos, bien pudo dar más juego. En este punto la llanada de Torozos se desploma cien metros camino de Rioseco, y en la cuesta, extensa y de escaso desnivel, brota una vegetación riquísima: robles añosos, encinas, chopos, álamos blancos y grupos de negrillos supervivientes de la reciente epidemia. Bueno, pues a pesar de este derroche topográfico no levantamos más que un bando de perdices del que los chicos, arriba, dejaron dos, mientras yo bregaba por los bajos en un inútil empeño por sujetar el resto.

Recuerdo que mi madre solía decirnos cuando no terminábamos la comida que nos habíamos servido en el plato: «Este chico come con los ojos». Y ayer, conforme caminaba penosamente por los barbechos embarrados, advertí que también yo cazaba con los ojos, que ya no era un miembro útil para cazar perdices en cuadrilla. Me explicaré: sabía perfectamente lo que tenía que hacer (correr, adelantarme, entrizar a los pájaros y ponerme de plantón en el pequeño mogote en la falda de la ladera) pero no podía hacerlo. Me faltaban las fuerzas, esto es, cazaba con los ojos. Tres kilos de barro en cada bota me inmovilizaban. Era un náufrago en un mar de greda. Me hundía hasta las corvas para, penosamente, volver a aflorar. Hubo un momento en que pensé pedir ayuda pero, entre la bruma y la distancia, no divisaba la mano ni la mano me veía a mí. Mi agotamiento era tal que carecía del vigor necesario para poner en práctica el viejo recurso de la patadita al aire para despejar las pellas de arcilla de las suelas de las botas. Y, mientras tanto, las pocas perdices que llevábamos delante se volvían muy altas, una tras otra, a la querencia. Entonces me di cuenta de que la prueba de la ladera, a la que con tanto entusiasmo me someto cada año al empezar la temporada, es insuficiente. Subir una ladera en Castilla cuando nadie te atosiga demuestra una forma física discreta a los setenta años, pero nada más. No admite comparación con la energía necesaria para llevar la punta de la mano por un auténtico atolladero. Esto último requiere menos años y más fuerza de los que yo tengo. De forma que, cuando, al fin, franqué el barbecho y arribé al rodapié, hube de sentarme en un tomillo para recuperarme. Resollaba. No me sentía cansado sino extenuado. Afortunadamente, al recuperar la vertical, una liebrota grande como un perro, levantada por sabe Dios quién, me cruzó a cincuenta metros y tuve la gran suerte de tumbarla del segundo. El revolcón me confortó. Mi liebre, con las dos perdices, dos zuritas y un conejo, compusieron un morral que no está mal para los tiempos que corren. Máxime cuando Adolfo y Juan nos la hicieron rabona esta mañana.

El cerrojazo

22 de noviembre de 1995

El acuerdo del Consejo Regional de Caza, sugiriendo el cierre de la temporada de caza menor dos meses antes de lo previsto, demuestra buen sentido en nuestros rectores cinegéticos. Sin embargo, la coletilla de que Medio Ambiente autorizará que se siga cazando en aquellos cotos cuyos responsables lo deseen nos deja inmersos en la duda. ¿En qué quedamos, se cierra o no se cierra? Leída la disposición con detenimiento resulta obvio que la veda anticipada únicamente va a afectar a los terrenos libres y a aquellos acotados cuyos titulares se acojan voluntariamente a ella. Una pregunta inocente: ¿cuántas hectáreas de terreno libre quedan en nuestra autonomía?

Para empezar, los aficionados empleamos mal los términos abrir y cerrar la veda. Abrirla significa dejar de cazar y cerrarla empezar a hacerlo. De ahí que nos entenderíamos mejor si hablásemos de abrir y cerrar la temporada. Y el propósito evidente del Consejo de Caza en su reunión de ayer es el de cerrarla en todos aquellos terrenos donde la caza haya disminuido de manera notoria. Y allí donde los socios de un coto entiendan que no ha sucedido así se puede seguir cazando. Otra pregunta: ¿Se puede creer a todos los arrendatarios de cotos? ¿También a aquellos cuyo contrato finaliza este año?

La intención del Consejo de democratizar la caza y que seamos los propios cazadores quienes dictaminemos sobre su ejercicio es loable pero no justa; se presta a interpretaciones que nada van a favorecer a nuestra riqueza cinegética. Tengo entendido, por ejemplo, que en extensas zonas de la provincia de Burgos hay también poca perdiz, pero más que en 1994. Entonces, ¿por qué cerrar este año si no se hizo el pasado? Por su parte, los galgueros estiman que vedar solamente la perdiz les perjudica a ellos, puesto que las escopetas concentrarán entonces sobre la liebre su afán de botín. Por otro lado, de todos es conocida la estrategia defensiva de la perdiz que vive a caballo entre dos cotos y vuela a uno u otro según les entrice la mano. ¿Qué les ocurrirá a las perdices fronterizas del coto *a*, cuyos titulares han decidido cerrar la temporada, si los cazadores de los cotos *b*, *c* y *d*, que cercan aquél, acuerdan seguir cazando? Lo previsible es que el coto *a* sea arrasado y la prudente actitud de sus mandatarios sea premiada (?) con el exterminio.

Se trata simplemente de unos botones de muestra; podría presentar otros. Lo que intento demostrar es que la ambigüedad en estas decisiones de abrir o cerrar la temporada no es buena para la caza. Repito que la intención del Consejo de Caza es plausible, magnífica: ustedes son ya mayorcitos y ustedes deciden lo que mejor convenga. Mayorcitos sí somos, en efecto, pero ¿quiere esto decir que seamos razonables? Hay que convenir que la perdiz no está sujeta por un hilo a un coto determinado. En cierto modo, las perdices de una zona son un poco de todos los cazadores de esa zona y, en consecuencia, los abusos de unos repercutirán indefectiblemente en los demás. De ahí que no sea aconsejable que en cotos colindantes rijan pautas distintas.

Dos conejos

26 de noviembre de 1995

Afortunadamente el tiempo sigue metido en agua, buen agua; agua bendita. ¿Es el final de una larguísima y extremada sequía o solamente una pausa? Ayer cayeron otros diez litros en Valladolid, con lo que el agua recogida aquí desde el 12 de éste, sobre poco más o menos, se eleva ya a los ciento y pico por metro cuadrado. Esto significa que por los sembrados y barbechos donde la greda predomina apenas se puede transitar y, aunque sin llegar a empantanarme como el otro día, también hoy pasé las de Caín.

–Bueno, y de caza ¿qué?

Seguimos en las mismas; poquísima perdiz. Tampoco hoy disparé la escopeta, me volví bolo, pero siquiera vi volar a cuatro patirrojas, tres en grupo –¡un bando!– y otra por libre. Toda la mano tiró con cuentagotas –nueve cartuchos entre cinco–, pero hubo suerte, ya que el morral, que viene a definir la cacería, fue lucido: tres liebres, dos perdices y dos conejos. Juan, con los dos pájaros –los únicos que se tiraron en toda la jornada– y una rabona, regresó contento a Madrid, pues hizo lo que pudo, no tiró más. El pelo correspondió al resto de la cuadrilla menos a mí, que me tocó mirar. Claro que mirando tampoco perdí el tiempo, pues la luz de esta mañana, contrastada y fina, después del nubazo de ayer, llenó de tonalidades este austero campo de Castilla, a primera vista tan monótono. Desde un páramo berrendo, sobre la nava luminosa, podía

divisar hasta cuatro pueblos distintos: Vega de Valdetronco, Gallegos, San Salvador y Villasexmir, las casas arracimadas en derredor de la iglesia, las bardas encendidas, llenas de luz. Por una perra gorda no se puede pedir más.

Lo llamativo del morral de hoy son los dos gazapos. Hacía años que no cobrábamos dos conejos en la misma jornada. ¿Apunta esto a una resurrección? La hazaña del doctor Delille, sembrando la mixomatosis en su finca del sur de Francia, trajo en pocos meses la desolación a Europa. Y son cuarenta años mal contados del suceso. Y treinta y cinco después, para no variar, cuando el conejo empezaba a levantar cabeza, la neumonía hemorrágica vírica trajo la puntilla. Pero el conejo es duro de pelar, aguanta todo lo imaginable. Y yo ya había advertido este año que había huellas, freza en las huras y hasta algún que otro juguete... El conejo latía en el campo aunque no se le viese. Y antes que en los sardones de encina (donde los bardos han venido a convertirse en solemnes panteones), en lo abierto, en lo limpio, donde el contagio es más difícil. En los majanos, en los pliegues de los perdidos, y más concretamente en el cembo del Tren Burra (que en su día unió Valladolid con los pueblecitos de Tierra de Campos) huele a conejo, las bocas están sobadas, los hay... ¡Ojalá signifique esto el final de dos pestes! Pues hasta hoy, al conejo que no lo mataba la mixomatosis le mataba la neumonía. Si no te cogía un coche te atropellaba el autobús; la opción no podía ser más deprimente.

Todos bolos

3 de diciembre de 1995

Cerramos en El Bibre dos meses antes de lo mandado, esto es, acatamos los acuerdos del último Consejo Regional y desistimos de cazar por esta temporada. La responsable y beneficiaria de esta medida es, naturalmente, la perdiz montuna, pero gracias a ella quedan también indultados conejos y liebres. Y lo bonito del caso es que todos los asociados, conscientes del peligro que amenaza a la patirroja, votamos en la misma dirección: hubo unanimidad, esa cosa tan difícil de conseguir entre españoles. No obstante aquí la conseguimos, y eso que en el coto convivimos castellanos, vascos, asturianos y gallegos. *Chapeau* para mis consocios de El Bibre, con el deseo de que el próximo año se arreglen un poco las cosas.

Pero, como me temía, han sido muchos los cotos cuyos titulares han decidido seguir en activo. ¿Es que hay perdices en ellos? Seguramente no, pero eso no hace al caso; bastan su decisión y la notificación consiguiente para seguir cazando. La Consejería aspira a democratizar la caza, a que sean sus gestores los propios cazadores. Ya dije que esto es una bella teoría, pero queda por ver si somos capaces de administrar nuestra riqueza cinegética. Es decir, si somos dignos de esa confianza. Porque a la vista de la jornada de ayer, la última para nosotros, es obvio que la perdiz silvestre, su futuro, pende de un hilo, y estamos a punto de cortarlo.

—Pues ¿qué pasó en la jornada de ayer, si no es mala pregunta?

Nada. No pasó absolutamente nada, y eso es lo peor que le puede suceder a un cazador un día de caza. Por no haber no hubo ni un disparo. La mano se volvió ayer a casa con lo puesto, y eso que fuimos a cerrar a Villavieja, el cazadero donde abrimos el pasado octubre con una percha de diez patirrojás. Ayer, en cambio, ni las vimos. Claro, las cazaron ustedes todas el primer día, dirá algún chusco. El comentario no es de recibo: en octubre quedaron perdices, dejamos perdices en

la nava y el páramo, pero ayer no comparecieron. Claro que el día tampoco acompañó. Cazamos bajo la niebla, una niebla no demasiado densa pero húmeda y fría. Niebla meona, decimos por aquí, que no levantó en toda la mañana. Y fue entre la bruma, en un pinar apretado, con alguna carrasca, donde voló la bella durmiente del bosque, es decir, la becada. No miento si digo que la estaba aguardando desde los primeros aguaceros, pues las lluvias en Castilla, nieves en el norte de Europa, empujan a estos pájaros a instalarse en los países meridionales, más templados. Pero la indina voló sin remontar, dio el quiebro de salida prematuramente y la perdí entre los árboles antes de llegar a encararme la escopeta. ¡La oportunidad del día desperdiciada! Así, más que una pequeña aventura cinegética, el vuelo de la chocha fue una aparición. Adolfo, que está al día en estas cuestiones, dice que han entrado muchas este año, especialmente en Cantabria. Aquí, en Castilla, al norte de Palencia, León y Burgos también invernan algunas en los robledales más prietos, donde no es fácil tirarlas. Un dato expresivo: nuestro amigo José Antonio, de Villamarciel, cobró cinco ejemplares el jueves pasado en un encinar de Torozos, pero no pudo foguear a otras cinco entrematadas. Nosotros, repito, nada, una jornada aciaga en la que todos nos volvimos bolos. ¿Se puede cerrar peor una temporada?

El desquite

6 de diciembre de 1995

Clausurado El Bibre hasta la próxima temporada, organizamos una excursión a Alcaraz (Albacete), a la finca de nuestros amigos los hermanos Ruiz, con ánimo de desentumecer el dedo índice. Daniel Ruiz tiene su ganadería allí, en el término, y los toros corretean por las parcelas alambradas debidamente seleccionados. Al ganadero este año le había corrido el dado, ya que uno de sus toros fue indultado en la plaza de Valencia, cosa que en el mundo taurino es algo así como hablar con Dios. De todos modos, para orillar cuernos, que siempre imponen, cazamos la gran ladera de las estribaciones de la sierra, cuya parte alta estaba cubierta de nieve. Día áspero, de viento ábrego inusualmente frío y violento. La envergadura del cazadero y su dureza nos indujeron a separarnos de la juventud y, mientras los chicos se encaramaban a los altos, Manolo y yo, con Gabino Ruiz, quedamos en la falda, donde cárcavas y pizorros son más suaves que en la cumbre y, por tanto, más andaderos. También aquí hay menos caza que el año pasado, no sólo perdiz sino liebre, sobre todo liebre, ya que entre las siete escopetas de la cuadrilla no fuimos capaces de levantar una sola en una larga jornada. En cuanto a la patirroja, con estar su población muy mermada, no puede compararse con nuestra Castilla. En la Dehesa del Campo sigue habiendo pájaros seguramente por dos razones: primera, allí no caza prácticamente nadie si exceptuamos las excursiones en solitario de Manolo, el tercero de los hermanos, y segunda, la perdiz, emboscada entre coscojas, quejigos y retamas, encuentra más fácil defensa en aquellas laderas que en la meseta. Por otra parte, los terratenientes vecinos no han vacilado a la hora de repoblar sus campos con perdiz de granja y, aunque pequeña, siempre es previsible alguna comunicación entre los pájaros de terrenos colindantes. Pese a todo, no traqueamos demasiado aunque sí lo bastante para abatir más perdices en un solo día que en siete en la desolada Castilla. En cierto modo dimos, pues, gusto al dedo. Por mi parte, paré dos patirrojas supersónicas, con el ábrego en popa, descolgadas sobre el pizorro del Tentadero, que no dijeron ni mu. Y con ellas un gazapete, que

regateaba como los ángeles entre los tomillos, único pelo que vi en la jornada. Tres de tres. Es decir, tres piezas de tres disparos, una proporción a la que no estoy acostumbrado. En tanto los chicos, arriba, con Jesús Reglero, conuñado de los Ruiz, derribaron diecinueve en la espesura, lo que a la postre vino a componer un succulento morral. De nuevo Germán, con su escopeta del 20 y siete perdiganas en la percha, fue el matador número uno. Se diría que es el premio a su deportividad. Con el lubricán, al cerrar la noche, apostados en los ribazos del estanque que Daniel ha construido para abreviar el ganado, los chicos abatieron tres patos finos, uno cada uno: la pareja de azulones y un silbón, especie que no se deja ver por aquí con demasiada frecuencia.

A la tarde, vida social. Recorrido nocturno por Alcaraz, un pueblo bellissimo, que demográficamente va a menos pero estéticamente a más (yo lo encontré aún más bello que el último año). Cena en casa de los Ruiz, con Alicia y sus hijos, y noche en la dehesa, con calor natural a base de edredones, preparando el cuerpo para los quinientos kilómetros de regreso. París bien vale una misa.

La profecía de Ortega

17 de diciembre de 1995

Ortega y Gasset afirmó, en su famoso prólogo al libro del conde de Yebes, que lo que justificaba la caza como actividad era la escasez de piezas. En sus reflexiones venía a decir que si las perdices fueran tan abundantes que se nos posaran en el ala del sombrero, el hombre dejaría de cazarlas. Incluso Ortega fue más lejos y, arrogándose dotes proféticas, vaticinó que la humanización de la naturaleza comportaría la paulatina desaparición de las especies de caza. Y si nos dejamos guiar por lo que ha venido sucediendo en España con las perdices durante las últimas décadas, concluiremos que el maestro tenía razón: la mecanización expulsa a la caza, acaba con ella poco a poco. Incluso no tengo inconveniente en admitir que si la patirroja subsiste aún en nuestro país es porque su población montuna se ha visto reforzada con las aportaciones de los gallineros. Así de claro. De no haberse llevado a buen puerto la reproducción artificial, hace años que la perdiz roja como especie habría entrado en la agonía.

Obsérvese, sin embargo, que al hablar de la extinción de las especies silvestres Ortega generalizaba, no hablaba solamente de la perdiz. Según él fauna y naturaleza estaban tan imbricadas la una en la otra, que aquélla iría desapareciendo a medida que ésta se humanizaba. Y la naturaleza dejaría de ser natural una vez que el hombre impusiera su norma en ella. Como se ve, el gran pensador no quiso saber nada de las posibilidades de adaptación de algunas especies, incluso de aquellas que gozaban fama, al menos entre los fabulistas, de ariscas y difidentes. De este modo, tantos bichos que creíamos perdurables, como la perdiz, la trucha o el cangrejo, se los va llevando la trampa, otros de mayor envergadura, enfrentados al hombre desde siempre, como el lobo, el corzo, o el jabalí, se multiplican y extienden no sólo por el paisaje agreste, sino por las zonas más habitadas y domesticadas de España. Hoy día, por ejemplo, un refugio habitual del jabalí en la Castilla desguarnecida lo constituyen los maizales, lo estamos viendo todos los días. Ítem más: en las laderas que encaran Tordesillas, es decir, en plena civilización, mis hijos y yo divisamos el año pasado una manada de ocho lobos que, hasta el momento y que yo sepa, no han cometido ninguna tropelía. (En la actualidad, los lobos de Castilla apenas atacan a los rebaños de

ovejitas porque los basureros de los pueblos los abastecen de alimento todos los días. Únicamente hacia el mes de septiembre, la loba con una camada ya crecida, numerosa y hambrienta, que no se atreve a conducir hasta el ejido, puede llevar a cabo alguna sarracina para alimentar a la prole.) Ítem más: naturalistas ingleses han filmado unos vídeos apasionantes que demuestran que el astuto zorro se ha urbanizado, ha tomado posesión de Londres y otras grandes urbes del país. Estoy exponiendo hechos, no conjeturas. Y ante la diferencia de comportamiento entre una perdiz y un zorro, cabría pensar que la predicción de Ortega afectaba tan sólo a los animales menores. Pero tampoco las cosas parecen ir por ahí. Desde hace unos pocos años, el cormorán, pájaro de agua limpia, estuarios y litoral, se ha asentado en corrientes inmundas como el Pisuerga a su paso por Valladolid o el Duero camino de Portugal. ¿Qué tienen hoy estos ríos que no tuvieran antes? Suciedad, detritus, contaminación; la negativa huella del hombre. Algo semejante podríamos decir de la ardilla roja, huésped cada año más frecuente de nuestra Tierra de Pinares. ¿Qué ha sucedido en Castilla para que la ardilla sea hoy el principal habitante de sus bosques de coníferas?

En resumen, Ortega no acertó en sus predicciones sobre el porvenir de la fauna silvestre. La humanización del medio ha traído de todo: animales que sucumben al domesticarse el planeta como el maestro vaticinaba, y otros, en apariencia menos compatibles con el hombre, que están proliferando en su compañía como nunca se pudo imaginar.

El fin de la perdiz montuna

20 de diciembre de 1995

Ha llegado la hora de poner la palabra *fin* a estas apresuradas notas cinegéticas. La verdad es que yo me proponía anotar día a día mis modestas cacerías hasta el mes de febrero, pero la temporada ha tenido un final abrupto y se ha terminado, al menos para nosotros, en los primeros días de diciembre. La causa es bien conocida: la escasez de caza y principalmente de perdiz. Esta realidad ya se barruntaba pero, ante los vaticinios pesimistas, siempre queda un resquicio de esperanza, por más que la falta de perdiz en octubre responda a un hecho previo: la ausencia de polladas en el estío. Si no hay polladas en junio mal puede haber en otoño perdices igualonas. Y eso se ve. El campo no lo oculta. De este modo las prospecciones de población perdicera que vengo haciendo, con pausas periódicas, desde hace medio siglo, se han precipitado este año, ya que han bastado siete u ocho excursiones para comprobar una realidad que vengo denunciando con reiteración obsesiva: la paulatina (aunque imparable) extinción de la perdiz roja silvestre en la España central.

La última cala en este sentido data del otoño-invierno de 1991, esto es, de hace cuatro años, y de ella dejé constancia en mi libro *El último coto*. La Administración no cerró entonces la temporada oficialmente pero nosotros sí lo hicimos en El Bibre espontáneamente, lo mismo que este año. Con ese motivo dejé escrito lo siguiente: «Mucho me temo que, en no pocos predios, los cazadores hayamos acabado con la gallina de los huevos de oro, y que lo único que se nos va a ocurrir para que la perdiz se recupere es lo peor que podría ocurrírse nos: abrir las puertas de las jaulas, sembrar los campos con perdices de granja como se hizo antes en los ríos con las truchas y los cangrejos». A la vista de la temporada 1995-1996, cerrada por defunción (por defunción de la perdiz, se sobreentiende), se puede asegurar que mi vaticinio de 1991 no iba descaminado. Hoy

día a los cazadores nos falta paciencia, lo mismo que ayer a los cangrejeros. No somos capaces de renunciar a cazar dos o tres años para que el campo se repueble. Tenemos prisa. Es el signo de los tiempos. Queremos perdices ya y en abundancia. Ante estas exigencias no hay más que una solución: ponerlas, poner perdices de incubadora y prescindir de la naturaleza en su papel reproductor. Los propietarios de grandes cotos han apelado, incluso con agrado, a la incubadora. Han metido en sus campos miles de perdices de plástico y a vivir. Las escopetas se van contentas, pagan la perdiz muerta a siete mil pesetas y no notan la diferencia, dicen. Y de este modo tan grosero vamos acabando –prácticamente hemos acabado ya– con ese pájaro único del pico y las patas rojas, díscolo y bravo, y sustituyéndolo por otro que vuela, sí, pero sin el poder y la majestad con que lo hacía el autóctono. No es lo mismo nacer en un jaral que en una incubadora. No es lo mismo alimentarse de pienso que del grano y los insectos de un rastrojo. Pero, en general, al nuevo cazador lo único que le interesa es tirar tiros. A quién o a qué es cosa secundaria. Para él la caza es cuestión de apretar el gatillo. Y de esta manera la caza se ha convertido en un pimpampún para unos y en un negocio redondo para otros. ¿Que hemos borrado del mapa la perdiz roja bravía? Bueno ¿y eso qué importa? Con las de corral se gana dinero y se tiran más tiros. ¿De qué sirve entonces llorarla y condolernos si así lo prefieren los cazadores? Aquello de salir al campo a confrontar nuestra condición física con la de un pájaro no pasa de ser un cuento chino. La finalidad de la caza, hoy, no es confrontar nada sino matar a los pájaros como sea, cuanto más pronto mejor. Y así nos crece el pelo.

Capítulo 2

Mundos de papel

Paco Pino

1989

¿Por qué los escritores de Valladolid –precisamente de Valladolid– son tan proclives a la soledad, al retiro, desdeñan el protagonismo, la proyección social, quieren ser sin estar? Hay dos categorías de artistas, los que hablan de aislamiento y no se aíslan y los que se aíslan sin hablar de él. ¿A qué categoría de las dos pertenecerá Paco Pino, el hermano Francisco, recluido en su retiro pinariego, en la modestia de una casa sin mujer, sentado en su vieja butaca, la manta sobre sus muslos, sus ojos mates, gastados, fijos en el interlocutor, mientras las piernas se le enfrían (dice) como un sombrío presentimiento?

–No están frías. Paco; todavía no. ¿Por qué te empeñas en que están frías las piernas?

Tenía la sensación (dice). Las sensaciones de Paco Pino; sus contradicciones. Paco Pino se resiste a crear y crea. Aspira a ordenar estéticamente sus emociones, sin mostrarse. Prefiere ignorar que la poesía únicamente existe si hay un destinatario. Le impacienta la vida. Anhela morir pero no muere. Llama a la muerte y recusa el suicidio. Añora su fe de niño (aquellas ceremonias, aquellos cánticos, el colegio), pero le abruma su carne; le aburre. Se niega a resucitar en ella. Aspira a un cuerpo nuevo, a un rostro nuevo, a un nuevo envoltorio. Un hombre distinto en el niño que fue:

–Yo no podría resistir este cuerpo eternamente.

La poesía no está escrita (dice). No debe escribirse. La palabra no es necesaria. La poesía está ahí, sobre nosotros, entre nosotros, como el aire (dice). (¿No es necesaria la palabra siquiera para decir que no es necesaria?) La poesía nos sobrevuela, pero él alarga la mano y la coge, la adereza, la muestra como si fuera una flor. Su clarividencia. No vive bajo los pinos; se desvive en poesía, «con un ramo en la boca, un rezo, un sol...». La niebla se enreda entre las agujas de los pinos de Pino, baja la noche, pero el hermano Francisco no se altera, no da la luz: queda inmóvil, la mente aguda, la manta sobre las piernas, mirando la ventana que se apaga, sumido en sus lúcidas contradicciones.

DISCURSO

La esencia de la novela

Palabras de apertura del ciclo «Encuentro con Miguel Delibes», al serle concedido el Premio Nacional de las Letras
1991

En circunstancias tan especiales como la presente, en que uno se siente de pronto objeto de análisis de estudiosos y críticos, no queda otra alternativa que preguntarse: ¿Es acreedora mi obra de esta atención? ¿Qué procede decir de mi persona en tanto que novelista? En realidad, mi línea de trabajo ha sido la novela, aunque en ocasiones haya venido acompañada de ensayos, libros de caza o de viajes y narraciones breves. Pero aquel género, la novela, cuyo contenido sigue siendo indefinido para algunos, era aún un género más ambiguo en la época en que yo empecé a escribir. La definición de la novela se consideraba entonces un problema tan arduo que alguno de sus cultivadores llegó a decir que novela era todo libro que bajo su título llevara un subtítulo con la palabra novela: esto es, un libro era una novela si su autor así lo declaraba paladinamente en la sobrecubierta. En rigor nunca me mostré acorde con este criterio caprichoso. Entendía que la novela debía encerrar en sí alguna peculiaridad que la caracterizara. Por de pronto era una obra en prosa, ficticia, vivida por unos seres inventados, desarrollada a lo largo de un tiempo, etcétera. En resumen, después de horas de reflexión y tras leer millares de relatos, llegué a una conclusión un tanto obvia: la novela era un género literario donde se contaba una historia inventada. Todo lo que no fuera esto —la historia— podía ser modificado. Lo que a mi juicio no procedía era precisamente lo que intentaban hacer los partidarios del *nouveau roman*: basar la modernización de la novela en el escamoteo de su esencia. Para estos escritores la novela podía seguir subsistiendo aun suprimiendo la historia, que era precisamente lo que a mi entender la justificaba. Al no comulgar con este criterio, estuve, desde el primer momento, al lado de los que consideraban *antinovela* a la *nueva novela*. Quiero decir que el *nouveau roman* me parecía un ejercicio descriptivo bello desde el punto de vista literario, pero que en sí mismo no era ni un poema, ni un ensayo, ni un drama, ni una novela. Podía participar de todos los géneros pero su verdadera esencia no estaba en ninguno de ellos y, en consecuencia, más que de una *novela nueva* podía hablarse de un *género nuevo*, distinto de los hasta ahora barajados en literatura. Hoy sabemos que el *nouveau roman* fue un movimiento vanguardista que se quedó en eso: en un prurito de modernización que pasará a la historia por su novedad, pero que no movió a la novela un ápice de donde estaba. Mas, en su día, esta escuela no dejó de ser, para los que entonces empezábamos, una incitación. Alguno comparó al *nouveau roman* con la pintura abstracta (un cuadro sin tema), olvidando que la composición, la luz, la forma y los colores son en pintura elementos substanciales: esto es, un cuadro puede juzgarse antes por sus elementos y por lo que sugieren que por la anécdota aprisionada en el lienzo. El argumento no es fundamental en él, todo lo contrario que en la novela, donde, ejercicios renovadores al margen, constituía su razón de ser. Ésta, al

menos, fue mi postura ante los nuevos modelos narrativos aparecidos en Francia en el segundo tercio del presente siglo. Y sigue siéndolo hoy ante la inefable postura de algunos novelistas extranjeros reunidos en Barcelona, en reciente sesión del Pen Club, para quienes el nuevo siglo exige un cambio de modos narrativos, como si la esencia de la novela dependiera de la circunstancia temporal en que se escribe. Para mí una novela era –y sigue siendouna historia inventada encaminada a explorar las contradicciones que anidan en el corazón humano y, por tanto, requiere, al menos, un hombre, un paisaje y una pasión. Ahora bien, aceptado mi punto de vista, ¿puede admitirse que exista algún común denominador en mis historias? ¿Se advierte en ellas algún elemento unificador que simplifique su estudio?

Digamos que en la Europa del medio siglo, la negación del *nouveau roman* casi implicaba la aceptación de la fórmula socialrealista, esto es, un realismo que utilizaba la literatura como arma contra la organización injusta de la sociedad. Es decir, fuera del *nouveau roman*, la literatura, en cierto modo, se ponía al servicio de la política. Surgía así una forma de narración poco flexible, con un enfoque reiterativo y maniqueo: el pobre-bueno incesantemente explotado y el rico malo, explotador insaciable. Reducida a este esquema, la novela clásica quedaba inmovilizada. La fórmula socialrealista o del realismo crítico, aunque extraliteraria, buscaba en su objetivo social un nuevo enfoque de la novela. Pero esta receta tan simple se resistía a admitir que haciendo malo al pobre, y bueno al rico, el fondo de injusticia seguía existiendo. Por otra parte este enfoque de la novela se me antojaba muy limitado. El corazón humano albergaba algo mucho más complejo y profundo que todo eso. Y a abismarme en esas honduras y complejidades aspiré yo en mi aventura de narrador. Y tal vez para llegar al último repliegue de ese corazón humano, o al más disimulado y recóndito origen de la injusticia, utilicé la fórmula del realismo, es cierto, pero no del realismo socialrealista al uso, sujeta a una directriz política inevitable, sino a un realismo aderezado con ribetes poéticos procedentes bien de los personajes protagonistas –Azarías, el Nini–, bien del sentido de la misma peripecia: *El camino*, *Los santos inocentes*, o *Viejas historias de Castilla la Vieja*. Y lo hacía así porque entendía que la literatura no sólo no tenía por qué subordinarse a la rigidez de la política, sino porque siempre consideré que la denuncia indirecta, matizada con elementos poéticos, era en cualquier caso más operativa y eficaz que una condena literal. Es decir, solapé en mis relatos una intención moral según la cual no renunciaba a la esperanza de poder conseguir un día un perfeccionamiento social.

Pero esto no es más que una confidencia con la que en modo alguno trato de constreñir a los estudiosos, críticos y colegas que van a ocuparse estos días de mi novela. Simplemente es un desahogo cordial, un prologuillo, que voy a rematar con unas breves palabras de agradecimiento al Ministerio de Cultura y al comisario nombrado para organizar

Autocrítica

A sugerencia del editor me encuentro en el difícil trance de seleccionar los libros que podrían figurar en una presunta edición de mis obras escogidas, y el primer escollo con que tropiezo es el de tomar una decisión respecto a mis dos novelas iniciales, *La sombra del ciprés es alargada*, premiada con el Nadal en 1948, y *Aún es de día*, el libro que la siguió, un tanto precipitadamente, ante el temor de quedarme en novelista de una sola novela.

En realidad mi decisión sobre este último libro ya está tomada: llegado el caso no figurará entre mis obras escogidas, escogidas por mí naturalmente. Hay suficientes razones para ello. *Aún es de día* es una novela con cierta carga romántica, pero de un realismo descarnado, desagradable y con un humor, por llamarlo de alguna manera, tosco y primitivo, inadecuado para suavizar las aristas hirientes de algunas escenas. Esta novela, que ya nació contrahecha como su protagonista, acabó de estropearla la censura, que le infligió una serie de cortes, alguno de una docena de páginas, no tanto por razones políticas como morales o acaso sociales, en unos años en los que la cartilla de racionamiento y el estraperlo se erigían en protagonistas de una posguerra difícil. Lo peor de esta serie de calamidades es que, una vez superada la etapa de la censura, el libro no pudo editarse tal y como nació porque tanto Josep Vergés como yo habíamos extraviado las copias originales.

Pero no se trata de una excusa. *Aún es de día*, aun pudiendo disponer hoy de las páginas suprimidas, es un relato que no tiene arreglo, esto es, nunca hubiera figurado en lo que de mí dependiera, en esta pretendida selección de obras escogidas, lo que equivale a decir que en esta tesitura mi problema se reduce casi exclusivamente a *La sombra del ciprés es alargada*.

¿Qué ocurre con este libro? ¿No fue distinguido hace casi cincuenta años con el premio Nadal, para ser reiteradamente reeditado desde entonces con el aprecio de los lectores? ¿No se han manifestado éstos espontáneamente –y aún siguen haciéndolo– en favor de esta novela? Creo que ninguna de estas razones es suficiente para incluirla en una relación de mis libros preferidos. Por de pronto, su segunda parte es un postizo, no es complementaria de la primera, no significa nada. Es superflua, redundante. En la primera parte se narra una amistad de infancia truncada por la muerte en una ciudad, Ávila, donde el frío físico –¡frío y nieve de principios de siglo!– se compadece con la gélida historia que se relata. La anécdota queda cerrada ahí, no necesita segundas partes, lo que no impide que yo se la diera. ¿Cómo? Madurando al pequeño superviviente, haciéndolo marino mercante, aunque su aspiración de no volver a anudar lazos afectivos queda sin efecto al tropezarse con una atractiva muchacha en un yate a la deriva frente a las costas americanas y enamorarse de ella.

En una palabra, *La sombra del ciprés es alargada* tiene a su favor algunas cosas: premio, ambiente, novedad del tema, el proceso de la enfermedad de Alfredo..., pero considerada en conjunto es una novela malograda. De ella rechazo especialmente dos cosas que me parecen fundamentales: el lenguaje, arcaico, almidonado, sentencioso, pasado de moda, y la segunda parte

del libro, un pastiche cinematográfico del Hollywood más convencional de los años cuarenta que nada añade a la tesis del argumento (este hecho, el de ser una novela de tesis, lo admitiría teniendo en cuenta la fecha de publicación).

De lo antedicho se deduce que esta obra podría figurar entre las seleccionadas si yo tomara una radical determinación: reducir el texto a la mitad (la primera parte), y escribirla de nuevo, eliminando lo mucho que hay en ella de superfluo o descomedido. Pero ¿es lícito obrar así? ¿Es lícito eliminar en 1995 la mitad de una obra escrita en 1947? ¿Es siquiera ético presentar como novela de juventud un libro rehecho con la experiencia de la vejez? He aquí el problema que en estos momentos me turba y no acierto a resolver. Porque si yo reescribiera ahora el libro, éste debería figurar no como la primera sino como la última de mis obras. Aunque bien mirado ¿quién va a preguntar si este libro es el primero o el último de los escritos por mí? ¿A quién le importa? ¿A quién va a interesarle tal cosa? Lo único que desea el lector que lee una novela es que le guste y le trae al fresco saber si nació así o fue rehecha medio siglo después por el propio autor. Tales vacilaciones no dejan de ser fruto de la vanidad del escritor, que, en el fondo, alimenta la esperanza de que su obra, escogida, completa o incompleta, esté llamada a pasar a la posteridad.

Guillén en su sitio

1984

Junto a la admiración y el cariño, han sido razones de paisanaje las que me han movido a pergeñar estas líneas sobre las raíces vallisoletanas de Jorge Guillén, no ya para reivindicar su persona y su obra, hoy universales, sino para demostrar que ni una ni otra estuvieron nunca desligadas de su origen. Jorge Guillén era y se sentía entrañablemente castellano. Precisamente yo le conocí, hacia el año 1950, en una de sus efímeras visitas a España, en la redacción de *El Norte de Castilla*, periódico al que ambos, por diferentes razones, estábamos vinculados.

Desde el primer momento, a pesar de estar ya cerca de los sesenta años, el poeta me produjo una impresión de vitalidad. Con su presencia, aquella redacción caduca, muy fin de siglo, pareció llenarse de luz. No olvido la actitud de Guillén aquella tarde: sus ojos atentos, la cabeza levemente ladeada, y, sobre todo, su sonrisa. La sonrisa de Jorge (que ha heredado su hija Teresa) no era una sonrisa condicionada, convencional o complaciente, sino una sonrisa abierta, generosa, total. Esa expresión, que era la expresión natural de Jorge, era, a la vez, la expresión natural de su alegría de vivir. Pero Guillén, en contra de lo que suele ocurrir con los hombres eminentes cuando ganan altura, no se desinteresaba de lo que venía detrás. Recuerdo que en aquella su primera visita, después de haber conversado más de dos horas, me dijo inesperadamente:

–¿Le importa que nos hagan una fotografía juntos?

–Al contrario, Jorge, me honra mucho –contesté yo.

Él se puso en pie:

–¿Qué le parece Garay?

Garay era ese fotógrafo de bodas, bautizos y primeras comuniones que existía entonces en la calle principal de todas las capitales de provincia. Y en su estudio, con el teloncillo gris que nos puso por fondo el artista, nos immortalizamos juntos, por vez primera, Jorge Guillén y yo.

Este encuentro fue el inicio de una amistad prolongada, a la que sólo la muerte puso fin. Una amistad epistolar en buena parte, que se materializaba cada vez que Guillén venía a Valladolid. *El Norte de Castilla* era el vínculo que le unía a su ciudad natal; vínculo que echaba de menos y reclamaba tan pronto cambiaba de residencia aunque fuese por unos días. «No sean ustedes roñosos y mándenme el periódico por avión...», escribía.

Transcurrido un tiempo, Guillén nos hacía otra visita. Aunque procediera de Harvard o de Cambridge, después de tantos periódicos consumidos, llegaba lleno de Valladolid:

–Oiga usted, este Umbral, ¿dice usted que ha nacido en Valladolid?

–Nacer, nacer, creo que ha nacido en Madrid, pero aquí le salieron los dientes.

–¡Qué gran talento! ¿No le parece a usted? ¡Qué cosas dice y qué bien las dice!

Hablábamos y hablábamos siempre de Valladolid, de sus escritores, de su política, de sus cosas. Al marchar de nuevo, nuestra correspondencia ya tenía otros temas, que iban aumentando conforme se incorporaban a *El Norte* nuevos redactores y colaboradores. «¿Quién es Fulano?» «¿Quién es Mengano?» Su curiosidad no se saciaba nunca. Recuerdo que, a finales de los años cincuenta y principio de los sesenta, cuando coincidieron en el periódico Umbral, Jiménez Lozano, Martín Descalzo, Leguineche, Alonso de los Ríos, Pastor, Tomé, Altés, Campoy, Pérez Pellón, etcétera, y creamos aquellas páginas tan vivaces y combativas como «Ancha es Castilla» y «El Caballo de Troya», el entusiasmo pinciano de Jorge se desbordó: «¡Qué gran periódico! No creo que hoy haya otro más interesante en España».

Hace un tiempo, con ocasión del homenaje que le dedicó el Ayuntamiento de Valladolid, un grupo de poetas amigos discurrió, a lo largo de una larga sesión, sobre la presencia de Valladolid en la poesía de Jorge. Fue una reunión interesante que dejó bien probado, al tiempo que el fervor guilleniano de la concurrencia, el vallisoletanismo del poeta. Pero creo recordar que entonces la presencia de Valladolid en Guillén, según sus exegetas, apenas rebasó el contenido de sus poemas: el aire transparente del páramo, la llanura, las colinas, los castillos, el Campo Grande... Casi no se aludió a la forma, a la palabra en sí misma, a su disposición en el verso.

Con frecuencia, los extranjeros atribuyen a Valladolid el uso del castellano más puro. Ignoro si esto será cierto, pero sí lo es, sobre todo en su vieja población rural, que Valladolid es provincia de pocas palabras; de palabra escueta y precisa. Y a mí, vallisoletano de arraigo, lo primero que me llamó la atención en la poesía de Guillén fue, con la economía de elementos, su precisión. El Guillén conversador, locuaz, extravertido, se reprimía a la hora de la creación. Seleccionaba de tal modo las palabras, que cada una de ellas era un mundo expresivo. Guillén extraía de un vocablo aislado –un verso–, presionado por signos de puntuación, sorprendentes efectos. ¡Ah, el valor de la palabra en la poesía de Guillén! Pues bien, esta exigencia del poeta consigo mismo, esta aspiración a resumir en pocas palabras una idea, se me antoja muy castellana. La primera lectura de *Cántico* me fascinó por su reportación rigurosa. Saltaba a la vista una rotunda diferencia, pongo por caso, entre la poesía sonora, amueblada, acumulativa de Neruda, y la tersa, contenida, ascética de Guillén (la diferencia que va de la topografía frondosa del sur de Chile a la aridez de Castilla). En aquellos poemas de *Cántico*, sólidos y desnudos como columnas, no faltaba ni sobraba nada, ni una coma, ni un signo de admiración. Es más, los signos constituían para Guillén un complemento inexcusable de la palabra; su aderezo. Yo diría que la potenciaban, la vivificaban, puesto que la poesía de Jorge es con frecuencia interrogativa o exclamativa. Guillén aquilataba la palabra hasta tal punto que bastaría un vocablo inadecuado para que todo el poema descarrilase. Fue leyendo *Cántico* cuando me di cuenta de que yo nunca llegaría a ser poeta; de que me faltaba el rigor preciso para quedarme con las palabras esenciales, desdeñando el resto. En punto al idioma y a su manejo yo era, pues, menos castellano que Jorge; estaba a cien leguas de él. De ahí que insista en que Valladolid vivió siempre en la persona y en la obra del poeta (y dentro de ésta, en el fondo y en la forma). Ese Valladolid al que expresamente cita en el primer verso del poema que tuvo la generosidad de dedicarme en su libro *Final*:

*El Imperio Romano llegó a Valladolid
de cepa tan antigua, procede nuestra vid.*

La novela del Tour

Hace apenas treinta años, el ciclismo por etapas era un deporte de papel, o lo que es lo mismo, un deporte que el aficionado solamente podía seguir a través de los periódicos. Los diarios informaban de los ascensos y descensos de nuestros representantes en la clasificación general, que era en realidad lo que nos interesaba. El paso fugaz del pelotón por la carretera constituía un relámpago versicolor en el que apenas era posible descubrir el perfil del campeón. La velocidad devoraba el espectáculo.

Hoy las cosas han cambiado con el advenimiento de la televisión, ese gran invento tan mal aprovechado que, sin embargo, encuentra en las transmisiones deportivas uno de sus hallazgos más felices. A la televisión, tan justamente vituperada, tenemos que agradecerle, en cambio, el habernos metido en casa las grandes carreras ciclistas y con ello la posibilidad de saborear un deporte que, debido a su dinamismo, nos había estado vedado. Gracias a la pequeña pantalla, el aficionado puede contemplar hoy, día tras día, las pruebas más famosas y ser testigo directo del esfuerzo muscular de los atletas, tanto de los hachazos fulgurantes de un Delgado en la montaña como de las rítmicas galopadas contrarreloj de nuestro ínclito Indurain. Ante un escaparate tan sugestivo, la afición al ciclismo crece como la espuma, aumentan los rodadores en nuestras rutas y los espectadores se arraciman ante los televisores por decenas de millones.

Pero ahí no acaba todo. El ciclismo como deporte sigue subiendo peldaños, ennobleciéndose. Hace unos meses, el joven narrador español Javier García Sánchez lo ha metido en la literatura, ha escrito la novela *El Alpe D'Huez*, un bellissimo relato sobre el Tour de Francia. El protagonista de la historia, el Jabato, nacido en el valle de Iguña, como su creador, ha cumplido treinta y seis años y vive el ocaso de su vida deportiva. Ese hombre experto pero declinante que por última vez se enfrenta con la durísima etapa Bourg-d'Oisans-Alpe D'Huez, que, además de este último puerto, cuenta con la Croix de Fer y el Galibier, dos ingentes colosos, como aperitivo. El Jabato conoce los tres puertos del recorrido, los ha escalado varias veces y sabe por experiencia que la Croix de Fer te desgasta los pulmones, el Galibier te come la moral y Alpe D'Huez, que da título a la novela, te rompe en pedazos. Él sabe todo eso, pero, pese a ello y a su edad, apenas iniciada la etapa, se escapa del pelotón. Ya tenemos la imagen mítica del hombre solo frente a la montaña. El hombre desasistido, sin apoyos, frente a las ingentes cumbres que el veterano ciclista afronta con la deportiva intención de «armarla» y, de paso, congraciarse consigo mismo. No se busque otra cosa en la novela porque no hay más. Su contenido es ése. Diríase que García Sánchez ha conciliado en ella sus dos amores: el ciclismo y Molledo, su deporte y su patria chica, un pueblecito montañés del valle de Iguña, equidistante de Reinosa y Torrelavega. Pero el Jabato no es el narrador. El que nos cuenta su peripecia es un amigo y compañero de infancia, hoy médico deportivo, que sigue la carrera desde el coche del director técnico del equipo en compañía de dos mecánicos. La novela se desarrolla en un tiempo mínimo, seis horas y nueve minutos (lo que invierte el Jabato en recorrer el kilometraje previsto), mediante una

estructura lineal: el recorrido de la etapa con brevísimas alusiones a la infancia del protagonista en su Cantabria natal. Y es en este punto donde García Sánchez muestra su gran aliento como novelista. La tentación de enriquecer la novela con referencias al pasado del corredor, tan socorrida, es desdeñada elegantemente por él para quedarse en la pura esencia, en lo que desde la primera línea es su escueto objetivo: la etapa.

A lo largo de ella, el Jabato –un híbrido bien conseguido entre Perico Delgado y Miguel Indurain– muestra una voluntad indomable, una tenacidad escalofriante en su personal duelo con la montaña. García Sánchez nunca se sale del itinerario, sigue al corredor minuto a minuto, segundo a segundo. Al igual que su héroe, el autor conoce el terreno que pisa, la liviana máquina que utiliza, todo. La jerga ciclista –en bailón, puntos ciegos, hacer la goma– es empleada con contención pero dejando ver que sus conocimientos son vastos. Evidentemente, el narrador domina este recorrido, lo ha hecho repetidamente en automóvil con los ojos bien abiertos. Y al tiempo que la geografía, conoce la historia del Tour y los entresijos de la bicicleta. Pero lo más admirable del relato es que con un argumento tan leve, en un tan reducido escenario, el novelista no caiga en la monotonía, eluda airosamente las reiteraciones, tanto al referirse al paisaje como a la graduación del esfuerzo físico, y nos conduzca carretera arriba, a lo largo de cuatrocientas densas páginas, sin un desmayo (si es caso, hilando muy fino, yo me atrevería a decir que el último capítulo resulta un poco artificial dentro de la tersa naturalidad del resto).

Vivimos así el cansancio progresivo del ciclista, su agonía, su fe y al propio tiempo los cambios plásticos de la naturaleza circundante: la altiva desnudez del Galibier o la amena campiña engañosa del Alpe D’Huez. De la mano del narrador, asistimos a la última gesta del Jabato, narrada con buen pulso, en emotivo crescendo, tan a lo vivo que las penosas pedaladas del corredor son seguidas por el lector con el corazón en un puño.

Libros baratos

El analfabeto funcional suele utilizar dos argumentos para justificar su desinterés por el libro: la falta de tiempo y su carestía. En una palabra, el no lector no llega a ser lector porque le faltan dos cosas: tiempo y dinero. Según estos iletrados, los alicientes de la vida moderna reducen las horas que la gente dedicaba antes a la lectura y, por otro lado, entienden que el hecho de que un libro normal cueste la mitad que una entrada de fútbol y uno de bolsillo lo mismo que una entrada de cine es realmente abusivo. Argumentos, ambos, que no se tienen en pie y, sin embargo, se da la circunstancia, de que, en las contadas ocasiones en que el libro se ha abaratado en España y se ha sometido a un lanzamiento publicitario eficaz, los resultados han sido óptimos. Para no remontarme al nacimiento de la colección Universal –verdadero alarde editorial, en contenido y presentación– bastará recordar la aparición de la colección RTV que, contando con la asistencia librera y el desprendimiento de los autores, consiguió que una novela superara el millón de ejemplares como cifra de venta normal. No sé si esto demuestra que los que reclaman precios más asequibles para los libros tienen razón, pero sí, indudablemente, que cuando la oferta de los mismos se hace en condiciones más generosas que las habituales se venden con mayor facilidad.

Desde hace varios lustros vengo sosteniendo que la gran revolución de la novela en el siglo que viene debería consistir en hacerlas más breves. La escasez de pasatiempos para llenar los largos ocios del siglo xix inspiró la novela río (novela por entregas que en ocasiones duraba más que la vida del lector), de donde se deduce que, en un mundo como el actual, abrumado de tentaciones lúdicas, lo que procede, si aspiramos a conseguir un alto porcentaje de lectores, es darles novelas más cortas, unos libros que puedan leerse en un trayecto de pocas horas en tren o en avión. Todo lo que no sea hacer esto significará abandonar al presunto lector en manos de los fáciles melodramas de la televisión. Es evidente que el contencioso, como ahora se dice, entre el libro y los medios audiovisuales también es cuestión de precio y calidad.

Por eso, los que de una u otra manera nos movemos alrededor de la letra impresa, hemos saludado con entusiasmo la aventura iniciada hace unas semanas por Alianza Editorial ofreciendo libros a veinte duros. Libros breves, con un diseño de calidad, papel ecológico y de firmas consagradas. Entiendo que los editores, al estudiar la operación, han sabido salir al paso de los argumentos del analfabeto funcional: novelas o relatos de ochenta o noventa páginas, grandes autores, ámbito universal que abarca cuatro apartados (narrativa española, hispanoamericana, universal y libros de divulgación) y un precio equivalente al de una cerveza. Ante una oferta semejante ¿quién puede alegar que es la falta de tiempo o de dinero lo que le aparta de la lectura? Lógicamente, para dar forma a esta oferta, la editorial ha contado con la liberalidad de los autores, que han reducido sus derechos del diez al dos por ciento, y la entusiasta complicidad de los libreros en cuyas manos deposita doscientos cincuenta mil ejemplares de cada título, cifra que se ha demostrado insuficiente, según los primeros informes, para atender la demanda inicial.

¿Estamos, entonces, ante un fenómeno semejante al de la colección RTV? En cierto modo sí. Tengamos presente que el editor, en su presupuesto (en esas habas contadas que son cien pesetas por libro), incluye no sólo el coste material del volumen y el porcentaje del autor, sino su distribución y la publicidad en un medio caro como es la televisión. ¿Podemos decir, entonces, que el libro está ganando la partida del futuro con este lanzamiento inusual que lo antes posible debería tener imitadores? Es pronto para sacar conclusiones definitivas. Sin embargo, los resultados demuestran que nuestro país ha dado un paso importante para resolver el arduo problema del acercamiento del gran público al libro, hecho que los países socialistas supieron resolver en su día con acierto. Se ha abierto, pues, una puerta a la esperanza. La colección va dirigida tanto al devorador de libros como al lector ocasional, pero de lo que se trata es de convertir a éste en un lector apasionado. Si uno solo de cada diez lectores circunstanciales fuese ganado para la lectura habitual, no hay duda de que el experimento habría resultado altamente positivo.

Umbral: el don de la palabra

1991

Generalmente los periodistas, cuando escriben, hacen borradores de literatura, y si no llegan a hacer literatura no es porque adopten un tono especial ni por la estructura de sus trabajos, sino por el tema que abordan o por el apremio con que los realizan. Esos mismos trabajos revisados podrían ser en muchos casos literatura. Ésta es una de las diferencias entre nuestros artículos y los de Francisco Umbral, puesto que Umbral, aun sin proponérselo, hace literatura diariamente en los periódicos. ¿Por qué Umbral hace literatura y los demás no? Sencillamente porque Francisco Umbral no precisa reposo, esa pausa para enriquecer lo escrito que los demás necesitamos. Umbral, a diferencia del común, tiene un ritmo muy vivo, escribe al hilo del pensamiento. En una ocasión le objeté que escribía demasiadas cosas en poco tiempo: «Es mi ritmo, Miguel –me dijo–. Cada cual tiene su ritmo».

Tenía razón. La experiencia de un escritor no siempre vale para otro escritor. En una frase gráfica, un tanto ordinaria pero muy exacta, dije una vez que Umbral escribe como los demás meamos, es decir, naturalmente, dando salida a unos fluidos, unos humores que le sobran. De aquí se infiere que mientras la mayor parte de los escritores, al escribir, trabajamos, él se desahoga, juega; incluso se divierte.

La convocatoria de la palabra es el desafío permanente del escritor. Lograr que la palabra acuda puntualmente a los puntos de la pluma es nuestro objetivo. El escritor convoca a la palabra pero ésta comparece o no comparece. Así, unas veces consigue lo que pretende y otras no; en ocasiones se queda seco y ha de abandonar sus literaturas por un tiempo, dejarlas dormir. En cambio Umbral, que es un lírico metido a columnista, piensa ya con la palabra apropiada. Hace casi cuarenta años que empecé a verle escribir y rara vez apelaba a la tachadura o releía lo escrito antes de entregarlo a las máquinas. Confiaba en lo que había escrito y corregirlo suponía quitarle frescura, estropearlo. Releerse era para él lo que para otros mirarse al espejo, una suerte de narcisismo. La facilidad de Umbral es un don envidiable, aunque no falte quien le reproche su demasía. Pero el secreto de su calidad estriba en su buena relación con la palabra. José Pla, otro gran escritor muy admirado por mí, buscaba afanosamente el adjetivo y, como a veces no encontraba el adecuado, bombardeaba el sustantivo con un rosario de ellos hasta lograr aproximarse a lo que quería decir. El resultado era muy bello; original pero impreciso.

Porque escribir con precisión no consiste únicamente en hallar en cada caso el adjetivo adecuado, sino también el sustantivo, el verbo o el adverbio, es decir, la palabra. Y es en el manejo de estas palabras, en hallarlas a tiempo y adobarlas debidamente, donde reside el secreto de un buen escritor. Para serlo brillante se necesitan no sólo los vocablos exactos sino saber combinarlos con gracia y sensibilidad, inventarlos o unir unos con otros en aparente paradoja. Ahí radica la personalidad. Si tropezamos en un libro con la frase «un alma corpulenta y asexual»,

ésta no puede provenir sino de Umbral. Entonces concluiremos que la originalidad de su estilo proviene tanto de su buena relación con la palabra como de su temeridad para emplearla. Exactitud y arrojo son las cualidades de su personalidad literaria; el rastro que deja en cualquiera de sus escritos para su identificación.

Esta precisión en el empleo de la palabra que observamos en Umbral es la propia del poeta. La gran diferencia entre el poeta y el prosista estriba en que el primero ha canonizado la palabra y la domina, en tanto el segundo, ensayista o novelista, opera por aproximación. Basta una palabra inadecuada para que un bello poema descarrile. En el ensayo y la novela predominan otros valores, pero la poesía es rigor verbal y la palabra que sirve a una idea debe ser la exacta. Con frecuencia, en poesía, una palabra es una idea, y la suma de dos, cabalmente ajustadas, una síntesis o una tesis. Ante las prosas líricas y personalísimas de Umbral tengo con frecuencia la sospecha de que estoy ante un gran poeta secreto e inconfeso.

Poeta o no, lo que salta a la vista es que Umbral ha conseguido el dominio de la palabra propio de un poeta disciplinado; usa armas de poeta para otros géneros literarios más prosaicos, con resultados sobresalientes.

Los ojos de Faulkner

La biografía que Joseph Blotner ha escrito sobre William Faulkner, y que Destino ha tenido el valor y el acierto de editar, es una gran biografía. Grande en el sentido literal –mil quinientas páginas– y grande por su concepción y contenido: la vida y la obra del gran escritor sureño han sido puntualmente recogidas en ella.

Para mí, la primera sorpresa que depara este libro es la situación económica de Faulkner, que no fue un granjero acomodado del Mississippi, como las frecuentes alusiones a su persona nos habían hecho pensar, sino un hombre que vivió dos tercios de su vida agobiado por las deudas (préstamos, anticipos, hipotecas) y el tercero jugó a ser granjero como antes había jugado a ser piloto de la RAF. Después de leer el libro de Blotner, advierto que, junto al talento natural, existen dos constantes en la historia del escritor: su dependencia del alcohol, que nunca lo abandonaría, y la penuria económica, de la que apenas conseguiría salir, en sus últimos años, una vez ganado el premio Nobel y alcanzada la celebridad.

La adicción al alcohol es una característica de los Falkner –y no Faulkner, como el escritor quiso llamarse– que arranca, que se sepa, de su bisabuelo, el Viejo Coronel, tan semejante a su biznieto, en lo físico y lo espiritual: talla baja, ojos oscuros, profundos, debilidad por el whisky, imaginación y espíritu creador. El alcohol acompañó a William Faulkner hasta en los momentos más importantes de su vida, e incluso su muerte va ligada a él y a su afición a los caballos.

Respecto a sus dificultades pecuniarias dice mucho la correspondencia con sus editores y agentes. Después de publicar sus grandes novelas *Santuario*, *El ruido y la furia*, etcétera, Faulkner continuaba escribiendo pequeños relatos para las revistas como mejor manera de sobrevivir. Muchas de estas narraciones eran rechazadas pero él reutilizaba estos materiales para novelas que surgían después. Es curiosa la manera que el escritor sureño tenía de aprovechar los retales. Casi todo lo que escribió terminó encontrando acomodo en un sitio o en otro. Faulkner, aparte otras habilidades, fue maestro en el arte de intercalar relatos breves en novelas largas, o de introducir en ellas personajes creados anteriormente para otros fines. Pero el escritor no ocultó nunca que escribía cuentos para ganar dinero, por la misma razón que arregló guiones en Hollywood durante un par de lustros.

Sus novelas, aunque llamaran la atención desde un principio, no le daban para vivir. Vendía muy poco. Tiradas de dos mil, dos mil quinientos ejemplares, eran habituales. La crítica fue desigual con él. Hubo críticos de diarios importantes que le negaron el pan y la sal desde el principio. Otros, en cambio, le consideraron el primer escritor americano de su generación. Pero nunca llegó a conseguir la unanimidad. Hubo muchos que no aceptaron su estilo, difícil, decían, deliberadamente impenetrable. Incluso no faltó quien dijo que «aquello» no era un estilo sino un amaneramiento. En realidad esto podría decirse de sus epígonos, pero ¿quién puede asegurar que la oscuridad respondía en Faulkner a una actitud deliberada? La genialidad en arte casi siempre va ligada a un desequilibrio. Una concepción propia del relato deriva inevitablemente de una

peculiar idiosincrasia. Los grandes de la novela –Proust, Joyce, Kafka, Virginia Woolf, etcétera– no fueron seres equilibrados. Fue generalmente una alienación, lo que el vulgo llama rareza o locura, lo que les indujo a explorar oscuras zonas de la mente humana, y en estas incursiones por lo recóndito reside en buena parte su genialidad.

Cuando Hemingway –compañero de generación a quien Faulkner admiraba– publicó *El viejo y el mar*, Faulkner divulgó un juicio admirativo tan enrevesado que nadie supo a ciencia cierta si se trataba de un elogio o un improperio. ¿Y puede admitirse que Faulkner hiciera esta alabanza intencionadamente para que no fuera entendida? Después de conocerlo, a través de esta excelente biografía de Joseph Blotner, me atrevo a decir que no. Sencillamente el cerebro de Faulkner era confuso y él se expresaba confusamente. Y así lo hace no ya en sus obras más acreditadas sino en unas breves líneas dedicadas al libro de un amigo. Sin duda no se trata de una pose. Tennessee Williams, después de conocerlo en una reunión donde Faulkner apenas despegó los labios, comentaba: «Aquellos ojos terribles y enloquecidos me conmovieron hasta las lágrimas». ¿No radicará precisamente ahí, en esos ojos enloquecidos, su estilo y su manera de ver el mundo?

El Nadal cumple medio siglo

El pasado día 6 de enero se cumplieron los primeros cincuenta años del premio Nadal, con lo que el famoso premio celebró sin grandes alharacas sus bodas de oro con la novela española. La fecha me parece importante ya que, a cinco años del final de la Guerra Civil, la narrativa española – muertos, viejos o en el exilio sus más caracterizados representantes había terminado por ser una víctima más de la contienda.

La novela española empieza, pues, a recuperarse, en Barcelona, a partir de 1944, de la mano de un grupo de intelectuales de la revista *Destino* que tratan de rendir con la creación de este premio un homenaje a su amigo y compañero Eugenio Nadal, fallecido prematuramente al borde de la treintena. Y no deja de ser curioso, ahora que tanto se discute sobre la cicatería catalana a propósito del bilingüismo, cuestión en la que no voy a entrar ahora, que sean precisamente catalanes los protagonistas de esta recuperación de la novela escrita en castellano. Los nombres de Josep Vergés, Ignacio Agustí, Joan Teixidor y Juan Ramon Masoliver, junto al notable crítico andaluz Rafael Vázquez Zamora, incorporado solidariamente al grupo, deben ser recordados ahora y enaltecidos como merecen. Porque fueron estos hombres, con algún otro que probablemente olvido –Néstor Luján, por ejemplo, unos años después–, quienes fundaron el premio y constituyeron el primer jurado hasta bien sobrepasado el medio siglo.

Pero junto a la exaltación del malogrado Eugenio Nadal, acompañará desde el primer momento a este grupo un evidente afán de despejar el horizonte a la nueva novela española. No se trataba únicamente de brindar a la memoria de Nadal un homenaje fugaz, sino de poner la primera piedra de un hecho cultural que, al amparo de aquel nombre, se iría revelando indispensable a medida que transcurrían los años.

Y visto en la distancia, juzgado con una perspectiva de medio siglo, ¿a qué motivos cabe atribuir el éxito de la empresa? Yo hablaría, en primer lugar, del acierto del primer fallo y, en segundo, de la irreductible independencia de los hombres que constituyeron el jurado. Hoy, los nombres de Carmen Laforet y de su novela *Nada* resultan familiares. *Nada* era, y sigue siendo, una novela admirablemente construida, que venía a resumir en su argumento el drama de la Guerra Civil desenlazada cinco años antes. Quiero decir que en el tema de *Nada* se debatía la sórdida lucha entre dos hermanos y concluía con la muerte de uno de ellos y la desaparición de un tercero. Creo que no podía simplificarse más inteligentemente la tragedia de la Guerra Civil. Así vino a reconocerlo desde su exilio Juan Ramón Jiménez, en artículo publicado en la revista *Ínsula*, donde abrumado de admiración se preguntaba: «¿Cómo puede llamarse *Nada* un libro que encierra tanto y tan bueno?».

Este incontestable acierto inicial no se hubiera producido si el jurado se hubiera mostrado vulnerable a las influencias; si no hubiera eliminado con decisión, como era de esperar, los nombres que trataron de imponerle los personajillos de la época. No es, por tanto, exagerado manifestar que fue la independencia lo que apuntaló la generosa idea de los hombres de *Destino*.

En su debut, los hombres del jurado no se casaron con nadie. Esta actitud hizo posible que una atractiva veinteañera, desconocida de todos y que enviaba su libro desde Canarias, fuera distinguida con el primer galardón.

Tal fue el propósito del premio desde su iniciación: renovar lo establecido, dejar de lado las viejas glorias y abrir paso a la juventud. De esta manera el Nadal se ganó a la gente nueva que empezaba a emborronar cuartillas y no encontraba audiencia en el mundo editorial. Es lógico, pues, que el premio, en los primeros lustros, se erigiera en descubridor de jóvenes valores. Pocos ganadores entre los veinte primeros rebasaban los treinta años y uno hubo, José Antonio Payno, con *El curso*, que no había cumplido veinte cuando consiguió el Nadal.

A lo largo de varias décadas –lo que duró la penuria editorial– se mantuvo el premio Nadal en esta línea: una especie de oposición para novelistas en la que, a diferencia de las de notarías y registros, rara vez se convocaban más de dos plazas, ganador y finalista, firme la primera, la otra en expectativa de destino.

Más tarde, con la aparición de nuevos premios y nuevas editoriales y el mayor desahogo económico, las cosas fueron cambiando y el Nadal pasó a ser una prestigiada institución sancionadora de valores silenciados o insuficientemente reconocidos. En ambos casos, el Nadal ha venido caracterizándose por la seriedad de sus fallos, la exigencia de sus jueces y el rigor intelectual de sus fundadores. ¿Que alguna vez se equivocó? Sin duda, pero por encima de sus errores prevalecieron sus aciertos: el premio no sólo reactivó la novela española de posguerra sino que puso en órbita las cuatro o cinco tendencias narrativas que se manifestaron a lo largo de las cinco últimas décadas.

Las guerras de nuestros antepasados

1990

En ocasiones he dicho que el novelista suele ser un hombre de una idea obsesiva que desarrolla, en diversas variantes, a lo largo de sus novelas. Yo soy uno de esos novelistas, en cuanto que los protagonistas de mis relatos son seres presionados por el entorno social, perdedores, víctimas de la ignorancia, la política, la organización, la violencia o el dinero. Y tal vez en el libro donde más ostensiblemente se manifiesta este hecho es en mi novela *Las guerras de nuestros antepasados*, que, con la colaboración de Ramón García, he trasladado ahora a la escena. Pacífico Pérez, protagonista de este drama, es un hombre hipersensible que por mor de la violencia circundante, en especial la de sus belicosos familiares, acaba convirtiéndose en un hombre gratuitamente agresivo, inhibido y escéptico. Se aducirá que el mundo civilizado (?) ha desterrado las guerras y, en consecuencia, este drama no volverá a repetirse. Pero yo me pregunto: ¿Estamos seguros de que esto es así? Y si lo es, ¿no es el miedo, antes que un sentimiento de fraternidad, el que ha instalado en el mundo esta paz vigilada? Sobre el hombre gravitan cada día más elementos de presión que lo condicionan, que van minando progresivamente su libertad natural: el terror atómico, el consumismo, la droga, la televisión, el dinero, la destrucción del medio ambiente... ¿Quién puede asegurar que el hombre «ya» no está amenazado?

Entiendo que esta fábula vivida por Pacífico Pérez demuestra lo contrario: que la libertad individual muchas veces no pasa de ser una entelequia. El diálogo de Pacífico con el doctor Burgueño, médico del sanatorio penitenciario donde está internado, plantea al hombre contemporáneo problemas urgentes y esenciales: ¿Es libre el hombre? ¿Hasta dónde llega su responsabilidad? ¿Está el progreso moral a la altura del progreso técnico? ¿Es el sexo el amor? ¿Puede el hombre llegar a ser solidario?

Historia de esta historia

Con la adaptación al teatro de mi novela *La hoja roja* me vienen a la memoria los avatares de esta triste historia, al mismo tiempo confortadora, de un viejo jubilado y su criadita analfabeta, que nació arropada por una beca de la Fundación March hace la friolera de treinta y ocho años. Esta beca de la March fue una ayuda generosa que yo, persuadido de que había que justificarla, solicité para hacer un viaje por los países bálticos (interesado por entonces, que explicaba Historia del Comercio, por la actividad de la Hansa Teutónica) y consignar mis impresiones sobre los establecimientos principales de aquella famosa agrupación. Pero sucedió un hecho inesperado. En la fiesta que siguió a la entrega de ayudas en la sede de la Fundación, el padre Félix García, factótum entonces de la entidad, me llevó a un aparte y tímidamente me sugirió la posibilidad de cambiar el destino de la beca:

–Digo, Delibes, que por qué en lugar de un libro de viajes no nos escribe usted una novela.

Lo miré un tanto perplejo:

–Pero para escribir una novela no necesito gastar ese dinero. Lo puedo hacer tranquilamente en mi casa –le respondí.

Entonces el padre Félix García volvió a sorprenderme con una proposición absolutamente inusitada en el país entonces y ahora, y en lugar de exigirme esa serie de promesas, certificados, justificantes, recibos, avales y declaraciones juradas que conlleva en España la entrega de una cantidad de dinero a fondo perdido, me dijo sin la menor solemnidad:

–Usted lógicamente tiene obligaciones profesionales, como clases, conferencias, colaboraciones de prensa, etcétera, y lo que la Fundación pretende es que se desentienda usted de alguno de esos compromisos y dedique ese tiempo a la creación, en este caso concreto a escribir una novela sin interrupciones ni sobresaltos, en un plazo razonable.

No hubo más. Con el tiempo he comprendido que esta confianza en el hombre, junto a una ordenada gestión, explica en parte la eficacia de esta entidad, el hecho innegable de que a pesar de su corto presupuesto la cultura española de las últimas décadas haya girado en torno suyo. Éste fue el origen de mi novela *La hoja roja*, historia que efectivamente andaba varada desde hacía meses por falta de tiempo material para escribirla.

El libro se publicó en 1959 y pronto se tradujo en Francia, Alemania, Rusia y otros países. Y, como suele ocurrir con mis novelas, se comprendió mejor en el Este que en el Oeste, cosa poco sorprendente puesto que estas historias de desheredados cuadraban mal con la fiebre consumista que en los primeros años sesenta ya se hacía notar en el Occidente europeo. Recuerdo que Paco Umbral apuntó, en una semblanza mía que escribió para Edhasa por aquel tiempo, que el viejecito solitario y apartadizo que protagonizaba el libro era mi padre, afirmación no rigurosamente exacta (mi padre tuvo una jubilación laboriosa y muy acompañada) aunque sí aproximada; ya que las jubilaciones precarias y solitarias de alguno de sus amigos sí me aportaron datos con los que perfilar la figura de don Eloy.

El libro recogía la confluencia de dos soledades y una lección (cosa que no tiene por qué encerrar una novela), a saber, que todo ser nace para aliviar la soledad de otro ser y que todas esas barreras de la edad, el dinero, la educación, la clase social, etc., no dejan de ser entelequias, invenciones de una burguesía vieja y aburrida para justificar su preeminencia.

Creo que fue el propio Umbral (último conquistador físico de Madrid) quien efectuó o asesoró la adaptación de la novela a televisión y yo el encargado de presentar la serie. Poco baqueteado en estos menesteres, me obstiné en aprenderme un folio de memoria, a fin de hacerlo con propiedad, pero mi cabeza, más preocupada por la palabra que por la idea, se hizo un jardín, como dicen los cómicos, del que no logré desembarazarme hasta que decidí olvidarme del dichoso folio y salir por otro registro. Mi admiración, ya vieja, por los actores, obligados no sólo a aprenderse un texto de memoria sino a exponerlo fluidamente, con naturalidad, acreció con este tropiezo.

A poco de escribir *La hoja roja* advertí que las limitaciones de espacio y tiempo hacían de la novela una historia fácilmente adaptable al teatro; la vi en teatro. Hacia el año 1965 entré en contacto con Alfonso Sastre por mediación de José María de Quinto. Aunque muy joven, Alfonso era ya un hombre prestigiado en el mundillo de la escalera, que creo acababa de estrenar o estaba a punto de hacerlo su *Escuadra hacia la muerte*. Vivíamos la etapa más brillante del socialrealismo y Sastre acariciaba el proyecto de conseguir un repertorio de obras de este carácter y formar una compañía para representarlas. No sé si era exactamente así pero algo parecido. José María de Quinto, amigo suyo, autor de un bello libro de relatos y hombre familiarizado con la escena, pertenecía, como el propio Sastre, a esa promoción de narradores objetivistas que como Ferlosio, Fernández Santos, Aldecoa y Martín Gaité se habían consagrado con sus primeros libros. En su piso de Madrid, Quinto y yo nos reunimos varias veces para hablar de las posibilidades escénicas de la novela y estudiar su adaptación. Pero las dificultades que Sastre encontró para llevar adelante su proyecto terminaron por hacerlo desistir y a nosotros con él. No recuerdo si Quinto y yo llegamos siquiera a terminar un borrador de la comedia. Creo que no, pero si lo terminamos yo, desde luego, no lo conservo.

Después, a finales de los años sesenta, vino la colección RTV. Fue una experiencia interesante: se trataba de divulgar un centenar de obras literarias sobre la base de reducir su precio a 25 pesetas. Esto ya indica que tanto los autores como los editores y libreros recortaron sus márgenes comerciales hasta reducirlos a una cantidad exigua, casi simbólica. *La hoja roja* hizo el número 17 de la colección y se vendieron de ella un millón cien mil ejemplares. Un comentarista malévolo afirmó que la cifra no quería decir nada, puesto que ése era el número de suscriptores de la colección, afirmación mendaz puesto que las ventas de estos libros oscilaron entre los cien mil y el millón largo de ejemplares, lo que nos llevaría a determinar, como es lógico, el número de suscriptores por la tirada más baja.

Pero esta patética historia de la *La hoja roja* (que en su día mi amigo y editor José Vergés me invitó a titular de otra manera para soslayar la escandalosa cacofonía que yo había buscado de propósito) no había aún terminado de rodar. Algunos directores cinematográficos solicitaron los derechos para hacer una película pero, convencido de que el paso siguiente debería ser el teatro, rechacé sus ofrecimientos.

Poco después me puse a la tarea de adaptación de la novela. Las limitaciones de lugar y tiempo contaban con un añadido extrateatral que era la limitación económica, que no imponía nadie pero de hecho existía: si se podía resolver una obra con un solo decorado y tres actores era más fácil de representar que con dos decorados y cuatro actores. Regía, pues, ya en el teatro, una disposición tácita pero evidente: una función con más de cuatro o cinco intérpretes tenía muy pocas posibilidades de ser estrenada. Yo reduje lo que pude el personal de mi comedia y no quedé descontento del resultado. Inicié algunas gestiones para su estreno que de momento no quedaron en nada. En éstas estaba cuando un verano se presentó en Sedano el productor Juan José Seoane, quien después de leer la versión y comentarla con Manolo Collado, el director elegido por él, llegó a la conclusión de que había que enriquecer la obra, dando entrada a más personajes y multiplicando y modernizando los decorados. En una palabra, Seoane, sin renunciar al clima sórdido y triste de la obra, trataba de sacarla de su modesta presentación y convertir una obrita de cinco personajes y un decorado en algo mucho más complejo, de ocho o diez figurantes, siete decorados y quince cuadros, para lo cual contaba, según me dijo, con la colaboración de Cultura y la generosa ayuda del Ayuntamiento y la Diputación de Valladolid. La cosa, bien por mi deficiente adaptación, bien por tratar de resolver una historia antigua con una escenografía moderna, bien por la falta de integración de los personajes secundarios, o por la razón que fuese, no funcionó como yo había imaginado que funcionaría, aunque se sostuvo más de tres meses en Madrid con una audiencia considerable.

Hasta hoy ésta ha sido la historia de *La hoja roja*. Alguien dijo, a raíz de su estreno, que «afortunadamente estas amargas situaciones ya habían sido superadas». Imagino que se referiría al brasero de picón de encina sustituido hoy por una estufa de butano, porque en lo que atañe a la soledad de los viejos y a la insuficiencia de sus pensiones, son problemas que, si no acrecentados, sí están hoy al menos tan vivos como hace treinta y ocho años cuando esta historia se escribió.

El premio Cavour

Invitado por el profesor Giuliano Soria, traductor al italiano de mi novela *El disputado voto del señor Cayo*, asistí hace unos años a la ceremonia de concesión de los premios Cavour, en Alba (Torino), en el corazón del Piamonte, de donde el conde procedía. Camilo de Cavour es hoy el símbolo de la unidad italiana, por delante, salvo en el sur, del legendario patriota Garibaldi. Estos premios no son los más pingües de Italia –cinco millones de liras– pero sí, pese a su corta edad, unos de los más prestigiados, como lo prueba el hecho de que al fallo final, al aire libre, a la sombra del castillo de Grinzane, última residencia del unificador, asistieron y tomaron parte activa tres ministros del Gobierno, ilustres intelectuales italianos y una notable representación de novelistas extranjeros. ¿Y qué tienen estos premios que justifique su fuerza atractiva? Por de pronto, un planteamiento original. Los premios –uno para la mejor novela italiana y otro para la mejor novela extranjera publicadas durante el año– son fallados por críticos y estudiantes de COU de todo el país, en una votación cuyos últimos compases tienen lugar a la vista del público y en el brillante escenario ya citado. La participación estudiantil otorga a estos galardones, y a los libros distinguidos por ellos, un aire de independencia y una vaga garantía de perennidad. Pero además, en torno a ellos, se montan en la pequeña ciudad de Alba, durante tres días, unas mesas redondas en las que editores y libreros discuten con intelectuales y escritores sobre un tema señalado de antemano. Tengo entendido que el pasado año la cuestión a debatir fue «literatura y cine»; éste, en el que tuve el honor de intervenir, el tema era sobradamente sugestivo: «¿*Best-seller*: vera gloria?».

No hay que decir que a lo largo de tres jornadas se oyeron allí opiniones diversas, desde la del editor Giorgio Calcagno, que admitía que el *best-seller* existía pero que era una especie de producto de laboratorio que había que preparar con tiempo, hasta la del novelista nigeriano Amos Tutuola que «veía el *best-seller* no en las liquidaciones sino en los ojos de los lectores», pasando por la del catedrático y escritor Roberto Vacca para quien una novela de éxito obedece a una receta cuyos ingredientes se mezclan en una computadora como si fuera una coctelera, y la del presidente del jurado, Ugo Ronfani, quien estimaba que el libro será la última conquista humana en desaparecer, pues el hombre perderá antes el uso de los pies y de las manos que el del cerebro.

Como representante español, en mi breve ponencia de quince minutos, hice ver que la aparición del *best-seller* era reciente en mi país, donde se había pasado, en poco más de un cuarto de siglo, de la más absoluta penuria intelectual a un consumo de libros considerable: treinta y cinco mil títulos anuales y tiradas, relativamente frecuentes, de cincuenta o cien mil ejemplares. Ante la sorpresa del auditorio subrayé que ya las primeras novelas de Agustí, Cela y Laforet conquistaron el mercado interior en los años cuarenta, en plena posguerra, vendiéndose por decenas de miles de ejemplares, en contraste con las de Baroja, quince años antes, que apenas alcanzaban los dos mil. ¿Era ésta la respuesta lógica de un pueblo indocto al hambre física y a la falta de libertad?, me pregunté. Y aclaré el aparente contrasentido con dos razones obvias: el

deseo de olvidar la personal peripecia enfrascándonos en la de un héroe de ficción y la necesidad de buscar un medio de comunicación más fiable que la prensa, sometida a un control muy superior al del libro. Pero este fenómeno de aproximación de la sociedad a la lectura, aunque tardío, es progresivo y, en nuestros días, según informes de los propios editores, existen en España tres o cuatro novelistas que venden por encima de los cien mil ejemplares de cada novela que publican, media docena que venden cincuenta mil y veinte que superan los quince mil o veinte mil. Pero estas tiradas no son exclusivas de las novelas españolas. El lector español, ajeno a todo chovinismo, acoge con la misma avidez novelas extranjeras acreditadas. De *El nombre de la rosa*, de Eco, por ejemplo, se vendieron en España más de trescientos mil ejemplares, doscientos mil de *Rebelión en la granja*, de Orwell, y ciento cincuenta mil de *El tambor de hojalata*, de Günter Grass. Ante estas cifras, no es fácil admitir, añadí, los resultados de ciertas encuestas que hablan de un cincuenta por ciento de hogares españoles sin un solo libro. La novela noble ha asaltado incluso el quiosco callejero orillando así el temor reverencial del pueblo hacia las librerías, mal endémico en España.

En cuanto al tema concreto del debate, ¿consideraba al *best-seller* como la verdadera gloria? Respondí sinceramente que, a mi entender, la gloria literaria poco tiene que ver con las tiradas de nuestros libros. Por de pronto, la gloria es un concepto ambiguo, especioso, ya que caben una gloria local y una gloria universal, una gloria efímera y una gloria perdurable... ¿A qué gloria se refiere el enunciado? En cualquier caso, el *best-seller*, creo yo, no es indicio de gloria sino de éxito: éxito de popularidad, de ventas, de dinero. Es decir, un halago a la vanidad y un desahogo económico. Pero este éxito no siempre obedece a calidad, sino que a menudo responde a razones coyunturales cuando no a la explotación de sentimientos primarios de la masa, como ocurrió con el famoso telefilme *Dallas* y otros semejantes, productos de «coctelera», de acuerdo con la feliz expresión del profesor Vacca. En definitiva, éxito y gloria no son términos sinónimos. A veces, el éxito en vida constituye un prelude de la gloria –como en el caso de Verdi, en el mundo de la música–, pero no necesariamente es así. La gloria es un problema de años, ya que es el tiempo quien decide qué autor está destinado a ser olvidado y qué otro está destinado a perdurar.

Ardides periodísticos

Ahora está de moda tachar de escandalosa a la prensa escrita, cuando la verdad es que, a cambio de algunos excesos, los españoles estamos enterados de lo que pasa en España como no lo estuvimos en ningún otro momento de nuestra historia. El periodismo de investigación ha dado en nuestro país resultados sorprendentes. A los políticos en el poder no les frena hoy la oposición sino los periódicos, y esto se irá notando con mayor intensidad a medida que transcurra el tiempo.

Esto, que es rigurosamente exacto en líneas generales, no impide el uso de ciertas prácticas que revelan una proclividad hacia el periodismo amarillo que convendría evitar. No me refiero ahora a la agresividad informativa sino a la manipulación de noticias que no atentan contra el honor de nadie pero que dejan a las personas afectadas en la más absoluta indefensión. Para mí, viejo periodista que ha cumplido las bodas de oro con la profesión, no pueden pasar inadvertidos los avances de nuestra prensa en las últimas dos décadas, tanto en el aspecto literario como en el técnico, pero simultáneamente me resulta evidente una progresiva tendencia hacia el periodismo de escándalo.

En este apartado habría muchos puntos que tocar, pero me voy a referir a uno concreto que es el de las entrevistas, una de las secciones más leídas de la prensa escrita y de las más manipuladas. Mi experiencia en este terreno es doble, es decir, comencé como entrevistador y estoy acabando como entrevistado y, en consecuencia, sé lo que un reportero poco escrupuloso, sin tergiversar las manifestaciones del entrevistado, puede hacer con un original en la mano. Para empezar, un periodista avisado, tras una hábil alteración de la entrevista, puede hacerle decir a un personaje lo que nunca pretendió decir sin temor de que lo lleven al juzgado de guardia. Jugar con una entrevista y deformarla es por de pronto un divertido pasatiempo. No hablo de inventarla (atentado que también se practica y que uno tiene que tragarse si el director de la publicación, en lugar de escuchar al ofendido, acepta los embustes del falsario), sino de procedimientos más sutiles e ingeniosos donde el entrevistador acaba por llevar el agua a su molino respetando la verdad. Puedo poner un ejemplo concreto. Un reportero interesado en que determinado personaje se pronuncie sobre ciertos acontecimientos, generalmente políticos, que a éste no le agrada abordar, realizará una larga entrevista ajena al objetivo y únicamente en los últimos minutos aludirá al problema en cuestión. El entrevistado, de buena fe, no dará importancia a este breve inciso entre el fárrago de preguntas a que se ha visto sometido y responderá honradamente a lo solicitado, mas a la hora de la verdad el astuto reportero prescindirá de toda la entrevista excepto de las cuatro o cinco preguntas referentes a la cuestión que le interesaba. Indignación. Protestas. Respuesta del audaz reportero: «Preferí dar la entrevista desmochada antes que aplazarla una semana más». El entrevistado todavía tendrá que darle las gracias al manipulador.

Pero hay otras formas de manipulación que serían incluso divertidas si no fueran tan abyectas. Para no hacer esto interminable me referiré exclusivamente a dos que suelen practicarse con mucha frecuencia. La primera consiste en relacionar en los titulares dos respuestas al

cuestionario que no tienen nada que ver entre sí, referentes, lógicamente, a distintos momentos de la conversación. Como estoy hablando desde la propia experiencia no tengo inconveniente en poner un ejemplo personal del que fui víctima hace unos años. Primer titular: «Miguel Delibes escribe una novela sobre la Guerra Civil». Segundo titular: «Estoy avergonzado de la sangre que he vertido». ¿Era de la sangre vertida durante la Guerra Civil de la que yo estaba avergonzado? Éste era, obviamente, el propósito del reportero, que lo pareciera, pero en modo alguno respondía a la verdad. La «gracia» periodística radicaba precisamente en la escandalosa ambigüedad. Y aún mirando con lupa la añagaza, habrá que convenir que no mentía. Yo había escrito *Madera de héroe*, una novela sobre la Guerra Civil, y así lo reconocí. Como dije media hora más tarde, al ser interrogado sobre mi afición cinegética, que sentía cierta pesadumbre por la sangre vertida, evidentemente la de las perdices. La relación entre una cosa y otra, tan alejadas entre sí a lo largo de la conversación, únicamente existía en los titulares.

Otra forma de manipulación usual suele producirse en las entrevistas telefónicas. En este caso, un periodista nos interroga por nuestro punto de vista sobre un problema o un personaje determinado. Ordinariamente el entrevistador se muestra respetuoso con nuestras respuestas, pero no faltan ocasiones en que, apasionado por la causa que defiende y deseando reforzar su juicio con la unanimidad de los consultados, admite nuestra opinión solamente si coincide con la suya y prescinde de ella y la arroja al cesto de los papeles si pone en duda la tesis que él pretende confirmar. De esta manera tan simple, Fulano será ensalzado o Mengano execrado *por unanimidad*, de acuerdo con el propósito de nuestro interlocutor.

Y si es incontestable que las agresiones verbales contra personas concretas o su intimidad deben ser objeto de sanción por unas leyes penales flexibles y al día, no lo es menos que la simple manipulación, sin falseamiento de nuestros juicios, nos deja con el culo al aire ante la opinión pública y absolutamente indefensos ante el manipulador. Según éste, no se han infringido las normas penales, no se ha faltado a la verdad, lo único que él ha hecho es reducir una entrevista demasiado larga, romperla por exceso de original o encabezarla con dos titulares que son respuestas a cuestiones abordadas en momentos diferentes de la conversación pero recogidas con toda exactitud (la malicia la pone el lector). Un tribunal de honor o algo semejante (sin dar tres cuartos al Estado, interventor muy peligroso en asuntos de prensa) sería, creo yo, bien acogido por todos, especialmente por nosotros los periodistas, antes que para defender al desasistido para velar por la dignidad de una profesión tan noble y que tanto ha significado a lo largo de nuestras vidas.

Capítulo 3

El cine cumple un siglo

Dirigir a un niño

Transcurridos quince años de su estreno, he vuelto a ver la película de Antonio Mercero *La guerra de papá*, basada en mi novela *El príncipe destronado*. Creo que el primer acierto de Mercero fue cambiarle el título a la pieza, puesto que la Guerra Civil española, al cabo de medio siglo, sigue siendo un tema de actualidad cuyo rescoldo está lejos de extinguirse. Para justificarlo, Mercero, director exquisitamente sensible, no necesitó introducir alteraciones sustanciales en el tema, sino que le bastó con subrayar las constantes alusiones de Quico y sus hermanos a la guerra de su padre y acentuar la mentalidad reaccionaria de éste, no añadiéndole texto al guión, sino imágenes casi subliminales a la película –banderolas, fotografías, armas–, tan caras a estos grupos. Con tan leve insinuación hizo posible que el espectador reparara en la otra cara de la historia, semioculta por el asunto fundamental: el desvalimiento de un niño de tres años desplazado de su condición de benjamín por el nacimiento de una hermana.

El príncipe destronado fue, con *Cinco horas con Mario* y *Los santos inocentes*, una de las novelas que dejé dormir durante años antes de decidirme a publicarla. Pero mientras la interrupción de *Cinco horas con Mario* vino determinada por la renqueante marcha de la novela (con un Mario vivo, indigesto y antipático, erigido en conciencia del mundo) y el de *Los santos inocentes* por mor de una sequía que me dejó sin recursos después de presentar a los personajes del drama, en *El príncipe destronado* no hubo tal atasco, sino que su redacción discurrió fluidamente y fui yo quien decidió archivarla una vez terminada, por temor de que esta historia careciese del interés y la garra que yo había querido infundirle.

Recuerdo que la primera vez que Mercero y yo nos reunimos en Valladolid para hablar de la película, yo le expuse mis dudas acerca de la posibilidad de hallar un niño tan tierno (tres años) que fuera capaz de expresar, con sus naturales limitaciones mímicas y sin saber de qué se trataba, un personaje tan complejo como Quico, el protagonista. Éste era un aspecto fundamental, puesto que sin niño no podía haber película, y echar mano de un niño retaco, físicamente retrasado, suponía un ardid tan burdo que convertía en grotesco un empeño, en principio, sugestivo y noble. Pero Mercero no se arredró ante la dificultad. Se pasó semanas enteras viendo desfilar a niños de tres años, guapos, feos, espontáneos o redichos. No creo equivocarme si afirmo que en aquellos días pasaron por sus manos más de cuatrocientas criaturas. Y cuando le llegó el turno a Lolo García y vio sus ojos, oyó sus respuestas y observó su naturalidad, me puso un telegrama entusiasta que decía: «Ya tengo niño», telegrama que vino a coincidir con otro del productor del filme, después-to a desistir del proyecto por falta de protagonista. Lo que Mercero hizo hacer a aquel niño ante la cámara es conocido de todos. Lolo García encarnó magistralmente al Quico, con lo que Antonio Mercero vino a demostrar que, a más de la imaginación propia del creador de historias (*La cabina*, *La Gioconda está triste*, universalmente aplaudidas), poseía unas dotes de director de actores sencillamente admirables. Porque la dirección de un niño tan chico no puede compararse con la dirección de un adulto. A un adulto se le instruye directamente; se dirige uno a un cerebro responsable. A un niño de tres años no servía de nada explicarle la historia que iba a

interpretar. Entonces Mercero le creó un repertorio de juegos paralelo al de la historia, de tal modo que el niño jugaba durante horas y rodaba durante minutos, pero sin salirse de sus juegos. Los personajes de la película formaban parte de su mundo habitual, un poco distorsionados, de manera que levantarán en el alma del pequeño, ya antes de actuar, sentimientos de simpatía o antipatía. Así, cuando el niño golpea al recluta que besa a la Vítora es porque Mercero había tenido cuidado de que, al margen del rodaje, la Vítora fuese un personaje positivo para el pequeño, compartiese sus juegos y le obsequiase diariamente con dulces y juguetes. De este modo, cuando Mercero le hace reaccionar ante la cámara diciéndole que el Femio está pegando y mordiendo a la Vítora y que la defienda, el niño se lanza contra él a puntapiés y puñetazos, con sus modestas fuerzas, pero con auténtica furia. Claro que no en todas las escenas los estímulos eran tan directos. Pero es lo mismo, lo que quiero decir es que el pequeño Lolo no estaba actuando durante el rodaje, sino jugando, combinando su vida cotidiana con la de ficción. Y el talento de Mercero consistía en anudar ambas vidas, en sacarlo de la primera y meterlo en la segunda (la película) sin que Lolo se enterase apenas ni dejase de jugar. A mi juicio, Mercero se reveló en esta película, no ya como un consumado director de actores, sino como un avezado psicólogo infantil.

Lo extraño de toda esta historia es que en un país como el nuestro, tan proclive a los galardones, este hecho, excepcional en el mundo, de que un niño de tres años soportase sobre sí el peso de una película de hora y media con la mayor naturalidad, pasara inadvertido a la hora de conceder aquéllos. Porque una de dos: o el pequeño Lolo García era un prodigioso actor a los tres años y, como tal, acreedor a un reconocimiento público, o era solamente un niño como los demás, al que la sabiduría y experiencia de un director habían hecho pasar por prodigio, en cuyo caso era éste quien merecía la distinción.

La cuna de Rabal

A pesar de su sólida constitución, de sus despachaderas, de su rostro tallado a hachazos, Francisco Rabal no es lo que en cine suele entenderse por un hombre duro. Diría más: Rabal es un ser afectivo, hondo y familiar, proclive al sentimentalismo. Ante la más mínima manifestación de cariño, los ojos del actor se enternecen, se nublan de lágrimas. Midiendo su físico y sus características de actor por el baremo del viejo Hollywood, y dando de lado cualquier tentación comparativa, yo diría que está más cerca de Spencer Tracy que de Humphrey Bogart.

En cierta ocasión, Rabal me mostró un periódico en el que se hablaba con elogio de uno de mis hijos y, mientras yo leía el artículo, él me observaba con atención:

-¿Es que tú no lloras? -me preguntó de pronto, desconcertado.

-Pero lo que aquí dice no es para llorar, Paco.

-¿No? Yo cuando leo algo bueno de mis hijos siempre lloro.

Hace unos años acompañé a Rabal a Murcia, a la tierra donde nació y dio sus primeros pasos, y comprobé su emoción, su profundo sentido familiar, tanto cuando la inefable Chacha Damiana nos invitó a comer un pulpo con ajos tiernos, como cuando sus primos Catalina y Giner bajaron de su casa de Totana para hacerle el rendibú. En ambos casos Rabal puso el corazón por delante, una afectuosidad exenta de formalismos. Y es que Rabal cuando besa es que besa de verdad.

Pero -me pregunto- ¿no será esta dilección, esta espontánea efusividad, la condición natural del murciano de la costa? El habitante de Águilas, moreno, cenecño, de mirada ardiente, recata algo de bereber (Orán queda a un paso, en la otra ribera del Mediterráneo); ante el forastero se muestra dulce, afable, extravertido, acogedor, muy sensible a la lisonja. Y su aparente dejadez levantina no le ha impedido incorporarse al exigente cultivo de invernadero nacido hace pocos años unos kilómetros más abajo, en la provincia de Almería. El aguileño, tesonero y eficaz, ha abandonado el tradicional trabajo del esparto, para aplicar su laboriosidad a la rentable técnica del goteo. Paco Rabal se identifica con este cuadro humano hecho, a partes iguales, de afectividad y trabajo. Y ante esta identificación cabe preguntarse una vez más: ¿es el hombre su medio? Ortega ya nos dejó dicho: dime el paisaje en que vives y te diré quién eres. Pero si esto es así, ¿es que la mina del interior, los cuarteles serranos donde Rabal nació, tienen algo que ver con esta dulce cadencia del litoral?

Porque, en rigor, Águilas, la población de Águilas, no es la cuna del actor. Su verdadera cuna está unos kilómetros más arriba, en las viejas minas de la sierra de Almenara, en un cordal de trescientos metros más o menos, que empuja suavemente a la pequeña península hacia el mar. Ahí, en la parte central de ese serrijón moteado de espartizales, en la Cuesta de Gos, entre Peñarrubia y Pinares, vio la primera luz Paco Rabal. ¿Y no se repelen, en principio, la aspereza de la mina y el idílico ambiente del litoral? ¿No viene a ser la mina sinónimo de naturaleza muerta, de tierra calcinada? No exactamente en la mina levantina. Esta mina no imprime carácter al paisaje, no lo

asola, no lo destruye. Entre el cordal de Almenara y la costa no hay solución de continuidad. La serrezuela es árida como la tierra de los bajos no redimida por el agua; pero ni una ni otra sugieren la idea de desolación. La mina –pozos verticales en la tierra– no trasciende aquí; diríase que se puso un especial esmero en abrir los pozos sin herir el paisaje. Incluso los viejos mineros ejercían aquí, en sus horas libres, de labradores. En la mente del actor prevalece la imagen del padre campesino sobre la del minero. Y recuerda que cuando, con sus primeros ahorros, le regaló un chalé en la Ciudad Lineal, aquél, con un claro sentido práctico, desmontó los arriates para sembrar patatas.

Hoy que los pozos de la mina, flanqueando las ramblas, están medio cegados y los cactus y las pitas crecen en torno suyo, el bucolismo del Rincón de los Rencos, donde Rabal nació, se acrecienta. Media docena de casitas diseminadas, con emparrados en sus puertas y naranjos en los bancales, se asoman a las profundas cárcavas y ponen en el cordal, de un tono marrón volcánico, una nota de frescor. La rambla madre se abre ladera abajo a un mar lejano, puro y azul, y en los altillos florecen de blanco y rosa los almendros, en tanto en los abrigoños se resguardan higueras y olivos, alguna que otra palmera subrepticia. Nada evoca aquí la dureza, la oscuridad de la mina. Dentro de un clima piadoso, la Cuesta de Gos, más concretamente este Rincón de los Rencos, con sus olivas y sus higueras, compone un entrañable retablo bíblico. Y sin embargo, sabemos que el actor pasó aquí, de niño, penalidades. La familia vivió en la pobreza y, en épocas negras, hasta conocieron el hambre. Es decir, este tibio rincón fue en ocasiones frío e ingrato para el actor y los suyos, mas, no obstante, el ambiente prevaleció, la luz y la dulzura del paisaje pudieron más que las circunstancias familiares. Quiero insistir en que Rabal es todo lo contrario de un hombre duro, sombrío o amargado, aunque por dentro vaya otra procesión.

En su temple, en su risa, en su disposición, abierta a la vida, en su carácter, se traslucen antes que la necesidad, el encanto y la ternura del Rincón de los Rencos, el esplendor de esta tierra. Así las cosas, tal vez fuera oportuno revisar la sentencia de Ortega en el sentido de que no es tanto el paisaje en que se vive el que hace al hombre, como el paisaje *en que se vivió de niño*; es decir, es el medio el que actúa como futuro determinante: dime en qué paisaje se desarrolló tu infancia y te diré cómo serás de adulto.

¿Un hombre de cine?

La Semana de Cine de Valladolid ha tenido la gentileza de dedicarme un ciclo del último festival con un libro incluido, *Miguel Delibes. La imagen escrita*, debido a la pluma de Ramón García. En general, los ciclos, y no digamos la edición de libros de homenaje, estuvieron reservados hasta ahora, en la Semana, a directores, guionistas o intérpretes, gentes que aportaron algo personal a la historia del séptimo arte. Y si siempre ha sido así, ¿cómo justificar esa comparecencia mía en este certamen de 1993? ¿Puedo yo ser considerado, en alguna medida, un hombre de cine? ¿Hasta dónde? Yo creo que, estirando mucho el concepto, quizá encontraríamos alguna razón tangencial para explicar el fenómeno. Siete novelas mías, por ejemplo, han sido trasladadas a la pantalla, hallaron en la imagen una prolongación de su existencia literaria. Mi nombre ha servido como elemento aglutinador de los trabajos de varios directores de primera fila, como Mario Camus, Antonio Giménez-Rico, Antonio Mercero o Ana Mariscal. Esto es, algún valor plástico debió de encontrarse en mis obras literarias para que esta transposición se llevara a efecto nada menos que en siete ocasiones diferentes. Pensando en estas cosas, llego a la conclusión de que quizá hay algo en mis narraciones que las aproxima al cine, que existen prosas que, quizá por estar pensadas en imágenes, encuentran el complemento que las redondea mediante su adaptación cinematográfica.

Esto al margen, no puedo ocultar la importancia que el cine ha tenido en mi vida. Como espectador me inicié a los seis años en el cine Hispania de Valladolid, todavía mudo, donde semanalmente se proyectaban películas apropiadas para niños. Esta costumbre de frecuentar las salas de cine la conservo de viejo pese al empeño de la televisión por meternos el invento en casa. El cine, película aparte, es magia, y uno necesita penumbra, compañía discreta, sombras silenciosas en derredor, y un timbre nervioso anunciando la proyección para ser seducido. Todo lo que no sea eso es puro sucedáneo.

Quince años después, recién ingresado en *El Norte de Castilla*, hice mis pinitos en la crítica cinematográfica. Es ocioso aclarar que aquellas críticas no eran tales críticas sino unas líneas de orientación para el lector del periódico, por lo que, fuera de algunas intervenciones afortunadas, como el entusiasmo con que recibí la aparición del neorrealismo, no hay en ellas, creo yo, nada reseñable.

Más tarde sí tuvo lugar un hecho singular y aislado, tal vez el único en el que he desarrollado una actividad estrictamente cinematográfica: me refiero al doblaje de la película *Doctor Zhivago*, o mejor dicho, la versión definitiva de unos diálogos burdamente traducidos del inglés. Esta tarea, partiendo de las conversaciones en bruto, no ofrecía ninguna dificultad. Únicamente había un punto clave y comprometido que era precisamente el que hacía atractiva la tarea: la necesidad de ajustar los diálogos a los movimientos labiales de los personajes. La Metro, productora del filme, me facilitaba el número de sílabas de que debía constar cada frase y yo había de ceñirme a él. A veces faltaban o sobraban sílabas y entonces era necesario remover toda la frase para acoplarla a los movimientos previstos. Fue una labor divertida que me llevó bastante tiempo.

—¿O sea que usted no ha intervenido a fondo en ninguna de las películas que se han rodado sobre sus novelas?

Entendámonos. Intervenciones de fuste no he tenido ninguna. Desde siempre he visto muy claro que existen dos actividades paralelas pero que nada tienen que ver la una con la otra: contar una historia con palabras y contar la misma historia con imágenes. Son dos cosas distintas aunque a simple vista pueda parecer lo mismo. Entonces, en todas las ocasiones en que mis novelas han sido llevadas al cine, menos en una, yo he tenido un trato amistoso con los directores de mis películas: hemos charlado largamente, hemos cambiado impresiones, incluso hemos discutido, pero a la postre han sido ellos los que han contado la historia a su manera, como debe ser. Únicamente peiné los diálogos o escribí aquellos otros que no figuraban en las novelas para que no desentonaran del resto.

En el ciclo que ha llevado mi nombre en el Festival de Valladolid no ha habido, pues, obras mías en sentido literal, sino obras ajenas inspiradas en obras mías que tal vez se escribieron bajo la influencia del cine pero nunca con la intención de ser trasladadas a él.

La suplantación

¿Qué siente un narrador cuando ve que los personajes que él creó para animar una novela, y que únicamente existían en su imaginación, se levantan y toman cuerpo real en una película o una obra teatral basada en aquélla? Ésta es una cuestión que suele plantearse cada vez que un entrevistador aborda el tema de la relación del escritor con el cine y ante la cual yo debo reconocer que, en principio, el autor ve en el actor, al margen de toda valoración, un entrometido. Aquel señor no se corresponde con el personaje imaginado por él. Es más viejo, o más gordo, o más cutre; carece, en una palabra, del físico y las maneras que él le atribuyó.

Este hecho, sin embargo, deja de tener sentido cuando el actor se identifica con el personaje y hace de él una creación. En ese caso se va operando en la cabeza del autor un proceso de subrogación, la figura del actor se agiganta en tanto la imagen ficticia del personaje se va desvaneciendo poco a poco. A estas alturas resulta indiferente que el actor sea más alto o más bajo que el modelo, su actuación va configurando a un ser humano que apenas tenía una borrosa existencia en la mente del autor, y, si su interpretación es sobresaliente, la suplantación será todavía más rápida y eficaz. No sólo la imagen del figurante terminará desplazando al ente imaginado, sino el autor aceptando que el difuminado personaje imaginado ha desaparecido para convertirse en un ser de carne y hueso: el actor que tiene ante sus ojos. Un curioso fenómeno de subrogación que yo he vivido repetidas veces en el teatro y en el cine hasta el punto de que hoy no puedo recrear el físico de alguno de mis personajes novelescos sin recurrir a la imagen de la actriz o el actor que los encarnaron. Digamos, para entendernos, Lola Herrera con Carmen Sotillo o Paco Rabal con el señor Cayo.

Creo, pues, que la cosa no ofrece dudas: el personaje ficticio sigue vivo en la mente del creador mientras un buen actor no lo asesina. O para decirlo de otra manera: ante un mal actor, el perfil del personaje inventado subsiste, pero ante uno bueno se esfuma y el intérprete se erige en protagonista con tanta autoridad como si el primero no hubiera existido.

Pero aquí no terminan todas las combinaciones posibles. Por ejemplo, en el teatro, el protagonista es un ser coyuntural que mañana puede ser sustituido por otro. Nadie es único protagonista de nada hasta el fin de sus días. Esto quiere decir que lo normal es que el protagonista de una función sea mañana reemplazado por otro de distintas características. Y ante una segunda interpretación ¿qué sucede en la mente del creador que estaba identificado con la primera? Afinando, pueden ocurrir dos cosas: primera, que el suplente sea de escasa entidad, en cuyo caso la imagen del primero sigue imponiéndose como si aquél no hubiera existido, y segunda, que el nuevo tenga tanta personalidad como el primero, y entonces se produce en la cabeza del autor una disociación. ¿Cuál de los dos es «su» personaje? La duplicidad es notoria. Bien mirado, los dos lo son, aunque en buena lógica dos personajes distintos no puedan encarnar convincentemente un mismo personaje, hecho que viene a provocar en el autor un fenómeno de esquizofrenia. Aquellos dos intérpretes son diferentes, tal vez opuestos, y sin embargo ambos se

adaptan al personaje inventado como el guante a la mano. Cada uno a través de su personalidad le infunde vida, provocando de entrada, en la mente del autor, un grave desconcierto. Hablo por propia experiencia y de un hecho aún próximo. José Sacristán, al cabo de un año y medio de interpretar a Pacífico Pérez, protagonista de *Las guerras de nuestros antepasados*, cede los bártulos a Manuel Galiana. Sacristán hace un Pacífico ingenuo, osado y terminante, muy divertido y conmovedor; el Pacífico de Galiana es más cauto, parsimonioso y apocado pero igualmente convincente. ¿Cuál es el Pacífico que a la postre prevalece en la mente del autor? ¿En cuál de los dos piensa cada vez que le hablan de ese personaje? Mi respuesta puede parecer salomónica pero tengo que reconocer que pienso en los dos. Dos grandes actores no se excluyen mutuamente al infundir vida a un mismo personaje sino que lo completan y enriquecen. Después de ver actuar a Sacristán uno piensa que acaso le convendría el freno de Galiana y, después de ver a Galiana, tal vez eche de menos el desgarro de Sacristán. Dos creaciones. Dos actores muy distintos para un solo Pacífico verdadero.

[1996]

Experiencias cinematográficas

Acabo de regresar del bello pueblo de Albuquerque en el que Mario Camus está rodando una película basada en mi novela *Los santos inocentes*. Esta excursión, muy ilustrativa, ya que, a más de constatar la maestría de Camus como director, he comprobado la ductilidad de Paco Rabal y Alfredo Landa encarnando dos papeles difícilísimos, no es, en contra de lo que alguien ha afirmado, mi primer contacto con el cine.

En su aspecto técnico-literario, conecté ya con él, hace veinticinco años, con ocasión del doblaje al español de la película *Doctor Zhivago*, anécdota que ya he contado en este libro. Mi cometido era muy concreto: realizar una revisión de los diálogos que me eran entregados en bruto. La misión tenía dos vertientes: pulir aquéllos de forma que, al ser trasladados al español, no perdieran eficacia ni eufonía, y ajustarlos estrictamente a los movimientos labiales de los protagonistas. A este respecto recuerdo que cuando, en la película en cuestión, un tren de prisioneros es trasladado a Siberia, uno de ellos se encara con el guardián y lo increpa con una breve letanía de improperios, tres en concreto. Mi obligación, en este caso, consistía en introducir en siete sílabas tales improperios; y ante la dificultad de encontrar en castellano tres vocablos lo suficientemente expresivos y breves para meterlos en siete sílabas, los reduje a dos, muy sonoros y concluyentes: *lacayo* y *lameculos*, vocablo este último un poco duro para la época, lo que motivó que mi vecina de butaca, el día del estreno de la película en Valladolid, se volviese sorprendida a su acompañante y le dijera: «¡Qué gracia! ¿Te has fijado?, también dicen *lameculos* en Rusia».

Esta experiencia me fue muy útil, ya que siempre he sido partidario de la economía literaria, de decir con el menor número de palabras el mayor número de cosas posible. Detrás de ésta vinieron otras intervenciones de menor responsabilidad, como la revisión literaria de tal o cual guión o una remota asesoría en aquellos que tuvieran como tema novelas mías. En este sentido, mi primera vivencia fue *El camino*, película rodada por Ana Mariscal en el pueblecito abulense de Candeleda. Recuerdo que ya entonces me sorprendió tanto la lentitud del proceso creador como que el argumento no se rodase linealmente, es decir, de principio a fin, sino fragmentado, sin ninguna lógica, filmando antes, pongo por caso, la muerte de un niño que sus travesuras. Recuerdo, también, que los pequeños protagonistas se cansaban de la morosidad del rodaje, de forma que cuando Ana Mariscal inició la toma de la escena en que Daniel, el Mochuelo, deposita un tordo entre las manos muertas de su amigo Germán, el Tiñoso, éste se había dormido profundamente en el ataúd, hecho que impresionó mucho a su madre, allí presente, pero que en punto a naturalidad facilitó extraordinariamente las cosas.

Con *Retrato de familia*, de Giménez-Rico, versión cinematográfica de *Mi idolatrado hijo Sisí*, la lección tuvo otro carácter. Se trataba de una novela de trescientas cincuenta páginas, lo que equivale a decir cinco o seis veces la extensión de un guión normal, con lo que la poda obligada de toda novela al ser llevada al cine se hacía en este caso extremada. Giménez-Rico

resolvió el problema inteligentemente, no comprimiendo el argumento, sino limitando el relato al tercero de los tres libros de que la novela consta y apelando, en brevísimos saltos atrás, a los dos primeros cuando le era necesario para definir los tipos. Otra cosa aprendí en *Retrato de familia*, y es que a pesar de que uno pretenda evitar, revisando atentamente el guión, el exceso erótico gratuito, la imagen puede incurrir en él sin traicionar la letra, puesto que la imagen es muda y la cámara se filtra entre las palabras como el sol a través de un cristal.

Mis dos últimas experiencias, de momento, se refieren a *La guerra de papá*, de Antonio Mercero, tomada de mi novela *El príncipe destronado*, y *Los santos inocentes*, sobre la novela del mismo título y a la que Mario Camus estará dando ahora los últimos toques. La asombrosa lección de Mercero, como he dicho en otras ocasiones, fue servirse de un niño de tres años, Lolo García, y hacerlo actuar ante las cámaras con gracia y naturalidad, sin sospechar lo que estaba haciendo, como por juego. En el rodaje de *La guerra de papá*, Lolo García no trabajaba, jugaba. El admirable quehacer de Mercero estribaba en eso: en dar apariencia lúdica a lo que, una vez montado, habría de tener una finalidad seria.

Y no deja de ser curioso que ahora Camus, en Extremadura, esté haciendo algo parecido, pero con adultos. También Camus trata de hacerlos jugar, aunque el juego, esta clase de juegos, no forme parte de las actividades normales del hombre. De ahí su dificultad. Porque si difícil es hacer que juegue un niño pareciendo que trabaja, no lo es menos que un adulto trabaje dando la impresión de que juega. Pero Camus lo consigue y Paco Rabal –Azarías– y Alfredo Landa –Paco, el Bajo– se comportan en la película como niños, como «santos inocentes», única manera de crear la atmósfera adecuada para que el tema propuesto funcione, es decir, convenza y conmueva al espectador.

Capítulo 4

Adiós a los amigos

El día de los poetas muertos

1991

El jueves 18 de abril de 1991, un día abierto de primavera, resultó para mí el día de los poetas muertos. Desconozco qué conjunción astral se produciría en el firmamento para que ese día falleciesen, con diferencia de horas, el vasco Gabriel Celaya y mi paisano José María Luelmo.

Del primero recuerdo el inicio de nuestra amistad, en los últimos años de la década de los 40, tras la aparición de su novela *Lázaro calla* y a poco de publicar yo la mía *La sombra del ciprés es alargada*, cuando en una espontánea carta me comunicaba, dolorido, que su indispensable Amparito yacía en una tabla, inmovilizada por una lesión medular. En aquel tiempo yo no conocía personalmente a Amparo ni conocía a Gabriel; ignoraba incluso su valiente decisión de abandonar un puesto seguro, «el puesto para toda la vida», y lanzarse a correr la aventura literaria con Amparito detrás. Pasado el tiempo, poco tiempo, conocí a ambos. Conocí a Amparo, venturosamente recuperada, velando por la sonrisa de Gabriel, y conocí a Gabriel, el poeta del prójimo, velando por la salud de su compañera.

Constituían una pareja admirable, una pareja generosa, de mutua entrega pero abierta a los demás. Nunca les oí lamentarse de aquello a lo que habían renunciado; jamás echaron la vista atrás. Muy al contrario, ante la necesidad, sonreían; no se doblegaban ante los reveses. Ellos habían desistido de acopiar bienes materiales, con lo que Gabriel, llegada su hora, tomó el camino ligero de equipaje, tal como había vivido, conforme con las ideas que había predicado.

En estos días, después de su desaparición, se han oído voces doliéndose de la necesidad en que la muerte ha sorprendido al poeta, pero, entre esas voces, no se oía la de Amparo. Él y ella poseían en alto grado esa difícil elegancia del desprendimiento.

Ahora pienso que a Celaya y a Luelmo no sólo les unía la coincidencia en la hora de la muerte, sino, aunque parezca raro a quien conociera la vida holgada de José María, la generosidad. Y no es que en Pepe, repito, se diera la renuncia de Gabriel, entre otras razones porque Luelmo tenía tras sí una larga familia que atender, pero se diría que el poeta vallisoletano no disfrutaba sino más bien soportaba su bienestar, no se vanagloriaba de lo que tenía sino de lo que era, o, mejor dicho, de lo que aspiraba a ser. Pepe Luelmo, que tenía muchas cosas, a la hora del recuento definitivo, al igual que el ciudadano Kane, apenas reparaba en dos: el elogio encendido que Azorín dedicó a su poesía en las páginas de *ABC* y el recibimiento, organizado por él, a Lorca y Unamuno en los enconados días de la preguerra civil. En esa línea se movía Luelmo. El poeta que era y había sido prevalecía sobre otras dedicaciones. Eso y su castellanismo, su anhelo por redimir este difícil campo nuestro, que le llevó, junto al brillante grupo El Norte 60, a defender la economía de todos, estas tierras de pan llevar que con tan escasos apoyos han contado siempre.

Luelmo, pese a su desahogo económico, no se encerró en sí mismo. Se dio a los demás y no sólo como poeta. Con su inseparable Paco Pino, fundó en la preguerra las revistas *Ddooss* y *Meseta*. Luelmo y Pino corrían entonces como dos ríos paralelos. Y cuando esto pasó a la historia, Luelmo nos convocaba a la gente de *El Norte de Castilla* en su casa de La Rubia para debatir problemas económicos o intelectuales. Su granja avícola, que junto a otras dio a Valladolid la primacía en el sector, indujo a algún bienhumorado a afirmar que Luelmo era el único poeta español que vivía de la *pluma*. Mas ésta no dejaba de ser una visión humorística del poeta; porque Luelmo vivía y nos hacía vivir a los demás, nos comunicaba su tensión creadora, nos hacía llegar al periódico sus iniciativas o su aplauso.

Su generosidad, aunque de distinto signo, corría pareja con la de Gabriel Celaya. Ambos eran abiertos, centrífugos, desprendidos. Seres tan liberales que a los que vivíamos a su lado nos hacían sentir deudores e incompletos. Félix Antonio González decía acertadamente en un artículo necrológico que, junto a Luelmo, se sentía desgarrado, mal vestido e impertinente. Esta afirmación no sólo es exacta sino aplicable también al gran poeta guipuzcoano. Ante Celaya, uno se sentía codicioso, tenía la inevitable sensación de que le faltaba o le sobraba alguna cosa. Ahí residía la grandeza de dos seres que, con la poesía, tenían en común algo que hoy se refugia en pequeñas minorías escogidas: el sentimiento del prójimo.

Dos contertulios

(hacia 1995)

El ocaso de las tertulias en España se produce en tiempos recientes y no porque a los españoles no les guste hablar sino porque cada vez les impacienta más escuchar. Cada día son menos los españoles que esperan aprender algo de otro español que les habla. Por eso la tertulia no suele ser ya algo preconcebido sino una cosa que aparece sin buscarla cuando en el seno de un grupo surgen espontáneamente habladores y escuchadores. De esta manera, en una sucesión natural de padres a hijos, ha pervivido en Valladolid la vieja tertulia formada hace varias décadas en torno al gran maestro don Emilio Alarcos y que hoy sigue alentando de la mano de su decano, Pedro A. Quiñones, de su vicedecano, Fidel Mato, y de los hijos del primer titular Luis y Antonio. Esta tertulia sabatina, que, tras muchas vacilaciones, ha encontrado acomodo en los salones del hotel Felipe IV, a la que el inolvidable Alfonso Guilarte, también miembro de ella, llamaba con sorna «la tertulia de los listos», continúa viva pese a que, en poco tiempo, hemos dicho adiós a dos tertulianos eminentes: los doctores Nicolás Belmonte, catedrático de oftalmología, y Ernesto Sánchez-Villares, catedrático de pediatría.

¿Y cuál es el secreto de que una tertulia perdure pese a los fuertes vientos desfavorables? Yo diría que la disposición de los contertulios, su liberalidad para dar siempre algo de sí. Es obvio que una tertulia no puede sobrevivir únicamente con charlatanes ni con mudos. Tan necesarios son en una tertulia los hombres prestos a hablar como los hombres dispuestos a escuchar. Si por hache o por be faltan unos u otros, la comunicación no se establece y la tertulia degenera en un tiberio o un funeral.

En esta triste hora de reflexión donde los tertulianos del Felipe IV –Ángel Torío, Escapa, Paco Lara, Carlos Miguel, Marañón, Benito, Olegario Ortiz, García Fernández, etc. deploran la muerte de dos de sus compañeros, uno advierte que por encima de la inteligencia y la humanidad de estos hombres, Nicolás Belmonte y Ernesto Sánchez-Villares podían muy bien representar esa condición de prototipos cultos que vinieron a hacer posible la pervivencia de las tertulias. Diría algo más: para mí Nicolás Belmonte constituía la imagen perfecta del escuchador. Tenía Nicolás esa finura ilustrada de los que pasaron por la Residencia de Estudiantes, quizá porque el referido centro imprimía carácter o tal vez, lo que parece más probable, porque en él se reunieron casualmente un puñado de espíritus selectos. Sea como fuese, Nicolás Belmonte sabía escuchar. Escuchaba como nadie, acuciando al mensajero, como creo que debe hacer el buen escuchador, dando la impresión de que siempre espera de su interlocutor un poco más. Y lo hacía con una sonrisa de reconocimiento, porque Nicolás siempre sonreía y, a veces, tímidamente, exponía su opinión o, en su caso, disentía, pero siempre moderadamente, sin aspavientos, con corrección. En cualquier caso, su sonrisa no se alteraba. Tampoco él cambiaba con el transcurso de los años ni por dentro ni por fuera. Belmonte era indefectiblemente igual a sí mismo: magro, escueto,

modesto, delicado. Un mal día notamos que envejecía no porque en su rostro advirtiéramos una arruga más, ni una vacilación en sus manos, sino porque su voz, siempre mesurada, se iba ahilando hasta hacerse casi imperceptible. Sólo por eso.

Ernesto Sánchez-Villares representaba su inexcusable complemento. Hombre de enorme entereza, aunque sabía que se estaba muriendo, rara vez faltó a la tertulia. Desde la otra vertiente, también Ernesto era el contertulio ideal: locuaz, sociable, ameno, sorprendente. Trataba a mucha gente importante y su memoria era privilegiada. Se hablara de quien se hablara, Sánchez-Villares siempre tenía a mano una anécdota reveladora. En Castilla decimos de los hombres como él que saben poner la guinda a la tarta. Pues éste era Ernesto: un ser que sabía repartir las guindas con equidad. Sin pretensiones de brillantez, era un conversador brillante, que cuidaba de no ser absorbente. Hombre de mucho talento, sabía dejar espacios huecos, para que los demás pudieran meter la cuchara. No era monopolizador y rara vez hablaba de sí mismo. Albaceteño Nicolás y salmantino Ernesto, ambos dieron a la universidad y a la ciudad que los acogió lo mejor de sí mismos. ¡Dios mío, cuántos ojos y cuántos niños vallisoletanos habrán pasado por las manos de estos dos ilustres maestros! (Por cierto, ¿qué fue de la gran idea del Hospital Materno-infantil que el doctor Sánchez-Villares, con sabia intuición, sembró en esta tierra?)

Los Rubio

1995

Apenas cuarenta y ocho horas después de la muerte de su marido, José Antonio Rubio Sacristán, ha muerto en Madrid Teresa Tió, su esposa, portorriqueña de nacimiento y vallisoletana de adopción. Coincide este óbito con unas declaraciones en no sé qué papel de un joven temperamental que afirma que, con un poco de suerte, el matrimonio dura un año, pero haría falta un milagro para que durase dos. Esta costumbre de identificar amor y sexo no es nueva, y hechos tan conmovedores y hermosos como el que transcribo más arriba, que tuvo un antecedente en el Valladolid de los setenta con el matrimonio Guzmán Mingote, animan a pensar que el amor es algo más profundo y misterioso que el simple contacto físico.

Tere Tió y su marido gustaban de reunir gente en su finca de Castillejos y hablar; hablaban mucho, como personas cultas que eran, y también discutían. Discutían argumentando, sobre cine, sobre política, sobre libros o sobre las pequeñas cominerías de cada día. Diríase que eran conscientes de que en la discusión residía el secreto de la convivencia. Una convivencia sin discrepancia acaba en tedio. Y ellos sabían que la continuidad de una vida en común se apuntala en una discordancia tolerable. Por eso no me sorprendí cuando, al morir el jueves pasado José Antonio, Tere se ausentó, se salió literalmente de la vida y, elegante como siempre, dijo adiós a este mundo miserable y se fue con él.

Alguien ha dicho que un hombre o una mujer se hacen viejos cuando pierden la curiosidad. A mí me ha sucedido así y reconozco que ocurre con frecuencia, pero esto no puede establecerse como norma. Yo al menos no recuerdo una persona más ávida de saber cosas que José Antonio Rubio. La gente decía de él con cierta frivolidad: «Qué joven está; no parece que tenga los años que tiene». Pero, en realidad, Rubio no es que estuviera joven, es que lo era, un joven nonagenario que iba deprisa y corriendo por las calles, pronunciaba discursos y conferencias sin un papel a mano, o almorzaba unas patatas con rabo ante la envidia de sus amigos, algunos treinta años más jóvenes que él.

A mí me maravillaba su afán por conocer los entresijos de *El Norte de Castilla* cuando entró en él como consejero. Hay que tener en cuenta que un periódico, con sus secciones tan variadas y tan dispares, no acaba de conocerse nunca. Pues bien, José Antonio Rubio, a base de meter la nariz en los problemas, acabó dominándolo, aprendiendo lo que era la linotipia, el chivalete y la teja... Y cuando lo supo todo sobrevino la gran revolución de la informática y, aunque yo y tantos como yo quedamos anclados definitivamente en la vieja técnica, él volvió a empezar por el principio con la misma pasión y la misma fe de antes:

—¿Y dice usted que esto es un disco óptico?

Rubio traslucía, como lo traslucía Nicolás Belmonte, su vecino circunstancial de Laguna de Duero, ese aire de aristocratismo ilustrado que caracteriza a los hombres que pasaron por la Residencia de Estudiantes. Fue amigo íntimo de Buñuel, de Lorca (que le dedicó uno de sus libros) y de Dalí, pero no se jactaba de ello, ni se regodeó en la añoranza de aquellos tiempos. Rubio miraba siempre al futuro, a la vida por vivir. De ahí que las amistades del matrimonio se incrementaran cada día. Los años no fueron obstáculo para ello sino al revés: la sociabilidad de ambos se impuso siempre a la fatiga, si es que ésta existió alguna vez. Por otro lado, fue su dignidad y la seguridad en sí mismo lo que llevó a José Antonio a opositar dos veces a la misma cátedra con motivo de las caprichosas depuraciones de posguerra. Su vigor intelectual, su formación polivalente (historiador y jurista), su pasión por los libros, que leía sin dificultad en alemán, inglés y francés, le valieron una alta consideración social, que se tradujo en su incorporación a los consejos de importantes sociedades y su ingreso posterior en la Academia de la Historia, donde dejó huella su memorable discurso de toma de posesión. Tanto tiempo dedicó José Antonio a saber, a conocer, que apenas tuvo tiempo de escribir. Manejaba una prosa precisa, ceñida y sobria pero no le dio la gana de usarla; la palabra iba con él y aleccionaba verbalmente como Sócrates.

Tere Tió, que caminó siempre a su lado, que tenía necesariamente que seguirle porque sin él la vida carecía de sentido y de contrapunto su propio discurso, cerró los ojos al morir su marido y se negó a continuar remando. Se había quedado no sólo sin marido sino también sin interlocutor. La vida había perdido para ella todo interés.

Emilio Salcedo, el amigo sabio

1992

Ha muerto Emilio Salcedo, un hombre que, durante años, fue uno de los puntales del viejo *El Norte de Castilla*. Quizá el rasgo fundamental de la personalidad de Emilio Salcedo fuese su ubicuidad intelectual, ese poder estar en varias partes al mismo tiempo, de manera que las noticias sobre las grandes efemérides del arte y la literatura, los fallecimientos de hombres ilustres, las conmemoraciones, los premios confluyeran indefectiblemente en su mesa de trabajo de ordinario con una notita al pie:

–Emilio, ¿te importa hacer una glosa sobre el modernismo catalán? Hoy cumpliría cien años Fulano.

A Emilio Salcedo nada le impedía dedicar unas líneas al modernismo catalán sin necesidad de recurrir a las fuentes. Había leído mucho. Tenía una cabeza privilegiada y una memoria singular. Era un archivo viviente y glosar a una figura determinada o una corriente artística no suponía para él ningún esfuerzo. Conscientes de ello, a Emilio se le encomendaron las tareas más escogidas y delicadas, aquellas que en un diario de alcance nacional hubieran precisado media docena de especialistas para desempeñarlas: crítico de libros, de pintura, de teatro, de cine, columnista político, escritor social... Porque a Emilio –y ésta era otra de sus facetas– le dolía la sociedad consumista. Movido por un noble sentimiento de lo justo, no se conformaba con que las democracias occidentales aportasen abundancia para tres cuartas partes de ciudadanos a costa de dejar a la cuarta parte restante en la marginación o la indigencia. Por eso no cesaba de buscar; por eso se mostraba insatisfecho con la realidad política de cada día. Desde muy joven dejó muestra de esta inquietud en su periódico *La Gaceta Regional*, de Salamanca. Yo le leía allí puntualmente y en sus artículos dejaba siempre huella de su cultura y su inconformismo. También lo leía Jaime Alba, consejero entonces de *El Norte*, de ahí que cuando en los últimos 60, ausentes ya de nuestra redacción los Umbral, Leguineche, Martín Descalzo, Alonso de los Ríos, etc., se manifestó la conveniencia de un refuerzo intelectual y yo pregunté: «¿Por qué no Emilio Salcedo?», el consejo aprobó su incorporación con unánime entusiasmo. Por entonces, Salcedo colaboraba semanalmente en *El Norte* y su talento y su pluma eran sobradamente conocidos por los consejeros.

Mas un hombre de ideas como era Emilio Salcedo no podía quedar recluso exclusivamente en el periodismo. Emilio, con su ejemplo, nos legó un puñado de libros importantes: ensayo, relatos, crítica literaria, biografías, novela. En todos ellos, aun en los más apartados de la especulación doctrinal, Salcedo dejó huella de su personalidad.

Pero su proyección universal se la dio la espléndida biografía de Unamuno. Su *Vida de don Miguel* ocupaba un lugar de honor en todas las bibliotecas universitarias del mundo. Estaba escrita en una Salamanca todavía caliente de Unamuno y eso se notaba. Recuerdo ahora que una

profesora de la Universidad de Maryland, antes de saber que Emilio y yo éramos amigos y compañeros de periódico, me dijo un día en que se hablaba de la generación del 98: «Yo no he tenido una visión clara de Unamuno hasta después de leer la *Vida de don Miguel*, de Emilio Salcedo».

Joven aún, la salud de Emilio se quebrantó. Le costó lágrimas apartarse de la pluma, una actividad que tanto amaba. Mas era tan honda su vocación literaria que, en ocasiones, hacía llegar al periódico un artículo suyo, escrito con dificultad, pero con el rigor y la penetración que le caracterizaban. «Si no os parece mal, publicadlo.» ¿Cómo iba a parecernos mal un artículo de Emilio Salcedo, un artículo escrito además imponiéndose a muy duras limitaciones? Hace tres meses dedicó unas cuartillas a mi último libro, unas líneas tan lúcidas e inteligentes como generosas. Su lectura revelaba un espíritu alerta, una mente ordenada y clara. Me emocionó y le puse unas letras apresuradas: «Tu artículo me ha encantado, antes que por su equilibrio porque demuestra que estás mejor». Ahora, de pronto, la noticia escueta: Emilio ha muerto. Afortunadamente, Carmen, su mujer, y su hijo, que tanto significaron en vida para él, estaban a su lado.

Capítulo 5

Las cosas de la vida

La boina

(A la revista del mismo nombre)

La boina (y lo que hay debajo), es el detonante, el fulgor, la base, la razón de ser, la cabeza en la cerilla. Todo lo demás es mango.

Breve paseo por Croacia

1985

Muchas personas han visitado Italia en las últimas décadas pero raras son las que se han acercado a Trieste, el refugio de James Joyce. ¿Por qué esta resistencia a asomarse a la ciudad más oriental de Italia, una urbe luminosa, montada sobre verdes colinas, encarada al Mediterráneo más azul y de cuya arquitectura ya trasciende su condición miscelánea? Salvo Italia, naturalmente, los pueblos vecinos siguen considerando Trieste un territorio irredento. Esto se advierte apenas se pone pie en el país. La población es menos locuaz y bulliciosa que en el resto de Italia y el número de monumentos bélicos, delatores de un perdurable conflicto, es excesivo. La ciudad, arquitectónicamente, es también muy personal, tanto en la parte antigua como en la moderna. De la amplia y bella Plaza de la Unidad Italiana, con uno de sus costados abiertos al mar, trasciende una influencia austriaca con sus edificios –el Lloyd, el Piteri– no exenta de matices eslavos y, curiosamente, de los puertos del Mar del Norte, relacionados con las antiguas repúblicas italianas a través de las famosas ferias de Champagne hace cuatro o cinco siglos. En conjunto, Trieste es una ciudad abigarrada, cromática, sin grandes piedras significativas –las guías habituales remiten al turista al castillo y la catedral de San Giusto, que apenas valen como miradores para contemplar la ciudad– pero con un conjunto vistoso, atractivo, con amplia participación vegetal y un algo de balneario decimonónico, más el mar como referencia directa. Pero seguramente donde Trieste denota más claramente su carácter de territorio en disputa es en los monumentos a los héroes de la refriega tal o de la guerra cual, adornados diariamente con flores frescas, coronas de laurel y unas pintadas alusivas que aseguran que la guerra continúa, es decir, que Trieste sigue siendo para yugoslavos y austriacos una ciudad sólo provisionalmente italiana. «¡A la mierda Padova!» o «¡Viva Trieste yugoslavo!» son expresiones frecuentes en el pedestal de la estatua o en los muros próximos. Otro dato: austriacos y alemanes dan el porcentaje más alto de turistas en esta ciudad. (Una de las noches que pasé en ella los miembros de un coro estudiantil de Viena rodearon la simbólica fuente barroca –bastante fea por cierto– de la Plaza de la Unidad y entonaron un repertorio de canciones cuya letra se me escapaba. ¿Canciones reivindicativas o canciones nostálgicas? Únicamente los cantores, que se aplaudían a sí mismos y cambiaban entre sí miradas cómplices, estaban en el secreto. Los espectadores –dos docenas de triestinos, mis hijos y yo– ovacionamos la ejecución sin comprender su alcance.)

Mas mi visita a Trieste, aparte de conocer la ciudad, encerraba un segundo propósito: dar un paseo por Croacia, el Estado norte de la difícil federación yugoslava, viejo capricho fortalecido por la decisión de Tito de mantener el país tan alejado del estatismo soviético como del capitalismo occidental. ¿Qué fruto había dado esta política intermedia? ¿Cómo sería la vida en Yugoslavia después de Tito? ¿Austera, aburrida y pobre como la de los países satélites, o

apremiada, frívola y egoísta como la de los países occidentales? La adusta frontera, la súbita y total desaparición de carteles publicitarios en las carreteras, camino de Ljubljana, me llevó a pensar en lo primero. Al propio tiempo, la grata sensación de aislamiento, tan difícil de conseguir en una Italia superpoblada a pesar de su crecimiento cero, era en Croacia una sensación normal en todas partes por donde nuestro coche discurría. Bosques a derecha e izquierda, en diferentes niveles, densos, inextricables, abrigando los cordales por cuyos bajos se abría paso la carretera. Pocos pueblos de cierta entidad, oreados, llamativamente limpios. Y, en sus calles, híbridos establecimientos que habían dejado de ser cantinas sin llegar a ser cafeterías. Rostros rudos con un punto de hosquedad, campesinos malhumorados. El país, al parecer, atravesaba una crisis económico-política muy pertinaz, aun más dura y grave que la de Occidente. Todo esto reactiva las aspiraciones secesionistas que bullen entre los estados federados desde la muerte de Tito. El dictador se acabó y poco a poco se va acabando con él el sentimiento de unidad que impuso inspirándose antes en razones sentimentales que políticas. Sin embargo, la topografía sonríe ubérrima, refrescante, recién lavada. Escasas carreteras –apenas dos tramos de autopistas de cincuenta kilómetros cada uno– pero cuidadas, bien tenidas. Las brigadas de obreros que aparecen de vez en cuando operan con una maquinaria más bien rudimentaria. Los caseríos agrupados, que no llegan a formar pueblos, tienen tejados muy pinos, las aristas chafadas; iglesias de torres puntiagudas, afiladísimas, nada bizantinas; pajares extraños montados al aire (bajo techo pero sin costados; una elemental estructura de media docena de vigas para que el heno se oree) y, en los bajos, aperos y ganado. Tampoco falta en ningún caserío el secadero típico yugoslavo, secadero de alfalfa y legumbres, con un sucinto tejadillo a dos aguas y unos palos horizontales para tenderlas. La exuberancia vegetal hace pensar en un clima templado y un nivel pluviométrico alto: luego me informarán que la temperatura media en Croacia es de once grados y la lluvia o la nieve les visita ciento setenta y cinco días al año, esto es, un día sí y otro no. A la vista de este revestimiento de espeso abrigo vegetal, y de las altas montañas y aislados caseríos en los valles, uno piensa en la tenaz resistencia yugoslava en los años 40 frente al invasor alemán como en algo natural. La geografía croata parece construida para la acción partisana. ¡Imposible localizar en estos bosques a pequeños grupos armados conocedores del terreno! Y, por si algo faltara, el apoyo social escalonado, el abastecimiento seguro en los casares de los bajos. En la paz, sin embargo, esta robusta topografía croata produce una impresión de amenidad y bucolismo, en el otro extremo del estruendo bélico.

El paso por Ljubljana, a cien kilómetros de la frontera, deja al turista en la duda sobre el nivel social yugoslavo. Carriles para bicicletas. Tráfico discreto. Viejas mujeres con pañoletas negras a la cabeza junto a muchachas a la moda «dos tallas más». Un snack-bar junto a una vieja taberna. Sombríos comercios de desangeladas vitrinas frente a establecimientos deslumbrantes. En esta ciudad en desarrollo asoma un punto de rusticidad. No aclara nada sobre la realidad del país. Tomamos gasolina. Vuelven las caras hoscas ante nuestra expresión insuficiente. No es fácil entenderse en esta Yugoslavia. Pocas personas chapurrean el inglés o el francés. El italiano, claro, lo desprecian. La influencia alemana se hace también patente en el segundo idioma. De todas maneras Croacia tendrá que aprender a sonreír si aspira a desarrollar el turismo. La gasolina, al cambio interior de la peseta, no está muy cara: 97 pesetas litro, precio más de agradecer después de las 114 de Francia y las 130 italianas.

Ríos limpios, angostos, oxigenados, con lecho de piedras, cruzan bajo la carretera. Sorprende su mansedumbre, la falta de reciales dada la proximidad de la montaña. La carretera se riza, serpentea. El tráfico, nunca excesivo pero de modernos automóviles, hace arriesgadas las frivolidades de los conductores. Escaso respeto a las normas de circulación internacionales. También en este aspecto, el yugoslavo vive a su aire. Velocidades importantes y adelantamientos suicidas. Cincuenta kilómetros antes de Zagreb el campo abre, las laderas se separan, surgen hazas de cereal, pequeñas llanuras irrigadas, huertas, manadas de vacas en las praderas. Pueblos y caseríos se hacen más frecuentes. El bosque, aunque desplazado, sigue siendo una presencia constante. Al fin, Zagreb, la capital de Croacia, una metrópoli armoniosa, de grandes edificios modernos alzados en abiertos espacios –calle Sávka, facultades universitarias–, bellos barrios del XVIII –Rádic–, iglesias de un vistoso barroco oriental –San Marco, Santa Caterina–, monumentos típicamente eslavos –torre de Kaptol, Palacio de Bellas Artes, Teatro Nacional– y regateando entre ellos rápidos y trepidantes tranvías azules, con dos o tres jardineras a rastras, que no contaminan el aire pero destrozan los oídos, abarrotados, uniendo los barrios más distantes de una ciudad que sobrepasa los seiscientos mil habitantes y no cuenta con otros transportes colectivos visibles.

Urbe trazada con perspectiva de futuro, en Zagreb no se ha llorado el espacio. Es una ciudad abierta, bien equipada, de ciento treinta kilómetros de perímetro, donde las amplias plazas y los espacios verdes alivian al viandante. Sus calles son muy vivas y cosmopolitas. La gente pasea en grupos a toda hora, hace tertulias, atesta las terrazas de los cafés. En esto Zagreb es muy parecida a España. Taxis deseando servir, bares, pubs, restaurantes y un comercio activo y vario que en buena parte cierra a las ocho sin hacer alto a mediodía hablan por sí solos de los milagros del negocio propio. Ante la actividad de la capital, se desvanecen en el turista todas las dudas: Croacia es un país occidental o, si se prefiere, en la órbita de influencia occidental. Hablo sencillamente del ritmo de vida; de lo que se ve. En el actual pulso esteoeste no es posible quedar al margen. Se abre la puerta o se cierra. Lo que no es posible es abrir únicamente un resquicio sin quedar inmediatamente «contaminado». Yugoslavia lo intentó y por la rendija se colaron el rock, los pantalones vaqueros, la coca-cola y las máquinas tragaperras. Esto explica que siendo Yugoslavia un país socialista –aunque con reparos– se desconozcan en él las colas, la atonía mercantil y esa avidez por las baratijas occidentales –bolsas de plástico, bolígrafos– que encandilan a los pueblos del Este, incluida la misma Rusia. Desconozco cómo funciona esta economía híbrida y lo que en el fondo tendrá de socialista, pero es evidente que la temperatura vital de este pueblo está a cien codos de la de sus vecinos del norte, su información es mayor y sus habitantes no son ajenos a lo que podríamos denominar sentido de la modernidad. Un socialismo distinto, en suma. ¿Quién inventó este socialismo? Obviamente el señor Tito. ¿Quién ha logrado que seis países, que si no se detestan, al menos no se aman, continúen juntos formando un Estado después de la muerte del dictador? La imagen y el recuerdo de este señor. Tito es, sin disputa, el más claro exponente del culto a la personalidad que yo he conocido. Sus grandes fotografías, las referencias a su persona, los paneles con sus consignas lo inundan todo. No hablo de establecimientos públicos ni centros oficiales, sino de estaciones de servicio en carretera, zapaterías, bares y droguerías. La efigie de Tito preside todo, nos observa plácida, paternalmente, por encima de los mostradores. Es una estampa inevitable. Pero la unidad yugoslava sólo perdurará, aunque a trancas y barrancas, mientras dure este culto a su memoria. Y el día en que los

retratos de Tito se descuelguen y pasen a la trastienda, y con ellos su recuerdo, se abrirá una nueva etapa de pugnas y dificultades en este bello y bien dotado país balcánico, con lo que vendrá a demostrarse que el mariscal no pasó de ser un aglutinante pasajero.

Mi vicio oculto

1994

Un entrevistador, guiado por el deseo muy legítimo de volver a su entrevistado del revés, me preguntaba un día por mis vicios ocultos. Los vicios ocultos, de entrada, me parecen eso, ocultos, y por consiguiente resulta paradójico utilizarlos como tema de conversación. No obstante, en la vida privada de las personas subyacen pequeñas debilidades que fueron vicios un día y que, vistos con la distancia de los años, se nos antojan no sólo disculpables sino hasta divertidos. De manera que yo reconocí ante mi interlocutor que yo había sido en tiempos un empecinado jugador de póquer, no porque las cartas en sí me apasionaran sino porque aquel juego en concreto me atraía por dos razones fundamentales: la posibilidad de ganar mucho con poco y mi convicción de que el póquer estaba lejos de ser un juego de azar.

Trataré de explicarme. En torno mío abundaban los jugadores que entraban al envite con una parejita y únicamente el azar podía provocar que en el descarte la pareja inicial se convirtiese en un trío, un ful o un póquer. El mal jugador de póquer es esencialmente un rutinario obsesionado por la idea de juntar cuatro cartas iguales y, en consecuencia, no participa en la ronda si no tiene al menos una pareja servida. Este sujeto desconoce el raro placer de ligar una escalera de panza o un color con tres cartas del mismo palo. Pero si además de poco imaginativo es un tanto rácano, nunca llegará a saborear la pungente emoción del farol en el juego.

Hay aficionados al póquer que ignoran la esencia de este juego, que consiste en aspirar a mucho con nada. Ganar con las cinco mejores cartas de la mesa no tiene mérito; lo haríamos igual en cualquier otro juego. Jugar al póquer consiste en jugar con lo que se tiene y con lo que no se tiene, triplicar la apuesta con una escalera de color (cosa que no debe hacerse) o con una pareja de cincos. Los más sustanciosos platos conseguidos por mí en el póquer han sido generalmente de farol. Y para esto no hacen falta cartas sino dominio de uno mismo, oportunidad y cara de póquer. Los preliminares, lo más espinoso, suelen ser sencillos: simular un trío apoyando una pareja en un as, hacer pasar por dobles un proyecto de escalera o sencillamente tener la sangre fría de quedarse servido sin jugada y esperar a que terminen los descartes.

El iniciado conoce por supuesto estos ardides, pero suele ser nuestra cara de póquer, poco convincente, lo que de entrada le induce a dudar. El lado malo del juego de farol es que, por hábilmente que lo hagamos, uno suele acabar delatándose. Me atrevería a decir más: cuanto mejor se controlen las emociones y más acartonada e inexpresiva sea nuestra cara, más posibilidades hay de que nuestro compañero de mesa nos desenmascare. Demasiada displicencia para ser cierta.

Con quince años y el bachillerato recién terminado yo me pasé los dos primeros años de la guerra civil jugando al póquer con cuatro amigos de la misma edad. Dedicábamos al juego tantas horas como un opositor a notarías puede dedicar a la ley hipotecaria, de manera que, al cabo de algunos meses, nuestros gestos eran tan familiares al resto de la mesa que tanto daba ocultar las

cartas como descubrirlas. Con el tiempo la posibilidad de farolear apenas existía allí, pero tampoco la de hacer pasar por dobles parejas un proyecto de escalera o unas figuras mezquinas. En aquella mesa juvenil todo se intuía, lo que equivale a decir que para jugar al póquer como Dios manda es inexcusable cambiar de mesa de vez en cuando. En una mesa inalterable, de caras conocidas, apenas hay sitio para el farol ni, en consecuencia, para el juego.

Tras muchos meses de jugar diariamente al póquer con los mismos compañeros llegué a esta conclusión y a otra de otro tipo: para jugar de farol como es debido es preciso que el dinero que arriesgamos no nos sea absolutamente necesario, sino que faroleemos con lo que en cierto modo nos es superfluo. El jugador de póquer alcanzado de dinero se convierte en un amarreta, y el amarreta es difícil que gane. Jugarse a los quince años un plato de tres pesetas cuando uno no disponía entonces más que de un duro de propina semanal es difícilmente imaginable. ¿Dónde quedaba la famosa cara de póquer? Las manos sudaban. La lengua se empastaba, las mejillas quedaban exangües. Al farolero únicamente le faltaba un cartel sobre la frente que dijera: «Voy de farol». He aquí la dificultad y el aliciente del póquer: saber imponerse a las emociones, dominarse, doblegar el azar.

Éste fue mi vicio oculto a los quince años; la adicción al póquer. Una adicción tan fuerte que aún hoy, sesenta años después, perdura. Y uno admite que no le haría ascos a sentarse a una mesa con cuatro amigos para revivir las emociones de antaño.

Mi ciudad

Discurso de agradecimiento pronunciado al recibir el título de Hijo Predilecto de Valladolid, el mes de septiembre de 1986

Excelentísimos e ilustrísimos señoras y señores, vallisoletanos, amigos todos:

Heme aquí un tanto abrumado ante este nombramiento de Hijo Predilecto de esta ciudad donde he nacido y vivo. Abrumado no tanto por el hecho en sí –unánime decisión de este Ayuntamiento presidido por don Tomás Rodríguez Bolaños– sino por el derroche de cordialidad que habéis puesto en la organización de los actos, las circunstancias entrañables de que habéis sabido rodearlos y la movilización de ilustres personalidades que nos acompañan para enaltecerlo.

Yo, que soy, como sabéis, partidario de la vida sencilla, poco amigo de honores y pompas, me siento desplazado en esta solemnidad que habéis montado por mi causa. ¿A qué es debida? ¿Qué he hecho yo que remotamente justifique este título y, sobre todo, la multitudinaria adhesión de propios y extraños? ¿Se debe esto a mi condición de escritor, quizá? Pero ¿qué altura de escritor he alcanzado yo que pueda explicar tamaño despliegue de honores y lealtades? ¿A haber sido el novelista de Valladolid, de Castilla? He aquí un hecho cierto: cuando yo tomé la decisión de escribir, la literatura y el sentimiento de mi tierra se imbricaron. Valladolid y Castilla serían el fondo y el motivo de mis libros en el futuro. Pero semejante decisión no implica que Valladolid y Castilla me deban algo, sino, al contrario, soy yo el que me siento deudor, porque de ellos he tomado no sólo los personajes, escenarios y argumentos de mis novelas, sino también las palabras con que han sido escritas. Si es cierto que en esta ciudad se habla un buen castellano, yo me he aprovechado de ello. En Valladolid aprendí a hablar, en aquel Valladolid del *tren burra* y los amarillos tranvías con jardinera, de los pregones en las viejas rúas y los charlatanes en la Plaza Mayor, de la hermana Remedios en las Carmelitas del Campo Grande, y el hermano Enrique en el colegio de Lourdes... Aquellas voces que arrullaron mi infancia fueron el germen de mi expresión futura. ¿A qué vienen entonces estos honores? Porque si la justificación de esta distinción no está en lo que hago, habrá que buscarla entonces en mi actitud ante la vida, en mi fidelidad, en mi acendrado vallisoletanismo, en suma. En este punto no puedo sino asentir, daros una parte de razón: yo he sido, antes que nada, vallisoletano y vecino de esta ciudad, desdeñando los guiños seductores de otras. Pero seamos sinceros: ¿qué me ha retenido aquí, el amor a lo mío y a los míos, a mi ciudad, a sus piedras, a mis paisanos, o el temor al salto en el vacío, a lo desconocido? A mí me nacieron aquí, en la vallisoletana Acera de Recoletos, y aquí arraigué en poco tiempo tan profundamente que, ya de niño, trasladarme a otro lugar hubiera comportado un desgarramiento, el dolor y los riesgos que lleva consigo todo trasplante. No expongo esto como un mérito, como un valor a estimar, sino para señalar una especie de condición vegetal de mi persona. Sencillamente, estoy aquí, sigo aquí, porque no me hubiera acertado a estar en otra parte, porque, sin este cepellón de tierra bajo mis pies, me hubieran faltado nutrientes y tal vez mi imaginación se

hubiera esterilizado. Y si esto es así, un hecho casi fatal, ineluctable, ¿qué mérito recata mi fidelidad? Yo no he querido ni sabido marchar de Valladolid cuando hubiera podido hacerlo, es cierto, pero no porque mi ciudad necesitase de mí, sino porque era yo el que necesitaba de ella.

Durante mis ausencias más prolongadas, en Sudamérica y Estados Unidos, mentiría si dijese que no me integré en aquellas sociedades, pero un fondo de conciencia me advertía de la provisionalidad de mi estancia. Yo había ido hasta allí para regresar, para volver a casa algún día. Y volver a casa no era hacerlo a cualquier lugar de España sino precisamente a Valladolid. ¿Por ser una ciudad más bella o sugerente que las demás? De ninguna manera; sencillamente porque era la mía, porque, como dice Doris Lessing, «en aquellos lugares familiares, donde era conocido, tomaba conciencia de que era un ser humano en el mundo». Ahora se dice de estos sentimientos que son viscerales. Yo ceñiría un poco más este adjetivo: diría que son cordiales. Porque a esas alturas de la vida, a las raíces iniciales que me ataban a mi ciudad, había que ir añadiendo otras nuevas de las que nunca podría ya desasirme: mis queridos muertos, mi familia, mis amigos, mi *Norte de Castilla*, mi Escuela de Comercio, mis calles de todos los días, mis campesinos, mi tierra... Podrían existir otros amigos, acaso otros periódicos, otras universidades, otros campesinos, otras tierras sin duda, pero nunca serían lo mismo. La circunstancia de que habló Ortega era para mí Valladolid. Y, a medida que el pasado se explayaba y el futuro se reducía, mi apego a esta tierra lógicamente iba creciendo, se hacía más entrañable, parte consubstancial de mí mismo.

Esta tarde se estrenará aquí, como parte de este homenaje, mi comedia *La hoja roja*. Las voces que puse un día en boca de la Desi y don Eloy van a oírse esta tarde en el viejo teatro Calderón. Son las voces que pudieron escucharse en el Campo Grande, la calle de Santiago, las Delicias o San Andrés hace treinta y dos años, cuando todavía medían el tiempo de la ciudad la sirena de la estación y los relojes de torre de nuestras iglesias. Hoy las cosas han cambiado. La ciudad ha cruzado el Pisuerga, ha crecido, sus habitantes somos más, los motores de los automóviles acallan el gorjeo de los pájaros y el tañido de las campanas, las relaciones humanas son más distantes. Sin embargo, en esta hora que tan emocionadamente vivo, yo quisiera desear a Valladolid, a mis paisanos que, sobreponiéndose al enfriamiento que provoca el progreso mecánico, reverdezcan los sentimientos que anidaron hace siete lustros en el corazón de mis personajes: solidaridad, ternura, mutuo respeto, amor; el convencimiento de que todo ser ha venido a este mundo para aliviar la soledad de otro ser.

Vuestra liberalidad y la de vuestro Ayuntamiento, señor alcalde, es la verdadera razón de este homenaje que yo agradezco y acepto como un vallisoletano disciplinado, como el provinciano cabal, químicamente puro que siempre he sido. Con vosotros y con mi director y amigo Pedro Laín, autor de ese discurso admirable y generoso que acabamos de escuchar, yo quisiera englobar en mi agradecimiento a todos cuantos habéis hecho posible este acto, bien con vuestra aportación o vuestro esfuerzo personal –Ministerio de Cultura, Diputación provincial, comité organizador, hombres de teatro, periodistas, pintores, Valladolid en pleno–, bien con vuestra asistencia –ministros, académicos, hispanistas, artistas, intelectuales, paisanos, lectores y amigos del mundo entero–. Me gustaría mencionaros uno a uno, pero ya que esto no es posible, no quiero terminar mis palabras sin expresar mi reconocimiento a vosotros y a quienes cordialmente, ante la imposibilidad de desplazarse, me han hecho llegar su adhesión. Valladolid ha pagado con creces mi fidelidad.

Mi provincia

Discurso pronunciado en Valladolid, con motivo de ser distinguido con la Medalla de Oro de la provincia en 1993

Quisieron los hados que yo naciera frente al Campo Grande –el parque de mi ciudad– seguramente porque desde que abrí los ojos necesité amplios espacios para respirar. Y aunque amaba la capital donde vi la luz, sus rincones y monumentos, no me sentía exactamente un ser municipal. Para mi fortuna, sin embargo, el municipio, como estancia central de mi privada geografía, quedaba circuido por un amplio espacio campesino de pequeños municipios subalternos; es decir, una especie de ejido, de dilatado patio de vecindad. Más o menos por ahí andaba la provincia. Porque el primer misterio que se abría en la mente de un niño capitalino era éste: la provincia. ¿Qué era la provincia? ¿Con qué se comía? ¿Qué era eso que los adultos conocían con el enigmático nombre de Diputación provincial?

Mi padre, enamorado del campo, me aproximó a él cuando aún no usaba de la razón y, un buen día, me reveló que aquellos sembrados de Wamba, de Geria, donde él reclamaba a la codorniz, eran ya la provincia. Y con el tiempo me fui percatando de que aquel espacio abierto llamado provincia me era necesario para desarrollar la vida activa que anhelaba, desde que puse los pies en el mundo. Y así, paso a paso, en mis excursiones campestres, fui conociendo no sólo mi provincia, sino los atajos que conducían a otras provincias hermanas: La Cistérniga, Tudela de Duero, Sardón, Quintanilla de Abajo, Quintanilla de Arriba, Peñafiel... Soria. Laguna de Duero, Boecillo, Mojados, Alcazarén, Olmedo... Segovia. Zaratán, Villanubla, La Mudarra, Medina de Rioseco... León. Arroyo, Simancas, Villamarciel, San Miguel del Pino, Tordesillas... Zamora. Y así a las demás. La provincia se alargaba entonces y se ensanchaba ante mis ojos asombrados. Y así venía a resultar que mi provincia eran dos, dos medias provincias netamente diferenciadas, unidas y divididas por la cinta terrosa del Duero: al norte, los campos llanos, dilatados, desamueblados, de la Tierra de Campos lindando con los predios de León y Palencia, y al sur, la Tierra de Pinares, contigua a las provincias de Ávila y Segovia, camino de Madrid. Yo amaba por igual a ambas mitades, tan distintas. En realidad, dos mitades de un artificio administrativo que yo había aceptado por el simple hecho de haber nacido en él.

Con el tiempo fui advirtiendo las difíciles condiciones de vida de mi provincia, al tiempo que advertía, a través de sus piedras milenarias –templos y castillos–, la importancia de su pasado. Entonces pensé que posiblemente la historia de Europa, incluso la historia del mundo, hubieran sido distintas sin mi provincia. Paralelo a mi preocupación por su subsistencia, crecía, pues, el orgullo de mis raíces, con lo que se iba depurando mi amor por ella. Porque ¿cómo no amar a una tierra que, a pesar de su pobre circunstancia física, había dejado una huella tan honda en la Historia? ¿Cómo no admirar a una provincia que, unida a otras no más favorecidas en una entidad llamada Castilla, había creado España, a juicio de Ortega? ¿Cómo mostrarme indiferente ante el hecho de que quinientos años atrás se hubiera trazado en Tordesillas el destino del mundo?

Primero conocí mi provincia, más tarde la amé y, finalmente, cuando la vi acosada por la mezquindad y la injusticia, intenté defenderla. Durante ocho lustros hube de soportar que a Valladolid y Castilla se les acusase de centralistas, cuando, en rigor, eran las primeras víctimas del centralismo. Mi paso por la dirección de *El Norte de Castilla* me dio ocasión de romper una lanza por su pobre economía: un precio remunerador para sus cereales, el pago de la remolacha no por su peso sino por su riqueza en azúcar. Y cuando las circunstancias se agravaron y se impuso en el país la ley del silencio, yo trasladé a los libros mi preocupación por lo mío. Y ya no sólo para defender su economía sino para reivindicar al campesino, a nuestro labrador, su orgullo, su dignidad, el sabio empleo de nuestro idioma. Novelas como *Las ratas*, *Viejas historias de Castilla la Vieja*, *Las guerras de nuestros antepasados*, *El disputado voto del señor Cayo* hablaban no sólo de las urgencias de Castilla, sino del sacrificio de sus pobladores. Y, al abordarse la gran empresa de insertar España en Europa, reclamé un mentor para encauzar la inquietud de Castilla y el desconcierto del campo castellano.

En mi libro *Castilla habla* se advertían ya los arduos problemas de la reconversión agraria que seguimos padeciendo, la agonía de un campo desorientado que desconoce lo que se espera de él y se resiste a vivir de la subvención. Quiero decir que entre mi campo y yo, mi provincia y yo, ha existido una corriente de entendimiento, una especie de mutua fidelidad. César Alonso de los Ríos dice con notable exactitud, en su libro *Conversaciones con Miguel Delibes*: «Para Delibes la vinculación con la tierra es una cuestión que desborda lo literario, aunque tenga consecuencias literarias. Es una cuestión de creencia en el destino –a veces gozoso, a veces doloroso– y de sometimiento a él».

Valladolid ha sido, pues, mi origen y mi destino. De ahí que el honor que acaba de hacerme la Diputación al distinguirme con la Medalla de Oro de la provincia lo asuma como un reconocimiento de mi fervor campesino y vallisoletano, una suerte de complemento de otro honor análogo con que me distinguió el Ayuntamiento de mi ciudad al nombrarme hijo predilecto en 1986. Creo que, en uno y otro caso, lo que de veras queda en pie es mi vallisoletanismo sincero.

Mis deudas

Todo hombre, en especial si es artista, es hijo de muchos padres, aunque no siempre sea consciente de ello o se resista a reconocerlo. Yo no tengo inconveniente en proclamar que fue mi mujer, Ángeles de Castro, mi novia entonces, en 1940, la que me puso en el camino del libro, acrecentó mi afición a la lectura, así como atribuyo a don Joaquín Garrigues, autor del *Curso de Derecho Mercantil*, mi devoción por la palabra exacta, por la forma literaria. Fue en Steinbeck donde aprendí a combinar dureza y ternura sin necesidad de reblandecer los temas tratados, y en el *nouveau roman* (Butor, RobeGrillet), la oportunidad de narrar por narrar, por el placer de hacerlo, como mero ejercicio literario. De la llamada Escuela del Norte 60, que se desarrolló en *El Norte de Castilla* de Valladolid por esas fechas, aprendí algo de cada uno de mis compañeros, todos más jóvenes que yo. Así Martín Descalzo me transmitió su apasionado entusiasmo por la vida; Jiménez Lozano me enseñó que la sólida formación intelectual no estaba reñida con la creencia; de Umbral heredé su gusto por la belleza, por la estética, su cuidada utilización del adjetivo; de Manu Leguineche, la curiosidad insaciable del reportero nato, y de César Alonso de los Ríos la inquietud social que vino a influir a la larga en mi sensibilidad política. Me considero deudor, asimismo, de mi padre, que me enseñó a amar la naturaleza, a respetarla y a disfrutarla; de mis siete hermanos y mis siete hijos, que menoscabaron mi egoísmo y me descubrieron desde muy niño el placer de compartir; de Rafael Vázquez Zamora de quien aprendí a establecer unos criterios literarios básicos; de los directores del neorrealismo italiano, a los que debo esa fórmula mágica de utilizar el humor para desbloquear situaciones demasiado tensas; de José Pla, cuya zumba inimitable aspiré en un tiempo a incorporar a mis crónicas viajeras, o de la misma revista *El Ciervo*, para la que escribo estas líneas, que me ha ayudado a hacer compatible la rígida disciplina de la Iglesia con posiciones menos cerradas, más flexibles y personales en aquello que no es fundamental, o a distinguir como no fundamentales cosas que tiempo atrás pudieron parecérmelo.

Podría seguir citando docenas de personas e instituciones que me ayudaron o a quienes debo alguna influencia, pero esto, aparte de ser el cuento de nunca acabar, podría dar pie para pensar que yo he aportado muy poco al hecho de ser como soy y que he vivido de prestado, cosa que a lo mejor es cierta.

Capítulo 6

Una vida vivida

Una vida vivida

Discurso pronunciado al recibir de manos del Rey el premio Cervantes en Alcalá de Henares el 25 de abril de 1994

Heme aquí, en esta histórica ciudad de Alcalá de Henares, tratando de decir unas palabras, trescientos setenta y ocho años después de que don Miguel de Cervantes Saavedra, nacido en ella, dijera discretamente la última suya antes de enmudecer para siempre. ¿Para siempre? El simple hecho de que hoy nos reunamos aquí, en esta prestigiosa universidad, para honrar su memoria, demuestra lo contrario, esto es, que don Miguel de Cervantes Saavedra no ha enmudecido, que su palabra sigue viva a través del tiempo, de acuerdo con el anhelo de inmortalidad que mueve la mano y el corazón del artista.

Con motivo de la concesión de este premio, se han vertido en los papeles lisonjas y gentilezas que, aunque de una manera vaga, trataban de emparentar mi obra o mi persona con las de don Miguel, atribuyéndome cualidades que, como la tolerancia, la piedad, la comprensión, pueden ser indicativas de nobleza de carácter pero no ciertamente manifestaciones de talento creador. El gran alcalaíno es único e inimitable y a quienes hemos venido siglos más tarde a ejercer este noble oficio de las letras apenas nos queda otra cosa que proclamar su alto magisterio, el honor de compartir la misma lengua y el deber irrenunciable de velar por ella.

Hay personas que no comprenden que yo sienta, al recibir este premio Cervantes por una vida entregada a la literatura, un poso de melancolía, cuando, bien mirado, no creo que pueda ser de otra manera. Entregada a la literatura o no, la vida que se me dio es una vida *ya vivida* y, en consecuencia, el premio, con un reconocimiento a la labor desarrollada, envuelve un agradecimiento por los servicios prestados que no es otra cosa que una honorable jubilación.

Cuando Celio Rubes, hombre de negocios y protagonista de mi novela *Mi idolatrado hijo Sisí*, habla en una ocasión de la edad de su contable, dice: «Si yo tuviera setenta años me moriría del susto». Y he aquí que esta frase que escribí cuando yo contaba treinta y dos y veía ante mí una vida inacabable, se ha hecho realidad de pronto y hoy debo reconocer que ya tengo la misma edad que el contable de Cecilio Rubes. ¿Cómo ha sido esto posible? Sencillamente porque si la vida siempre es breve, tratándose de un narrador, es decir, de un creador de otras vidas, se abrevia todavía más, ya que éste, antes que su personal aventura, se enajena para vivir las de sus personajes. Encarnado en unos entes ficticios, con fugaces descensos de las nubes, transcurre la existencia del narrador inventándose otros *yos*, de forma que cuando medita o escribe está abstraído, desconectado de la realidad. Y no sólo cuando medita o escribe. Cuando pasea, cuando conversa, incluso cuando duerme, el novelista no se piensa ni se sueña a sí mismo; está desdoblado en otros seres, actuando por ellos. ¿Cuántas veces el novelista, traspuesto en fecundo y lúcido duermevela, no habrá resuelto una escena, una compleja situación de su novela? Tendrá

entonces que producirse en la vida particular del narrador una emoción muy fuerte (el nacimiento de un hijo, la enfermedad o la muerte de un ser querido) para que ese estado de enajenación cese, al menos circunstancialmente.

Pero esos otros seres que el creador crea son seres inexistentes, de pura invención, aunque el escritor se esfuerza por hacerlos parecer reales. De ahí que, mientras dura el proceso de gestación y redacción de una novela, el narrador procure identificarse con ellos, no abandonarlos un solo instante. El problema del creador en ese momento es hacerlos pasar por vivos a los ojos del lector, y de ahí su desazón por identificarse con ellos. En una palabra, el desdoblamiento del narrador le conduce a asumir unas vidas distintas a la suya, pero lo hace con tanta unción que su verdadera existencia se diluye y deja en cierta medida de tener sentido para él.

La imaginación del novelista debe ser tan dúctil como para poder intuir lo que hubiera sido su vida de haber encaminado sus pasos por senderos que en la realidad desdeñó. En cada novela asume papeles diferentes para terminar convirtiéndose en un visionario esquizofrénico. Paso a paso, el novelista va dejando de ser él mismo para irse transformando en otros personajes. Y cuando éstos han adquirido ya relieve y fuerza para vivir por su cuenta, otros entes, llamados a ocupar su puesto en diferentes obras, bullen y alientan en su interior reclamando protagonismo.

Éste ha sido al menos mi caso en tanto que narrador. Pasé la vida disfrazándome de otros, imaginando, ingenuamente, que este juego de máscaras ampliaba mi existencia, facilitaba nuevos horizontes, hacía aquélla más rica y variada. Disfrazarse era el juego mágico del hombre que se entregaba fruitivamente a la creación sin advertir cuánto de su propia sustancia se le iba en cada desdoblamiento. La vida, en realidad, no se ampliaba con los disfraces, antes al contrario, dejaba de vivirse, se convertía en una entelequia cuya única realidad era el cambio sucesivo de personajes.

Pero este derroche de la propia vida en función de otros no tenía una compensación en tiempo. Es decir, cuando yo *vivía por otro*, cuando vivía una vida *ajena a la mía*, no se me paraba el reloj. El tiempo seguía fluyendo inexorablemente sin yo percatarme. Sentía, sí, el gozo y el dolor de la creación pero era insensible al paso del tiempo. Veía crecer a mi alrededor seres como el Mochuelo, Lorenzo el cazador, el viejo Eloy, el Nini, el señor Cayo, el Azarías, Pacífico Pérez, Gervasio de la Lastra, seres que *eran yo* en diferentes coyunturas. Nada tan absorbente como la gestación de estos personajes. Ellos iban redondeando sus vidas a costa de la mía. Ellos eran los que evolucionaban y, sin embargo, el que cumplía años era yo. Hasta que un buen día, al levantar los ojos de las cuartillas y mirarme al espejo, me di cuenta de que era un viejo. En buena parte, ellos me habían vivido la vida, me la habían sorbido poco a poco. Mis propios personajes me habían disecado, no quedaba de mí más que una mente enajenada y una apariencia de vida. Mi entidad real se había transmutado en otros, yo había vivido ensimismado, mi auténtica vida se había visto recortada por unas vidas de ficción. Y cuando quise darme cuenta de este despojo y recuperar lo que era mío, mi espalda se había encorvado ya y el ácido úrico se había instalado en mis articulaciones. Ya no era tiempo. Yo era ya tan viejo como el viejo contable de Cecilio Rubes aunque, en contra de lo que temía, no me había muerto del susto por la sencilla razón de que se me había escamoteado el proceso.

Y si las cosas son así, ¿cómo mostrarme insensible al conseguir este premio Cervantes merced a la benevolencia de un jurado de hombres ilustres? ¿Cómo no sentir en este momento un poso de melancolía? Los amigos me dicen, con la mejor voluntad: que conserve usted la cabeza

muchos años. ¿Qué cabeza? ¿La mía, la del viejo Eloy, la del señor Cayo, la de Pacífico Pérez, la de Menchu Sotillo? ¿Qué cabeza es la que debo conservar? En cualquier caso, en el mundo de la literatura todo es relativo. Hay obras de viejos verdaderamente admirables y otras que no debieron escribirse nunca. Entonces, antes que a conservar la cabeza muchos años, a lo que debo aspirar ahora es a conservar la cabeza suficiente para darme cuenta de que estoy perdiendo la cabeza. Y en ese mismo instante frenar, detenerme al borde del abismo y no escribir una letra más.

El arco que se abrió para mí en 1948 al obtener el premio Nadal, se cierra ahora, en 1994, al recibir de manos de Su Majestad –a quien agradezco profundamente esta deferencia– el premio Cervantes. En medio quedan unos centenares de seres que yo alenté con interesado desprendimiento. Yo no he sido tanto yo como los personajes que representé en este carnaval literario. Ellos son, en buena parte, mi biografía.

He dicho.

He dicho

Miguel Delibes

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Herederos de Miguel Delibes, 2010

© Editorial Planeta, S. A. (1996, 2018)

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2018

ISBN: 978-84-233-5411-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com



He dicho
Miguel Delibes

DESTINO